

LUNA INDIA

Belén Gache

PLANETA
BIBLIOTECA DEL SUR
NOVELA

Diseño de cubierta: Mario Blanco
Ilustración de cubierta: Mario Blanco, sobre una fotografía de JeanLoup Sieff
Diseño de interiores: Alejandro U'Iloa

© 1994, Belén Gaché

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:

© 1994. Editorial Planeta Argentina S.A.I.C.
Independencia 166H. Buenos Aires

© 1994. Grupo Editorial Planeta
ISBN 950-74275-X

*Este libro debe en gran parte su forma definitiva
a los desvelos de Gustavo romano
y a los valiosos consejos de Juan Forn,
a quienes quiero hacer constar aquí
mi agradecimiento*

índice

1. Cocodrilos rojos en las playas de Kookamooga	7
2. Galaxias de café instantáneo	9
3. Ratas y gatos	11
4. Clark Gable y Montgomery Clift	13
5. Pequeños misterios	14
6. Butoh	15
7. Teletouch	17
8. Amenopbis IV o Akbenaton.....	19
9. Amores cambiados	20
10. Comida china	22
11. ¿Saturnos o espirales?	23
12. Cementerio de recuerdos	25
13. Vanidades, apolilladas.....	26
14. Air Orient.....	27
15. El día que paralizaron la Tierra	29
16. Entropía	30
17. Punto de fusión	33
18. El cumpleaños de Arturo	35
19. Numa	37
20. El libro del destino.....	39
21. Susurros plateados.....	41
22. Hijos pródigos	43
23. Jarrones Satsuma	44
24. Microcirugía.....	46
25. Cera negra	47
26. Salsa de amorcelias.....	48
27. Tempestades magnéticas	49
28. Evidencias circunstanciales	51
29. Músicos celestes	53
30. Línea muerta.....	55
31. Trucha con almendras.....	56
32. La jaula dorada	58
33. Telescópico negro	59
34. Fotocromos	61
35. Parada en el borde del mundo.....	64
36. Inmortalidad.	66
37. Corazones de cristal	68
38. Ectopía	70
39. Joyce, Beckett, Sinead O 'Connor	73
40. Christy Turlington piensa que Linda Evangelista es supervulgar.....	75
41. Un sueño color cereza	77
42. NGC 6240.....	78
43. ¿POR QUÉ YO? ¿PORQUÉ NO?	80
44. Heridas abiertas.....	81
45. Inmersión	82
46. Adrenalina	83
47. Residuos.....	85

1.
*Cocodrilos rojos
en las playas de Kookamooga*

A través DE LOS VIDRIOS oscuros de mis anteojos terminados en punta veo cómo Karina sorbe un líquido espeso y rosado que sube por una pajita a rayas. Estamos esperando a Jo, sentadas en el bar de Ezeiza y los aviones se precipitan sobre nuestras cabezas como enormes y furiosos pterodáctilos, cada uno de ellos rompe con su estruendo la mañana densa y pesada, con olor a lluvia. Veo a los pterodáctilos empequeñecerse hasta desaparecer en el horizonte igual que las paralelas marcadas por las pequeñas lucecitas celestes, brillantes, difusas, de la pista de aterrizaje.

Karina sorbe esa espuma rojiza, sintética del licuado de frutilla que acabamos de pedir y que parece no querer terminar de subir hasta su boca y yo pienso que los aeropuertos son lugares bastante extraños, el lugar donde los demás desaparecen de pronto, el lugar desde el cual uno se ve catapultado hacia las estrellas, y cruza por mi mente esa sensación de desconcierto al dejar un presente-pasado e ingresar de golpe en un presente-futuro y supongo que quizá sea una ofensa inhumana, casi divina, que doce horas duren nada más que nueve, aunque de todas formas quién puede ser demasiado humano allá arriba, ocupado en disimular los kilómetros de aire que corren debajo del fuselaje, ocupado en disimular lo solos que estamos navegando entre el silencio de las estrellas.

Doy vueltas a mi pajita, que es amarilla, y formo surcos espiralados en mi licuado, y parece que estoy mezclando Loxon bermellón dentro de un vaso y decido que nunca más voy a tomar esto. En la mesa de al lado se acaba de sentar un gordo con un traje arrugado que transpira exageradamente a pesar del aire acondicionado. El gordito saca del bolsillo interior del saco, que no sólo está arrugado sino también cubierto de manchas, un pañuelo también sucio y arrugado y se lo pasa por la frente para enjugar ese millar de gotitas cloradas que perlan su cabeza semicalva y deduzco que debe haber llegado en el vuelo de Los Angeles porque veo una enorme valija roja junto a su pierna.

Es de piel escamada, como de cocodrilo, y tiene pegada una enorme calcomanía con un tipo musculoso y bronceado haciendo equilibrio sobre una enorme tabla de surf. Abajo de la tabla puedo leer HOT SUMMER IN KOOKAMOOGA BEACHES y pienso si habrá cocodrilos rojos en las playas kookamoogavenses y me imagino a mí misma montada en una terrible ola con cara de cocodrilo rojo y de pronto me doy cuenta de que mi tabla no es una tabla de surf sino una valija que se llena de agua y se hunde de a poco en el helado Pacífico. Pero Karina sacude mi brazo y vuelvo en mí y veo que señala la pequeña pantalla de monitor que cuelga de una de las columnas cercanas y reproduce los datos de la pizarra central: 08-26-NY-MIAMI-BUE... EN ZONA. Las letras titilan nerviosas durante unos cuantos segundos. El cuerpo de Karina es pesado y pecosos y su largo pelo rojo le cae sobre la espalda como un infierno. Me es imposible dejar de mirar esas llamaradas naranjas que resplandecen sobre su pulóver verde oscuro —de hecho, creo que a nadie se le ocurriría ponerse un pulóver de ese color salvo a un pelirrojo. Dejamos un par de billetes junto a los licuados sintéticos y sigo a Karina escaleras abajo.

Nos perdemos entre el enjambre de personas salidas de la nácia —del horizonte pampeano, de la llanura infinita— que de repente inunda el hall de arribos, hace quince minutos nomás totalmente desierto y apagado, como si alguien de pronto hubiera puesto

una ficha en el flipper AEROPUERTO y todas las luces se hubieran encendido, junto con las voces, los ruidos y el eterno, esencial, omnipresente rugir de los aviones como fondo. Alguien puso la ficha, así que ahora todos nos dirigimos como autómatas hacia la salida de la Aduana mientras una voz femenina demasiado cálida, tan cálida que suena como congelada, inunda el aire con un extraño eco. como si la misma mujer metálica hablara a través de dos bocas simultáneamente: "...Ammerriccann Airrllinness annunnccia Ha lllleggadda...". Karina se adelanta y consigne colocarse cerca de la valla y yo me quedo atrás. Guardo mi distancia, me paseo por los contornos de esa isla humana y veo la pampa húmeda rajarse por los truenos de los motores a través de las paredes de cristal.

Pasan treinta minutos y treinta minutos más y las puertas no se abren y todos siguen ahí sin otra cosa que hacer salvo mirar sus propios reflejos en los paneles espejados mientras yo suspiro y trato de esquivar a tres nenitos rubios sin clientes que pasan zumbando junto a mí con los brazos abiertos como alas de avión, PRRRRRRRRFFFFFFFFFFFFFFF. las consonantes escupidas por entre los motores de colmillos ausentes salpicando al pasar mi blusa de seda color mostaza.

Miro hipnóticamente la maldita puerta espejada que no termina de abrirse e imagino salir por ella más de diez Jos distintas, algunas bastante simpáticas, otras más bien antipáticas, otras altas y otras bajas, así que ahora la Jo real va a tener que medirse con todas ellas. Por fin comienza el desfile de pasajeros demasiado cansados para estar nerviosos, demasiado nerviosos para estar cansados, con las valijas revueltas, mal cerradas, trastocadas, extraviadas y, lo que es peor de todo, en Buenos Aires, después de haber estado hace apenas unos minutos flotando tan cerca de las nubes, de los ángeles de largos bucles que tañen liras cloradas. Casi al final del pelotón, arrastrando un carrito que lleva un enorme bolso plateado, con una mochila negra al hombro y una campera de cuero rojo en el brazo, veo una chica de unos veintiocho años con aire de haber salido recién de una gran nave espacial. Karina empieza a mover frenéticamente los brazos:

—Jo, Josefina!

2. *Galaxias de café instantáneo*

COMO SI CONOCIERA la casa de toda la vida, Josefina tira su mochila y su campera sobre mi sofá de cuero amarillo limón, se sienta como un indio sobre la alfombra, que es lila e imita el pelo de una cabra, y abre su bolso. Karina está recostada en el sofá con los borceguíes sobre el apoyabrazos. Recuerdo que hay un paquete de Marlboro sin abrir en uno de los bolsillos de mi campera de cuero que está colgada detrás de la puerta. Abro el bolsillo, abro el paquete y me enciendo un cigarrillo con el mismo fósforo con el que prendo la hornalla del anafe. Un segundo antes de quemarme la yema del dedo consigo arrojar el fósforo dentro de la pileta, dónele se consume dentro de una gota de agua. Pongo sobre la hornalla la pava silbadora, que es verde metalizada con el asa naranja y tiene forma de pagoda con una tapa cónica y un pájaro dorado en la punta.

— ¿Quieren? — el paquete de cigarrillos cae sobre la alfombra junto a Jo y Karina y yo me alejo rumbo al equipo de audio y aprieto el botón de POWER y empieza a sonar *Spleen and Idea* de Dead Can Dance en el CD.

Karina, que está hojeando la última *Art Forum* que había en el sofá, contesta moviendo negativamente la cabeza sin apartar los ojos de la foto de una obra de Cady Noland, una canasta de metal llena de latas de cerveza, cadenas y repuestos de automóviles. Josefina enciende su cigarrillo con el mío, lo sostiene entre los labios y comienza a sacar cosas de su bolso plateado. Pronto la alfombra se cubre de ropa, colgantes, cosméticos y realmente estoy empezando a pensar si habrá sido o no una buena idea armarme con un huésped. La pava empieza a silbar históricamente. Camino hasta el anafe, apago el fuego y hecho dos cucharadas de café instantáneo y agua hirviendo dentro de cada uno de los jarros, que son todos distintos.

Jo desabrocha la correa de su mochila y saca de uno de los bolsillos una de esas cámaras Canon cilíndricas que parecen videofilmadoras de bolsillo y también una docena de rollos que desparrama descuidadamente sobre el sofá.

Revuelvo el café y suspiro. Dentro de cáela taza, una espuma marrón grisácea forma espirales contra el fondo negro, brillante, infinito del café y crea galaxias, sistemas solares, planetas, en uno de los cuales, en algún departamento del centro de Buenos Aires, hay alguien igual a mí que revuelve café instantáneo.

Karina acaba de descubrir un anuncio en la *Art Forum*.

— ¡Miren! A fin de mes inaugura una muestra de Kiki Smith en una galería del Soho —sin apartar sus ojos de la revista extiende el brazo para alzar su jarro de café — ¿Tenés sacarina?

— No jodas, ya le puse azúcar — digo.

— El azúcar blanco es venenoso — protesta Karina.

— El café instantáneo también, y los aerosoles, y las hamburguesas y los pañales descartables y las siliconas.

— Bué — dice, algo confundida, y sorbe su café despacio, pero parece que todavía está muy caliente porque lo deja a un costado. Después sigue hablando, sin darse cuenta de que hace ralo se quedo sin auditorio.

— Para mi lo más impresionante que hizo Kiki Smith fue esa instalación con los espermatozoides. de vidrio — dice y sus palabras quedan flotando en el aire confundándose con la música de Dead Can Dance.

Jo no parece prestar mucha atención a lo que sucede a su alrededor. Está demasiado ocupada examinando uno por uno los libros de mi biblioteca: . es decir los saca, los hojea y vuelve a colocar en cualquier otro lado menos dónele los encontré. y yo creo que a la

larga va a quemar algún libro o algún vestido o me va a quemar la alfombra porque ahora tiene el cigarrillo entre los dedos, y lo revolea en el aire y la ceniza cae por todos lados.

— ¿Querés un cenicero? — pregunto sin poder ocultar de! todo mi horror, pero la verdad es que no tengo nada de ganas de levantarme a buscar uno.

— ¿Eh? ¡Ah!. me había olvidado de que lo tenía en la mano —dice ella distraída y lo sumerge en el café, que tomó sólo hasta la mitad.

—¿Quieren que les lea sobre la instalación de Bruce Nauman en la Documenta IX? — pregunta Karina, pero no obtiene ninguna respuesta, así que desilusionada se enfrasca silenciosamente en la lectura de la revista y no vuelve a dirigirnos la palabra.

Jo termina de acomodar las pilas de ropa dentro de los cajones que separé para ella, se tira a los pies de la cama y descubre al Wojnarowicz que, tengo colgado en la cabecera, un díptico de un hombre tirado en la calle, con una jeringa clavada en el brazo. En la parte superior hay algunas cruces de hospital y enormes bacilos transparentes.

—¿No estuvo en la Argentina hace un par de años? —pregunta mientras se saca las botas y las tira sobre la alfombra y noto que su castellano sigue siendo impecable aunque parece costarle algún trabajo seleccionar las palabras.

—¿Wojnarowicz? Sí —confirmo mientras miro las medias de Jo, que son de lana negra. Después de un rato agrego:

—Me contaron que está haciendo otro libro.

—*Memorias con olor a gasolina* —dice Jo.

Ladea la cabeza, permanece unos segundos en silencio y después lentamente:

Recojo las tazas y las pongo dentro de la piletta y cuando levanto la cabeza veo a través del vidrio de la ventana quejo esparce sus cosméticos en el colchón y saca de un bolsito un pincel de brillo con el que empieza a retocarse los labios mientras contempla su reflejo en un pequeño espejo redondo que tiene en la mano izquierda. Su labio inferior sobresale hacia adelante y se ve tan transparente como la gelatina de cerezas, debajo del pincelito que viene y va de un lado al otro de la boca. Cuando termina de emparejarse el brillo hace un gesto de desaprobación, se mordisquea el labio hasta despintarlo y repite desde el principio toda la operación.

Arturo, el gato, nos observa sentado sobre mi cantero de lobelias en la terraza e inclina su cabeza frunciendo los bigotes. Karina arroja la revista a un costado y bosteza mientras estira los brazos como si quisiera llegar a tocar el techo. Después se acerca a los estantes y abre la caja de las galletitas para gatos. Las pupilas de Arturo se dilatan y se acerca a la ventana cauteloso.

—¿Acá pasan MTV? —pregunta de pronto Jo.

Karina y yo nos damos vuelta. Jo sigue tirada en la cama rodeada de cosméticos. Hará cosa de un mes, Karina y yo atravesábamos Plaza de Mayo con pasos larguísimos. Karina llegaba tarde a su clase de japonés y a mí se me partía la cabeza. Karina iba contando algo acerca del hiragana y katakana, y también acerca de los ideogramas chinos, pero yo sólo quería llegar a casa y tomarme cuatro aspirinas. Empezaba a anochecer. Todos los faroles estaban prendidos y se veían difusos detrás de la niebla azulada que se levantaba desde las baldosas cubiertas de barro, y ese clima Jack El Destripador no le hacía nada bien a mi dolor de cabeza. Aparentemente debía ser la hora de salida de los ministerios porque había un montón de gente atravesando la Plaza en todas direcciones y las colas de los colectivos se hacían cada vez más largas; incluso recuerdo que en medio de la estampida de empleados públicos un gordo en silla de ruedas agitaba en el aire un paquete de ballenitas.

—¿Entonces te parece que la llame y le confirme? Se va a quedar diez, como mucho quince días —oí que decía Karina y recién entonces me di cuenta de que hacía rato que no habíamos cambiado de tema, a pesar del mar de gente que nos rodeaba.

Pensé lo más rápido que pude, teniendo en cuenta que mi cabeza parecía un campanario gótico lleno de gárgolas monstruosas, con los engranajes todos oxidados y un Quasimodo minúsculo balanceándose de un axón a otro de mis neuronas, y deduje que Karina se estaba refiriendo a la chica que había conocido en Nueva York en un anticuario de la Catorce y Broadway y que ahora venía a Buenos Aires a comprar unas antigüedades y que yo me había olvidado que Karina me preguntó unos días o semanas

antes si la americana se podía quedar o no en mi casa, porque la casa de ella estaba, digamos, superpoblada.

—Sí; llámala —contesté no muy convencida, y la verdad era que venía eludiendo la respuesta porque para eso de la convivencia soy bastante rara; es decir: no sé si me molesta que dejen toda la ropa tirada o que no laven los platos, pero lo que realmente odio es que no rebobinen los videos y más todavía que toquen mis libros.

Todo esto caminando y ya casi habíamos llegado a la puerta de la Facultad.

—Seguro que se van a llevar bien —comentó Karina dándome una palmadita en la espalda mientras nos despedíamos. Los latidos dentro de mi cerebro se hacían cada vez más fuertes.

—Sí, hay MTV. Por cable —le contesto a Jo y vuelvo al presente. Jo es más bajita de lo que había imaginado, y también más linda; tiene mechones rubios irregulares que caen sobre su frente y los ojos azules muy claros, sus dientes delanteros sobresalen levemente hacia adelante y cuando sonrío, asoman entre sus labios.

Sorpresivamente Jo dispara su Canon sobre nuestros ojos, que se ciegan con la luz del flash. Arturo desaparece por la terraza, espantado.

3. *Ratas y gatos*

HACE UNOS CUANTOS MESES que vivo en este ambiente ovalado, ni muy gránele ni muy chico, en la terraza de un departamento en la más completa ruina de la calle Reconquista. Para llegar a casa tengo que subir una escalera de madera demasiado empinada, demasiado chirriante. porque el ascensor, esa jaula con molduras de bronce, sólo llega hasta el sexto piso, cuando funciona. Recuerdo la mudanza con una mezcla de alegría y desesperación: lo alquilé cuando me fui de la casa de Lucio y lo primero que me fascinó fueron las ventanas redondas con vista al amanecer sobre el río. que parece un enorme charco de Nesquik y también las cúpulas mugrientas de pizarra gris, sobre las cuales alguien sembró al voleo esas antenas de televisión oxidadas y cruzadas por millones de cables, iodios cagados por palomas. De hecho, el precio es bastante razonable, teniendo en cuenta las enormes ratas que suelen pasear por las cornisas, con los ojos relucientes y rojos como rayos láser y las uñas raspando CRRRCRRRCRRR contra el cemento. También suele aparecer Arturo, el gato gris, pero creo que no es demasiado astuto porque está muy flaco, yo diría famélico y, salvo por sus ojos amarillos como los faros altos de mi Renault 4L creo que podría pasar por otra rata, porque tiene el mismo pelaje gris pegoteado de mechones sobre el lomo. Claro que con Arturo las cosas son muy distintas que con las ratas, simplemente porque, aunque no lo parezca demasiado, pertenece a la especie GATO. Así que a él le está permitido arañar los vidrios de la ventana y hasta de vez en cuando le sirvo un poco de yogur diet en una taza que dice "Arturo". No es que le haya comprado especialmente una taza con su nombre, sino que le puse ese nombre porque alguien se olvidó en casa una taza que decía "Arturo".

Además de las ratas y del gato-rata, en mi casa hay otros karmas que soportar, por ejemplo los vecinos del sexto, dos homosexuales que prolongan sus fiestas hasta entrada la madrugada al ritmo de melosos boleros tipo "...aunque has muerto todas mis ilusiones, en vez de maldecirte con justo encono..."; así que cuando vuelvo de noche, generalmente tengo que saltar sobre un montón de gente que charla, baila, bebe, sobre los chirriantes escalones de acceso a mi morada y, por unos minutos —el tiempo que me lleva abrirme paso—, participo sin quererlo de una fiesta; incluso más de una vez llegué a casa con un vaso de mis vecinos lleno de vodka en la mano.

La mayoría de los muebles que tengo eran de Lucio. También la serigrafía de Andy Warhol que cuelga sobre la enorme bañera con patas de león enlozadas. El piso del baño es de esos pequeños mosaiquitos octogonales blancos, verdes y rojos que forman flores geométricas, iguales a las que había en la sala de espera de un dentista al que iba cuando era chica, claro que en mi baño a esta altura ya brillan por su ausencia bastantes mosaiquitos que. cuando se despegan, voy acumulando en un rincón.

El ambiente —único— es de color ciruela, el piso está completamente cubierto por la alfombra de pelos enrulados tipo cabra pero color lila y la cocina casi no existe: es sólo un anafe detrás de la puerta, junto a la miniheladera. El sofá de cuero amarillo limón divide al cuarto en dos. y para pasar de un lado al otro prácticamente hay que saltarle por encima.

4.

Clark Gable y Montgomery Clift

JO SE DETIENE en la callé frente a una vidriera detrás de la cual hay cientos de objetos realizados en rodocrocita: anillos, rosarios, racimos de uvas y animalitos varios. Los mira un rato y su cabeza se ladea y hace un mohín con la boca.

—Parecen como; de... jamón —dice Jo con un poco de asco.

—Vení, vamos para allá —tironeo de su brazo tratando de llegar de una vez al video club.

Estamos en la Galería del Este y por fin consigo arrastrarla dando tumbos sin que aparte los ojos de las vidrieras llenas de baratijas para turistas. En una parecí de espejo junto a un teléfono público veo nuestras figuras al pasar: mi vestido rojo de lycra, mi campera de cuero negra y bastante gel en el pelo, que tengo muy negro y bastante corto; las calzas plateadas de Jo y su americana blanca muy finita, debajo de la cual evidentemente no lleva corpiño.

Por fin llegamos al video y empiezo a revisar los catálogos, página tras página, carpeta tras carpeta porque creo haber visto ca-si-to-do ya. Me demoro en la de cine alemán mientras Jo da vueltas por ahí mirando las cajitas de las películas, paso los nombres plastificados de Murnau, Herzog, Wenders, Lang, Von Trotta, hasta que al final me decido por Fassbinder y saco *Desesperación* con Dirk Bogarde. aunque por supuesto ya la vi. Mientras me preparan el recibo en la caja caigo en cuenta de que Jo no está por ningún lado. Retiro el cassette y salgo al pasillo pero tampoco puedo encontrarla y eludo entre volver sobre mis pasos hasta Florida o salir por la puerta de Maipú, cuando la veo aparecer balanceando una enorme bolsa de cartón negro con una letra china estampada en naranja.

—Tarada, me asustaste —digo aún algo confundida.

—¡Oops! —dice ella mientras extrae del fondo de la bolsa una diminuta minifalda de cuero verde que agita delante de mis ojos.

Ya es bastante tarde pero igual decido aprovechar que estamos ahí para comprarme *Beauty*, el CD de Sakamoto en El Agujerito. Cuando salimos a Florida miro para arriba y me doy cuenta de que el cielo ya está completamente oscuro y por un momento siento que no hay nada debajo de mis pies y estoy a punto de caerme adentro de un pozo de Telecom pero Jo me da un empujón y salva mi vida.

—...no. Clark Gable no era. Estoy segura —sostiene Jo mientras avanza con paso decidido sorteando kioscos de revistas y más pozos telefónicos abiertos en el medio de la peatonal como trincheras fantasmas.

—Te apuesto lo que quieras a que era Gable —digo yo mientras doblamos por Paraguay y siento que, cuando camino, el vestido se me trepa por las medias y tengo que cuidar que no se me suba hasta la cintura—. ¿Pero el otro era Montgomery Clift?

—pregunto.

Un par de tipos en la esquina de Paraguay y Reconquista nos miran y murmuran algo, incluso hacen el ademán de aproximarse a nosotras, pero se limitan a seguirnos con la mirada a lo largo de la vereda. Las calzas de Jo se vuelven rosas, celestes y verdes al reflejar los carteles de neón de los bares.

5.

Pequeños misterios

JO ESTA DURMIENDO destapada, de espaldas, uno de sus brazos cuelga al costado de la cama y sus dedos alcanzan a rozar los bucles lilas de la alfombra. Tiene puesta una enorme camiseta de basquet de los Lakers.

Miro a mi alrededor. Los platos de la cena de ayer —pizza— todavía están tirados en el piso pero no los levanto porque estoy leyendo un artículo sobre Kosuth en la *Art Forum*. En realidad, el texto gira en torno de la Piedra de Rosetta que Kosuth expuso en la Place des Ecritures du Figeac en conmemoración a los doscientos años del nacimiento de Jean-Francois Champollion, es diez veces el tamaño de la original y está hecha en mármol negro.

Leo a la luz tenue y anaranjada de la lámpara que puse en el piso, cuya pantalla es una especie de cala hecha en resina poliéster. Afuera hay sol, pero no abro las persianas para no despertar a Jo, que ahora se da vuelta y casi tira con su pierna el despertador que hay sobre la mesa de noche. De todas formas, un rayo logra colarse por entre las bandas horizontales y marca un sendero de lux. sobre la alfombra, desde el cual veo elevarse miles de partículas de polvo. De pronto, mis ojos traspasan ese extraño velo dorado y enfocan más allá, directamente en el bolso negro de Josefina, que está tirado en el rincón, y siento la necesidad de abrirlo y ver, ver adentro: siempre siento curiosidad por ver los interiores de los bolsos, las carteras, las valijas, los cajones en los dormitorios, los botiquines en los baños, cada una de esas cosas es como un diario íntimo o algo así.

Jo duerme profundamente mientras descorro el cierre poco a poco con la mirada fija en sus ojos dormidos y descubro, al tacto primero, mirando después, revueltos entre ropa interior, su pasaporte, su American Express y un catálogo de Posadas Remates con una hoja marcada: una Virgen de la Rosa del Perú, fines del siglo XVIII. que tiene una corona de plata y un grueso manto barroco que flota en el viento. Su piecito de esmalte pisa una serpiente llena de escamas: el diablo. A los costados hay dos pequeños candelabros y detrás de la Virgen hay una gran orla de rosas plateadas de la cual cuelgan campanitas también de plata. Cuando las velas en los candelabros se prenden y el aire caliente de las llamas ascienden, las campanitas empiezan a vibrar y suena una extraña melodía plateada. Sobre la virgen también hay una paloma que vuela hacia el cielo: el Espíritu Santo.

Jo murmura unas palabras incomprensibles: yo me sobresalto y el catálogo se me cae sobre la alfombra pero la miro y parece todavía dormida. Escucho que murmura algo sobre salvar a John Connor y su frente se frunce preocupada así que por las dudas dejo el catálogo en su lugar. Mis dedos tocan el bolso de cosméticos de Jo. Lo abro y adentro hay un delineador, una sombra violeta, un rubor y también el pincelito de brillo con el que se retocaba los labios el día que llegó. To vuelve a darse vuelta, apoya la cabeza sobre su brazo izquierdo y respira suavemente mientras uno de sus pechos se desliza fuera de la camiseta. Me guardo el pincelito en el bolsillo de la camisa, vuelvo a mi rincón y sigo hojeando lentamente la *Art Forum*.

6. *Butoh*

CAMINO ENTRE los bastidores y los tubos fluorescentes que hay tirados por todos lados tratando de no tropezarme con nada. Hoy se inaugura, en la galería de la mamá de Lucio —adonde estoy trabajando hasta que ella vuelva de su viaje—, la muestra de un tipo que pretende tapar las paredes con rectángulos de tela color verde musgo y colocarle a cada uno de los rectángulos un tubo fluorescente en el medio, pero al paso que vamos no creo que consiga armar nada coherente hasta dentro de un par de semanas. Los chicos que hacen los montajes de las muestras para la galería, que tienen unos diecisiete años y usan cosas como remeras de Sid Vicious y millones de aros clavados en las orejas, estuvieron pelotudeando todo el día. Salgo del depósito y estoy a punto de caerme sobre uno de ellos, que está acostado en el piso con los ojos cerrados y tiene un pincel entre las manos, sobre su pecho, como si fuera un muerto con un ramo de flores.

—¿Qué estás haciendo? ¿No ves que tenemos que terminar antes de las siete? —le pregunto al borde de la histeria.

Él abre los ojos sobresaltado, titubea unos segundos y responde:

—No, es que estoy pintando el zócalo —y yo tengo ganas de patearle la cabeza con mis zapatos de charol rojo terminados en punta pero logro contenerme.

Acaban de llegar unos tipos que Ina contrató para hacer un video de la muestra, y se instalan en medio del revoltijo con sus paragüitas plateados, sus lámparas de cuarzo y sus miles de cables. Ina se fue a Florencia con su novio, un pintor chileno de la edad de Lucio, así que debe estar paseando por la Piazza della Signora mirando o ignorando las esculturas de Cellini y Giambologna mientras yo tengo que ocuparme de todo y ni siquiera puedo contar con la ayuda de la secretaria, que está muy concentrada mordisqueando el extremo de un lápiz mientras lee una revista de modas. Lo peor es que esto es una especie de suplencia hasta cuando Ina vuelva, y debería estar pensando seriamente qué hacer con mi vida.

Uno de los chicos que está conectando un tubo fluorescente arriba de la escalera pega un grito, el tubo cae al piso y se hace pedazos. Se me queda mirando con un dedo sangrante extendido en el aire y veo que una gruesa salpicadura roja cruza una de las telas verde musgo y que las gotas empiezan a chorrear rectángulo abajo, dejando al correr un extraño grafismo estampado.

Eso me hace acordar una representación de Butoh que vi una vez: el actor, totalmente afeitado, desnudo y pintado de blanco salía de un ovillo de papel que le servía de crisálida y se dejaba caer sobre una montaña de tubos fluorescentes que estallaban al recibir el peso de su cuerpo con un terrible estruendo CRAAAAAAAAAASHHHHHH y después se revolcaba sobre las astillas de vidrio que quedaban esparcidas por todo el piso mientras pequeños hilitos rojos empezaban a cubrir su cuerpo blanco.

El artista se acerca a la tela manchada bastante fastidiado; se nota que quiere descargar su ira contra algún responsable y todos nos miramos entre nosotros pero algo me hace pensar que voy a ser yo la que cargue con la culpa. El clima se torna por un momento demasiado tenso y para salir un poco del paso le doy una terrible patada al otro chico que sigue en la estratosfera junto al zócalo, ajeno por completo a lo que está pasando.

—Anda a la esquina a comprar gasa —le chillo como si toda la culpa fuera única y exclusivamente de él.

Saco diez pesos del cajón, se los arrojo a la cara y me refugio en el baño en busca de alcohol, agua oxigenada o lo que sea. pero lo único que encuentro es una botella de lavandina y cuando me doy vuelta veo que estoy frente a frente con el tipo del video, que me acorrala contra los azulejos mientras pregunta:

—¿No te interesaría trabajar en un comercial de jeans?

Automáticamente pienso que me debe haber estado mirando el culo debajo de mis

shorts violetas y mis medias negras todo el tiempo.

—Vos encargate de terminar con lo tuyo y llévate lóelas esas porquerías de acá antes de las siete —le digo, remarcando cada sílaba con mi índice en su clavícula. Lo aparto de un empujón y vuelvo a la sala.

7. *Teletouch*

CUANDO SALGO A LA calle me siento arrastrada por una fuerte corriente de aire que recorre Reconquista de norte a sur. Compruebo que está empezando a chispear y veo unas nubes demasiado negras detrás de la Torre de los Ingleses y la cúpula de Retiro, hacia donde muere Reconquista. También veo flotar al viento los enormes estandartes amarillos y negros de Paladium. Me cierro las solapas de la campera, corro hasta Tres Sargentos y me meto en el Bar Baro a comer algún sandwich, un ligero almuerzo siendo ya las cinco de la tarde. Me siento junto a una columna cubierta de flores y veo a través de los vidrios pintados hace siglos por De la Vega pedazos de papeles, hojas, cables y otras porquerías que atraviesan la calle volando, empujadas por las ráfagas.

—Un lomito en pan árabe con manteca y un jugo de naranja natural —le digo al mozo que espera a mi lado desde hace no sé cuántos minutos.

Puedo ver con cierta intranquilidad que las cosas que vuelan a través de la vereda son cada vez más graneles. De todas formas, acá me siento bastante guarecida, lo único que no entiendo es por qué no prenden las luces.

El mozo vuelve de las tinieblas y deposita mi sandwich y mi jugo sobre la mesa. Compruebo con alivio que el lomito no tiene mayonesa, aunque tampoco creo que tenga manteca y mástico mientras observo cómo un hombre cruza la calle tironeando de un paraguas dado vuelta y siento el ulular del viento UUUUUUUUUHHHHHHHH como almas en pena y de pronto un tremendo portazo me detiene el corazón. No es nada. O sí. Estalla por fin la terrible tormenta eléctrica. Por un momento la imagen de la calle se desdibuja detrás de una densa cortina de agua, un viento helado entra por la puerta y barre todas las servilletitas de papel de arriba de las mesas. Aunque me cueste aceptarlo, me doy cuenta de que estoy encerrada dentro del bar por tiempo indefinido, así que paseo los ojos por el local con resignación y veo a todos esos rostros de De la Vega que me observan reflejados en los espejos de las paredes, tan pop, tan Di Telia. Por suerte recuerdo que tengo una vieja revista *Planeta* en la mochila. La saco y la hojeo y mis ojos se detienen en uno de los títulos: CONTACTOS CON OTRO MUNDO: UN SINGULAR DIALOGO MEDIANTE TELETOUCH. Se trata de un artículo en el cual un periodista entrevista a una serie de personas ciegas, y también sordomudas de nacimiento con los cuales se comunica a través de una dichosa máquina denominada Teletouch, que parece una especie de máquina de escribir donde uno teclea una frase y automáticamente se traduce a braille.

—¿A qué llama usted mirar? —pregunta el periodista.

—Mirar es tocar —dice uno de los entrevistados que nació sordomudo y quedó ciego a los siete años por los malos tratos de un celador del orfanato donde vivía. El ciego pide permiso al periodista para mirarlo y, cuando éste asiente, sus manos se deslizan por sus muñecas, recorren sus manos y después se acercan a su cara y muy rápidamente y con mucha suavidad bosquejan un rostro mediante una serie de roces casi imperceptibles con el extremo de los dedos índice y pulgar.

—Usted tiene manos de intelectual —escribe el hombre en una máquina de escribir común y después agrega—: A los sordomudos-ciegos nos causa mucho placer que nos toquen.

Un estrepitoso trueno raja el espacio y siento que la piel se me eriza. Doy un sorbo a mi jugo de naranja y prendo otro cigarrillo.

—¿Sueña usted de noche? —continúa preguntando el periodista.

—Sí, sueño como si viera.

El mozo pasa a mi lado y veo que se asoma a la calle y se queda mirando las gotas de lluvia repicar contra la vereda. Me doy cuenta de que soy la única persona en el bar. Aspiro profundamente mi cigarrillo, cierro los ojos y quedo envuelta en una especie de oscuridad, no negra sino verde oscura, y aunque obviamente no puedo verla sigue ante

mis ojos la imagen de las ventanas pintadas por De la Vega. Es extraño, pero a pesar de todo ese ruido del agua sobre el techo y sobre los coches, a pesar de los truenos que estallan y retumban en cada célula de mi cuerpo, oigo el silencio de la lluvia. Abro los ojos. El mozo ya no está en la puerta del bar y la calle continúa desierta.

—¿Qué es para usted el silencio? —pregunta el periodista a un sordo.

—Silencio o ruido no tienen el menor significado para mí.

Me acuerdo que una vez Derrida dijo, a raíz de la muestra *Memoires d'aveugle: l'autoportrait et autres ruins* en el Louvre, que el artista era como un ciego en cuanto que es ciego a lo que está dibujando mientras lo va dibujando, puesto que no hay nada en el papel para dibujar. También comparó al lápiz con el bastón del ciego. Pero alguien le respondió diciendo que no era lo mismo "no ver lo que está ahí" que "no ver lo que no está ahí".

—¿Qué le pesa más, el silencio o la oscuridad? —pregunta el periodista a un hombre ciego y sordo.

—La soledad. Soy el único monje en un monasterio único.

La tormenta empieza a calmarse aunque aparentemente el viento sopla bastante fuerte todavía y por momentos el sol ilumina débilmente las fachadas de las casas en la vereda de enfrente. Termino mi jugo de naranja y dejo un par de billetes sobre el mantel, cierro mi revista y veo cómo un poderoso rayo de sol ahora consigue abrirse paso por entre las nubes y cae contra el techo rojo y mojado de uno de los autos estacionados junto a la ventana.

8. *Amenopbis IV o Akbenaton*

ESTOY SENTADA FRENTE a mi escritorio — el de Ina —, con los ojos fijos en el enorme paquete marrón junto a mi pocillo de café vacío, en cuyo borde puedo ver la marca de mis labios estampada con lápiz de labios violeta. Apoyo la cabeza sobre mi brazo derecho, y después sobre mi brazo izquierdo y pienso si la blusa que tenía puesta Batia la otra noche sería realmente de seda lavada porque en realidad tenía algo artificial, no en la textura sino en el color, un color durazno pero demasiado anaranjado, y repaso en mi memoria todas las blusas de seda lavada color durazno que conozco y definitivamente no recuerdo ninguna tan naranja y debo llevar pensando en eso bastante tiempo porque cuando reacciono veo que la secretaria me hace gestos desesperados desde el salón y se lleva una mano a la cabeza hasta que finalmente logro darme cuenta de que lo que pretende es avisarme que tengo una llamada en el conmutador. Levanto el auricular y la voz de Ina me llega como en un sueño, detrás de miles de interferencias. Me dice algo acerca de que está de nuevo en Florencia pero que estuvo una semana en Egipto.

—Te compré una cajita en forma de pirámide —me cuenta y yo me la imagino subida sobre un camello y me imagino al camello hundiéndose lentamente con Ina encima dentro del Canal de Suez—. No te olvides de pagarle al fotógrafo —dice y empieza a enumerar una lista de cosas que se supone que tengo que hacer, pero yo miro sin escucharla a través de la persiana americana de la oficina cómo la secretaria tira el I Ching con tres fichas de subte y estoy tratando de recordar si las fichas de subte tienen un lado Yin y otro Yang pero no consigo acordarme y pienso que en realidad hace siglos que no viajo en subte— ...te aviso cuando llego a Ezeiza, así me vas a buscar —sigue monologando Ina.

Empiezo a jugar con los botoncitos del conmutador y descubro que si aprieto el cinco sigo oyendo a Ina, pero si aprieto el tres la voz queda interrumpida. Aprieto el tres y después el cinco varias veces.

—¿Me escuchas? ¿Me escuchas? —insiste Ina y yo dejo caer suavemente el auricular y corto la comunicación.

Vuelvo a mirar el paquete marrón y empiezo a rasgar el papel con un abrecartas. Dos enormes catálogos del MOMA aparecen ante mis ojos y siento un enorme placer al recordar que me los compré esta mañana con la plata con la cual se suponía que debía pagarle al tipo del video.

Amores cambiados

JO SE PRUEBA un impermeable negro fosforescente que le llega casi a los tobillos y es de una especie de plástico que parece de charol. Es el noveno impermeable que se prueba y la vendedora ya está empezando a fastidiarse, parada al lado de Jo con cuatro impermeables más colgados del brazo. Jo parece no darse cuenta de su existencia; se sube las solapas negras y camina de un lado al otro del pasillo mirándose de reojo en los distintos reflejos de sí misma que descubre en los vidrios y los espejos de la enorme sala del Drugstore del Alto Palermo, sin terminar de decidirse qué comprar. Ahora tiene puesto un impermeable plateado pero parece que cambió de idea porque le pide a la empleada que le muestre una blusa y se mete en uno de los probadores. Por la cortina entreabierta puedo verla desvestirse, y miro la ropa caer desinflada junto a sus pies descalzos, mientras me descubro bailoteando casi sin moverme al ritmo de *Chariged Love* que está sonando realmente fuerte. Jo introduce los brazos dentro de las mangas resbaladizas de la blusa, que está hecha con un material que juraría que es papel de aluminio, pero casi transparente, y mientras observo su cuerpo tan blanco enderezarse frente al espejo como envuelto en una capa de gotitas de hielo, Jo hace un gesto de desagrado e intenta salirse de la blusa pero queda prisionera entre los pliegues etéreamente metálicos. Cuando sale del probador arroja la blusa hecha un bollo a la chica, que consigue atajarla en el aire mientras Jo cubre su torso desnudo con un top de terciopelo amarillo que tenía a la cintura. Por fin se compra unos zapatos de charol violeta y salimos.

Nos detenemos unos segundos en el McDonald's para pedir dos conos de vainilla y los vamos devorando hasta que salimos del Shopping por la calle Beruti y estamos a punto de caer en un pozo de Telecom, pero alguien nos avisa a tiempo y salvamos nuestras vicias.

—Cuidado con los Helados —dice de mala manera el chofer del taxi, pero no nos damos por aludidas.

—Tendría que haberme comprado el impermeable azul que hacía juego con mi paraguas azul que tiene esas rayitas plateadas... Aunque también me hubiera podido comprar el plateado, claro —reflexiona Jo mientras gruesas lágrimas de vainilla empiezan a resbalar sobre el tapizado del taxi que casualmente es de color vainilla.

El asfalto de la avenida Santa Fe también está a punto de derretirse bajo un sol posnuclear. Jo agita su cono mientras abre la bolsa de cartón y saca uno de sus zapatos violetas, que tiene una plataforma como de quince centímetros de alto.

—¡No sé para qué me compré esto, son horribles! —dice, y arroja el zapato de bastante mal humor dentro de la bolsa pero ni se da cuenta de que el cucurucho está completamente horizontal y que acaba volcar el resto de helado sobre el asiento.

Nos bajamos en Reconquista y Paraguay. Antes de que podamos cerrar la puerta, del taxi, dos mujeres con enormes pañuelos negros que hablan un extraño idioma y evidentemente hace mucho que no se depilan se introducen en él, y al entrar rozan el charco de vainilla pegoteado que parece esparcirse por todo el tapizado sin que el taxista lo note.

El portero nos avisa que hay corte de luz así que no nos queda más remedio que subir por la escalera, lo que se hace todavía más molesto porque ambas tenemos puestos tacos siete y medio. Jo no parece dispuesta a subir con esos zapatos porque se los saca y los arroja dentro de la bolsa junto con los violetas pero yo permanezco con los míos puestos porque no soporto la idea de pisar descalza esos escalones inmundos.

—¿De qué color es tu impermeable? —me pregunta Jo más a menos en el tercer piso.

—No tengo. Pero mi paraguas es negro —alcanzo a articular respirando con

dificultad.

—¡Cómo! ¿Y qué haces cuando llueve? —pregunta asombrada.

Los escalones no parecen alterar en nada su ritmo cardíaco.

— Duermo — respondo telegráficamente, tratando de economizar las pocas palabras que aún me quedan.

Por fin llegamos al séptimo piso y casi nos chocamos con Karina, que está a punto de dormirse parada en la penumbra, con unas hojas de papel en la mano.

— ¿Qué haces acá?

Karina se sobresalta y las hojas que tenía en la mano caen sobre los escalones de mármol.

— ¿Dónde estoy? ¿Todavía es de noche? — pregunta aturdida.

— Vos sí que estás completamente loca — digo impostando la voz mientras abro la puerta de mi departamento y ella junta trabajosamente sus papeles.

Jo tira la bolsa con los zapatos en un rincón y entra al baño y Karina se tira en el sofá mientras yo pongo agua en la pava y prendo el fuego.

— Parece que no hay luz — dice Karina en medio de un bostezo.

— ¿En serio? — digo dándole palmaditas en el hombro mientras me desplomo a su lado y le arrebato las hojas que trae en la mano: son unos catálogos de una muestra de arte inglés que tienen dos fotografías en el interior: *Hombre en el museo*, de David Hockney y *El canto del azul*, una serie de cuatro volúmenes azules y grises, de Anish Kapoor.

— ¡Dónde conseguiré esos pigmentos! — pregunto, fascinada con los reflejos azul Prusia de esas especies de gotas azules de Kapoor, enfiladas sobre las baldosas y que materializan, leo debajo,

"el vacío amnésico situado más allá del antes y del después y del ahora".

Jo sale del baño, agarra la bolsa del Drugstore que acaba de tirar en el rincón y anuncia solemne:

— Me voy al Alto Palermo a cambiar estos zapatos horribles por el impermeable plateado.

10. *Comida china*

PASO POR LA GALERIA a dejar unas invitaciones para la próxima inauguración que recién retiré de la imprenta; una especie de postales de cartulina ilustración con una foto de una estructura minimal igual a las diez estructuras minimales que veo esparcidas a mi alrededor cuando entro en la galería. Ina es muy cuidadosa con respecto a las invitaciones y sobre todo, respecto a los catálogos. Dice que un buen catálogo hace a una inolvidable muestra. En realidad, Ina es muy cuidadosa con respecto a todas sus cosas. Creo que la única vez en su vida que no mostró su proverbial cuidado fue al dejarme a cargo de su galería.

Deposito las invitaciones junto a la secretaria que tiene una mirada lánguida y vacuna y toma su café con la boca fruncida, como si estuviera pronunciando una uuuu interminable, supongo que para no correrse la pintura de los labios, naranja nacarado sobre pancake espeso en el resto de la cara, oscuro y opaco como una máscara ritual. Estoy segura —y la posibilidad no es tan remota— de que, si su café se derramara de pronto sobre todos estos catálogos, lo primero que haría sería correr al baño a lavar su blusa de seda. Así que corro los catálogos unos cuantos centímetros y me retiro disimuladamente.

Deambulo un buen rato sin rumbo entre las torres de Catalinas, pensando en nada, mirando las nubes reflejadas en las paredes de vidrio amarillento y todo estaría relativamente bien de no ser por esos terribles bocinazos que llegan de la zona de Retiro, y cuando llego a la calle San Martín descubro que el tránsito está hecho un nudo y los semáforos no funcionan, así que quedo atrapada en la esquina de San Martín y Libertador, sin animarme a cruzar, y miro con ojos utópicos la bajadita de césped de la plaza en la vereda de enfrente.

Los autos permanecen petrificados en sus posiciones y lo único que parecen capaces de hacer los conductores es tocar la maldita bocina, pero por alguna razón, apenas apoyo mi pie sobre el asfalto de la calle los autos empiezan a moverse y debo retroceder a mi punto de partida. Repito la operación unas quince veces sin el menor resultado. A mi lado, sin embargo, un ejército de enanos, ciegos y rengos se desplaza por entre los coches sin el menor problema, agitando gamuzas, plumeros y cuadernos delante de los parabrisas. Tomo coraje una vez más y me sumerjo en el mar de coches y consigo avanzar unos cinco metros antes de que empiecen a moverse. Así que esta vez quedo aprisionada justo en medio de la calle y automáticamente empiezan a llover sobre mí toda clase de insultos. Intento volver sobre mis pasos, pero un 45 me cierra el paso y al mismo tiempo su bocina retumba a través de mi cuerpo como las trompetas de Jericó con toda la furia divina. Todavía temblando, intento ver quién es el animal que está al volante: un enano con cara de mono que se está matando de risa. Pienso rápido, se me ocurren las venganzas más diversas pero recuerdo que después de todo soy una dama, así que opto por caminar lo más dignamente posible dadas las circunstancias, hacia la vereda de la plaza.

El cielo está bastante cubierto, gris pero muy luminoso y la luz es realmente molesta, pero ya estoy del otro lado. Me pongo los anteojos oscuros y como ya es casi mediodía decido pasar por el restaurante de Wang antes de volver a casa.

Acabo de terminar de comer, en casa, un chopsuey de camarones que compré en el restaurante del chino Wang que está en Viamonte y San Martín. Siempre como con palitos, así: agarro los camarones que parecen cucarachas peladas, rojitas, con muchas patas todas dobladas, asustadas, contorsionadas, y los coloco lentamente dentro de mi boca, sobre la lengua, y después aprieto los clientes de a poco y voy sintiendo el jugo que sale del interior de sus cuerpos muertos por cocción del vapor del cocinero chino, que es rengo y vino hace treinta años de Macao y habla una mezcla • bastante

incomprensible de chino, portugués y español. Si uno tiene ganas de escucharlo mientras espera que le sirvan el chopsuey en una bandejita plástica y quizás también una porción de arroz blanco en otra bandejita, se puede llegar a enterar de que en su juventud fue dueño de un gallo de riña, y que vivía del gallo y del contrabando de opio, y de que un día los policías portugueses que eran portugueses pero negros, africanos de Mozambique destinados a la Bahía de Cantón, le rompieron la pierna de un culatazo antes de mandarlo a la cárcel, pero que después logró escaparse y se metió en la marina mercante dónde aprendió el oficio de cocinero. Todo esto lo cuenta porque está viejo y repite las cosas, o quizás también inventa algunas de ellas, mientras su rostro amarillo transpira al vapor de las cacerolas de arroz.

Pongo al costado la bandejita de plástico y los palitos, que son rojos y tienen enroscados todo alrededor un dragón dorado sobre el cual hay cuatro caracteres chinos, también dorados, y los cuales suelo imaginar que contienen un mensaje, imposible de descifrar para mí, el secreto sobre el cual se basa toda la sabiduría taoísta, pero que en realidad es más posible que sólo sea el nombre del restaurante chino de donde me robé los palitos.

Apoyo mi cabeza sobre el respaldo del sillón de cuero amarillo y veo que de uno de los cajones de Jo sale una extraña luz y al acercarme, la luz se vuelve cada vez más intensa, así que lo abro y me deslizo en su interior. Me sorprende que no me haya costado trabajo entrar, pero lo atribuyo a que comí los camarones, aunque no encuentro muy bien la relación. Ahora estoy en un estrecho y largo pasillo que está todo oscuro, sólo que al final del mismo vuelvo a ver ese extraño resplandor. Camino y es bastante incómodo porque debo mantener mi cabeza agachada para no chocar contra el techo y cuando llego al final del pasillo descubro que hay un enorme jardín en cuyos árboles crecen hojas de oro, plata y piedras preciosas, algo así como Aladino o Las Doce Princesitas pero esto no parece llamar mi atención porque sigo caminando por el jardín igual que si caminara por el microcentro. Alguien me chista. Subo la vista y descubro que Jo está encima de uno de los árboles y tiene puesta una corona de plata con campanitas que tintinean al más leve de sus movimientos. Me habla y su voz resuena a lo largo y a lo ancho del jardín:

—¡Devolvéme mi pincel! —me apunta con su dedo plateado.

Me despierto transpirando. Corro hasta mi camisa negra metalizada, busco el pincelito en el bolsillo y lo vuelvo a guardar en el bolso de Jo.

¿Saturnos o espirales?

VEO COMO Jo se viste frente al espejo mientras suena un CD de This Mortal Coil. Dentro de una hora empieza la subasta en Alvear y Jo tiene puesto un short rojo de terciopelo y una blusa de seda negra sin abrochar, bajo la cual se ve un corpiño de encaje negro de tazas muy armadas. También tiene unas medias negras largas y unos zapatos de plataforma muy altos, muy rojos. Ahora se prueba unos aros, dos grandes espirales de plata, pero no parece muy convencida.

— ¿Estos o éstos? — pregunta mientras retira una de las espirales y pone en su lugar a un saturno plateado.

— Las espirales están bien — digo mientras hojeo el catálogo de Alvear que está sobre la cama.

— ¿Me prestas el Kenzo?

Le alcanzo a Jo el frasquito ovalado con una enorme flor translúcida como tapa que está sobre mi mesita. Ella inclina el frasco hasta humedecer la yema de sus dedos con el líquido dorado y luego marca con su índice una gran equis que atraviesa su cuello de lado a lado.

El prólogo del catálogo comenta algo acerca de los objetos a subastar: una naturaleza muerta con compás y pescado de Carlo Carrá, una marina de Courbet. mucha platería colonial, una victoria de Lepanto, anónima, en la cual se ven una serie de barcos y en primer plano un barco musulmán —en una inscripción al costado del cuadro se indica que es el *Capitana de Mustafá* y que lleva un tesoro—, en la cubierta del cual pelean unos hombres. Algunos llevan graneles turbantes. En una mano sostienen estandartes negros con medias lunas blancas y en la otra, las cimitarras. Muchos caen al agua y, al hacerlo, pierden sus turbantes.

Levanto los ojos del catálogo. Jo está decidiendo cuál de los cinturones tirados sobre la alfombra se va a poner.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que una cosa sea vieja? —pregunto.

Jo levanta uno de los cinturones. Se lo pone alrededor de la cintura y me mira desde el espejo.

—Supongo que se convierte en vieja en el momento en que descubren que así se puede vender más cara —dice y se encoge de hombros.

Jo tiene el pelo todo embadurnado con gel y su cabeza parece llena de alfilerillos rubios en punta como aquel aviso de Geniol. Revuelve su bolso de los cosméticos con una mano mientras con la otra trata de embocar el aro de espiral en el lóbulo de su oreja derecha.

—Ah —la exclamación de Jo me trae de vuelta sobre la Tierra—, acá está el maldito pincel. Lo estuve buscando por todos lados.

De pronto me acuerdo de Jo subida al árbol de mi sueño traspasándome con su dedo láser.

—Qué extraño. ¿Adonde podría estar sino dentro de tu bolso? —comento tratando de simular el más completo desentendimiento.

12. *Cementerio de recuerdos*

ME VEO RECORRER una enorme habitación llena de cosas viejas, cosas que alguna vez fueron usadas por otras personas, ropa, sombreros, retratos, cartas —de amor y de las otras—, juegos de té incompletos, carpetitas de encaje, relojes de bolsillo y muñecas de porcelana con olor a naftalina. Recorro ese lugar enorme, algo así como la sala que aparece al final de *Citizen Kane*, y casi puedo ver volar fantasmas. En el medio de la sala veo una silla de madera oscura con el asiento de esterilla rota. Me acuerdo de aquella silla expuesta en el Museo Whitney de la que se oía salir una melodía metálica como de una caja de música y después uno se enteraba de que la silla había sido ocupada por un preso de la cárcel de Sing-Sing durante su última cena, la noche antes de ser ejecutado). La musiquita reproducía la canción que sus familiares le cantaron durante la última visita a la prisión.

13. *Vanidades apolilladas*

LA MUJER DEL KIOSCO no habla y parece que tampoco escucha, pero sí porque saca de un estante los Marlboro Box que le pedí y los arroja de mala manera sobre el vidrio. Le tiendo un billete de cincuenta pesos y ella me hace problemas por el cambio, así que compro también un enorme chocolate con almendras envuelto en papel dorado y recién entonces me acepta el billete.

Son las ocho de la tarde y oscurece y ya casi no queda nadie en las fronteras de Catalinas y el microcentro, sólo aquel mendigo que dormita dentro de un Banelco, y que no tuvo que apelar a una tarjeta de crédito para abrir la puerta porque la puerta de este cajero no existe, parece haber sido violentamente arrancada, sólo quedan algunos cables sueltos a la altura de la cerradura. Por lo demás, las vidrieras están oscuras, cerradas con cortinas de metal y cadenas, y por todos lados hay mugre, cartones tirados, papeles que se deslizan empujados por el viento. Tengo los walkman puestos y escucho *Aion* de Dead Can Dance mientras camino y mastico mi chocolate con almendras. El centro de Buenos Aires es como un negro reflejo del París de Napoleón III, uno vislumbra alguna pasada época de esplendor entre luces y bulevares detrás de todo este abandono, porque Buenos Aires no es porteña, no es el Abasto ni Avellaneda, al menos no siempre, y para algunos casi nunca. A veces, me parece mentira que ésta haya sido la Buenos Aires de *Gilda*, de los estancieros y los casinos clandestinos y sólo alguna de las molduras art nouveau de un balcón, algún farol *fin de siècle* olvidado en el frontón de una puerta descascarada denuncian esa realidad prehistórica y, sinceramente, creo que esa coquetería de Margotita es patética. Doblo por Paraguay hacia Florida, Harrod's aparece a mi izquierda como la Opera abandonada de Manaos, llena de ornatos y polillas mientras en la esquina, un ciego que además es tuerto toca algo que no puedo oír en un acordeón minúsculo pero que me imagino es un vals de Strauss y alucino que dentro de los salones de Harrod's hay un montón de gente bailando al compás vestidos con levitas y miriñaques, como en la corte de Sissi, sólo que sus rostros están muy pálidos, demasiado pálidos, como salidos de una película tipo *La danza de los vampiros*. Llego a Florida, a la única cuadra de Florida que todavía conserva sus veleidades. Bajo la escalera y me sumerjo entre la gente que inunda el ICI, que nunca termino de darme cuenta si es que hay mucha gente o si es que el ICI es demasiado chico. Es la inauguración de Grippo, con esa instalación blanca, una larga mesa sobre la cual hay diferentes platos con tierra, cortezas de árbol y huevos pintados de dorado. Mientras doy un par de vueltas por ahí, veo a una rubia con una diminuta minifalda rosa flúo que parece conocerme y se me acerca y me dice algo mientras señala el huevo dorado sobre el plato, pero yo no oigo nada de lo que dice porque todavía tengo el walkman puesto: de todas formas sonrío, asiento con la cabeza y me alejo de ella lo más rápido posible. Allá sobre la izquierda está ese chico con camisa negra calzada. Mariano creo, que sale con Nadia, una amiga de Karina. y siempre me lo cruzo en las fiestas. Me dirijo hacia la escalera y estoy a punto de chocar con Hernán, que presentó un proyecto para pintar el frente de la casa del cónsul argentino en Nairobi y acaba de llegar de Nairobi y está colgado del brazo de una chica muy rubia y muy alta.

—¿Qué tal? —dice Hernán sin soltarse del brazo de la chica.

—¿Qué tal Nairobi? —pregunto fingiendo interés pero sin lograrlo.

—In-cre-i-ble. Por acá tengo una foto mía con el cónsul —dice y empieza a escarbar en los bolsillos de su campera de cuero—. Ah, te presento a Nina.

Nina me mira desde allá arriba como si yo fuera un pequeño insecto mientras me extiende indiferente sus largos dedos blancos.

—Hola. Nina. ¿Vos también pintaste algún consulado? —pregunto y me la imagino

moviendo displiscente una brocha de izquierda a derecha ante la mirada de miles de curiosos negritos.

—*Icb verstebe überbaupt nichts* —responde.

Tengo puesto un short de cuero negro y unas medias también negras, de encaje. Me alejo hacia uno de los rincones y miro sobre mi espalda tratando de ver la parte posterior de mis piernas y compruebo con alivio que las líneas de las costuras permanecen en su lugar. Escucho *El fin de las palabras*, que sigue sonando en el walkman, mientras me detengo frente a una papa encerrada dentro de una especie de pecera que representa a la cultura sudamericana y está cruzada por cables de colores. Siento que alguien apoya una mano sobre mi hombro, me doy vuelta y me encuentro frente a frente con Mariano.

14. *Air Orient*

LAS GOTAS DE AGUA explotan contra la cortina de plástico y producen un ruido como de ametralladoras cruzadas mientras me ducho en la casa de Mariano. Él está en el cuarto hablando por teléfono, puedo verlo a través de la puerta entreabierta mientras la espuma celeste del jabón resbala por mi cuerpo y cae a mis pies y yo dejo que las gotas exploten ahora sobre mis ojos cerrados y me quedo con la mente en blanco un par de minutos. Salgo de la bañera y empapo todo el piso del baño a lo largo de mi trayecto hasta el toallero. Envuelta en un toallón enorme, también celeste, me dirijo hasta la habitación y me tiro sobre la cama. Mariano sigue hablando por teléfono pero se sienta a mi lado, separa lentamente la toalla y descubre que todavía hay pequeñas gotas sobre mi cuerpo. Mi pelo está mojando la almohada. La funda y las sábanas tienen un estampado azul oscuro con Pequeñas estrellitas blancas, y cada tanto aparece una gran luna en cuarto menguante, también blanca.

Mariano corta la comunicación. Sólo lleva puesto un slip color aguamarina, su piel es blanca, como de marfil, igual que la mía y su pelo es de un color indefinido; entre rubio oscuro y castaño muy claro. Cuando se acuesta a mi lado miro su cuerpo recortarse sobre el azul estrellado de la sábana hasta que finalmente me incorporo y me apoyo sobre su pecho chato y cálido. Algunas gotitas que caen de mi pelo mojan su cuerpo formando pequeños charcos dulces en su pecho que trato de secar con mi piel. Nuestros cuerpos giran y liberan sin querer la toalla celeste, que cae pesadamente sobre el reportaje a Annette Bening en una *Interview* tirada a los pies de la cama. Siento las manos de Mariano por mi espalda mientras me entero de por qué la Virginia de Bugsy encuentra atractivos a los gánsters y cuando terminamos de hacer el amor permanezco un largo rato recostada sobre su cuerpo mientras observo cómo el rostro de Annette Bening se va frunciendo con la humedad que absorbe de la toalla.

Termino de abrocharme el cinturón negro con tachas alrededor de mi short de cuero negro y Mariano me pregunta si quiero una cerveza pero yo le digo que no y se va a la cocina a buscarme una Pepsi Diet. La habitación está pintada de un color turquesa pastel, sobre la cama hay un afiche de AIR ORIENT que dice FRANCE-SIRIE-INDOCHINE y tiene un pequeño avioncito a hélices dibujado por Cassandre. Sobre una mesa baja de mármol que hay junto a la puerta veo un enorme cenicero negro y un reloj de mesa triangular y también negro, unas cuantas revistas de arte y un discman. Mariano me grita algo desde la cocina pero yo no le contesto, sólo agarro mi campera y salgo del departamento. En el pasillo me cruzo con Nadia. que cree reconocerme y me mira confundida, pero yo llevo todavía puestos mis anteojos oscuros terminados en punta, aunque ya es casi de madrugada, y acelero el paso dejándola con la duda acerca de si soy o no quien ella cree que soy.

Cuando llego a casa, tiro mis walkman sobre el escritorio y me desplomo sobre el sofá de cuero amarillo. Jo no está. Puedo ver su minifalda roja, su blusa de seda negra y sus aros de espiral —la ropa que llevó a la subasta—, tirados sobre la alfombra, a los pies de la cama, pero no veo su vestido de raso negro dentro del ropero, que quedó completamente abierto. Me inclino y recojo las espirales plateadas y las guardo dentro del cajón de mi escritorio. Después me acerco a la ventana que da al este y me asomo por ella hacia la noche. Veo las luces de algún barco, allá en el puerto y oigo el *Klaviertrio opus 100* de Schubert que suena en alguna parte.

El día que paralizaron la Tierra

ME DESPIERTA lo que al principio tomo por el silbato de un tren que *cruza* a toda velocidad los Alpes suizos pero que luego se convierte en el chillido de la pava silbadora. Apenas consigo abrir un ojo para ver, todavía entre las nebulosas del sueño, a Jo preparando el desayuno. Tiene puestos sus anteojos oscuros aunque a través de la ventana puedo ver que afuera llueve. Parece cansada, pero de todas formas sus mejillas están rosadas y brillosas como manzanas y cuando logro incorporarme sobre el sofá también veo a Arturo, que observa atentamente toda la Operación Desayuno desde el alero de la ventana. Jo hace cosas como huevos revueltos y tostadas y cuando se da cuenta de que ya estoy despierta me alcanza un jarro de café y se sienta a los pies del sofá. — ¿Le pones leche? — pregunta y señala la heladera. — No, así está bien — contesto y descubro que estoy bastante ronca.

Nos quedamos unos minutos en silencio mientras escucho el sonido de la lluvia contra los vidrios.

Jo se levanta los anteojos oscuros hasta que le quedan como una vincha y me mira con sus ojos claros, serenos.

—¿No querés saber adonde estuve anoche? —pregunta con malicia y de pronto caigo en la cuenta de que ninguna de las dos pasó la noche en casa y mi mente vuelve a la habitación turquesa pastel de Mariano y me acuerdo de la foto de Annette Bening estampada sobre un fondo de margaritas blancas.

Antes de que tenga tiempo de responderle se acomoda en el sofá y mira algún punto remoto en el techo. Veo que sus pupilas se expanden, levemente humedecidas, mientras me empieza a contar algo acerca de un chico que conoció en un bar cerca del Bajo — incluso creo que dice que el chico se llama Juan—, de una enorme lámpara llena de caireles y de un taller lleno de esculturas adonde aparentemente pasó la noche.

Estoy demasiado dormida como para entablar un diálogo, pero cada tanto asiento con la cabeza y trato de tomar mi café, que todavía está demasiado caliente, mientras veo la lluvia ahora caer más fuerte sobre mis lobelias, que se doblan allá afuera bajo las gruesas gotas de agua. Jo se acerca a la ventana y mira las cúpulas desdibujarse detrás de las espesas nubes grises.

—El día que salí de Nueva York también llovía —dice.

De pronto me acuerdo de mi paraguas verde, aquel paraguas que compré, a la salida del MOMA, aquel día tan raro, con el cielo casi amarillo y esas espesas columnas de humo que salían de las alcantarillas sobre el pavimento — no sé por qué siempre sale humo de las alcantarillas cuando llueve en Nueva York — . Yo había ido al MOMA a ver *Hight and Low*, aquella muestra que pretendía juntar a Picasso con Krazy Kat. y me había perdido en las obras de Duchamp, Jasper Johns, Litchenstein, Warhol, Braque, Gris, Leger, expuestas junto con los recortes de periódicos, tiras cómicas y otros diseños publicitarios que les sirvieron de modelo. cuando al salir del museo caí en la cuenta de que diluviaba. Algunos chinos se habían ubicado en la entrada y ofrecían al público sus paraguas made in Hong Kong por "wan dolah". así que me acerqué a uno de ellos y le compré un horrible paraguas automático verdoso con el mango de plástico y lo gracioso fue que cuando llegué a mi departamento en el East Village me encontré con la chica australiana con quien compartía el alquiler sentada en las escaleras de entrada porque se había olvidado la llave, y como a ella también la había sorprendido la lluvia tuvo que comprarse un paraguas de apuro, el primero que encontró: verde y automático y con mango de plástico, igual al mío.

— ...creo que voy a extrañar a Juan cuando me vaya — dice Jo y su voz me hace aterrizar en Reconquista y Paraguay, y son estas últimas palabras las que resuenan una

y otra vez en mis oídos. como un eco que no termina de extinguirse dentro de mi cabeza. Me incorporo sobre los almohadones fucsia e intento nuevamente tragar mi café. pero me quemo la lengua nuevamente, ¡mierda!.

mis ojos se quedan de pronto fijados en el cuello de Jo. tan blanco, y por un momento me imagino abalanzándome sobre ella para clavarle mis dedos en la carótida y presionar más y más, hasta sentir los tubitos azules de sus venas explotando ¡plaf! ¡plaf! bajo mis yemas.

—¿Y vos? ¿Saliste anoche?

—No. Me quedé mirando El día que paralizaron la Tierra en la traspnoche —miento sin saber por qué.

Las tostadas se deben haber quemado hace rato pero Jo parece recién acordarse de su existencia porque salta a apagar la hornalla e intenta rescatar con los dedos los carboncitos redondos que permanecen inmóviles, tan negros como el tostador debajo de ellos, y lo único que consigue es articular una puteada yanqui. Después se encoge de hombros, suspira y abre un paquete de Criollitas del estante, y también abre la heladera y se agacha para buscar algo en el interior aunque parece no poder encontrarlo porque se queda mirando durante un rato largo y finalmente desiste y con la puerta todavía abierta se da vuelta y me pregunta impaciente:

—¿Dónde hay manteca de maní?

16. *Entropía*

ESTOY SENTADA en la mesa de La Opera y hago tiempo antes de que empiece la proyección de *The Master Mystery*, una película filmada en 1918 en la que trabaja Houdini, que además de ser escapista era artista de variedades. Lluve bastante y a través de las gruesas gotas de lluvia que resbalan por los vidrios veo cómo el asfalto de Corrientes empieza a convertirse en un río mugriento. Las personas corren a resguardarse bajo los balcones, aleros y toldos de los negocios aunque de todas formas no pueden evitar que los empapen los chorros de agua sucia que levantan los autos que corren carreras *offshore* a través de la avenida.

Prendo un Marlboro, el último de la caja. El humo me entra en el ojo y me hace lagrimear, pido un café lloriqueando y veo que el mozo me mira en forma extraña. Al rato aparece con un pocillo y un vaso de agua turbia que deposita descuidadamente sobre la mesa. Los líquidos se agitan, rebasan los límites circulares de sus recipientes y se derraman sobre el mantel que los absorbe rápidamente. Aspiro profundo el cigarrillo, me recuesto sobre el respaldo y trato de acordarme si le puse la comida a Arturo.

Un hombre gordo acaba de entrar y sacude con fuerza su paraguas antes de sentarse a una de las mesas y un par de mujeres en las mesas contiguas lo miran indignadas, secándose las gotas que salieron volando desde el paraguas. Aplasto mi cigarrillo contra los cisnes gemelos del cenicero de Cunnington mientras hago girar la cajita de fósforos entre los dedos, una y otra vez, después saco los fósforos y los coloco junto al pocillo en forma de perro cuadrado, raquítrico, con largas orejas, después convierto al perro en un extraño caballo. Faltan todavía veinte minutos para que empiece mi película. Mientras juego con los fósforos escucho a una chica sentada a mi espalda:

— ...a medida que el tiempo pasa, aumenta la entropía; es decir que si tomamos una estructura cerrada, ésta se va volviendo más caótica con el paso del tiempo. Es este aumento de la entropía el que induce a Prigogine a hablar de la unidireccionalidad del tiempo. Sin embargo Hawkings habla de la posibilidad de existencias temporales bizarras, por ejemplo de después para antes.

La chica hace una pequeña pausa y luego continúa:

—Si tomamos la hipótesis del big-bang, podríamos suponer por ejemplo que con cada implosión se produce un cambio radical de todas las leyes físicas. Algunas teorías sin embargo parecen contradecir al Segundo Principio de la Termodinámica.

Ahora termino de formar una locomotora de fósforos que parece a vapor porque tiene una gran chimenea, el ticket enroscado del que sale una densa nube de azúcar.

—El vitalismo de Bergson y de Teilhard sostenía la tesis de un dualismo básico entre las formas de existencia de la materia, la orgánica y la inorgánica. La orgánica parecía a su criterio alcanzar estadios cada vez más entrópicos y evolucionados. Hoy está demostrado, en cambio, que esta tesis se basa sólo en una paradoja aparente.

Me imagino a su interlocutor, mudo, o sumamente tímido, o profundamente dormido sobre el mantel, pero al darme vuelta veo solamente a una chica pequeña y blanca con ojos que parecen sólo dos puntos amarillentos perdidos en el fondo espiralado de sus anteojos de aumento y observo que frente a ella no hay otra cosa que una mochila verde de tela. Todo indica que estuvo tratando de explicarle a la mochila el Segundo Principio de la Termodinámica. La miro perpleja, tratando de contener la risa cuando de pronto un débil ruidito electrónico me hace fijar la mirada en su mano y descubro aliviada que aferra entre sus dedos de reptil un minúsculo grabador de bolsillo. Junto a su mochila hay dos grandes carpetas con etiquetas blancas: FÍSICA I, FÍSICA II.

Ya es casi la hora de Houdini así que saco mi billetera y busco al mozo con la mirada. La puerta sobre Corrientes acaba de abrirse y por ella entra una chica con anteojos oscuros, bastante despeinada que avanza en dirección a los baños y se tropieza varias veces con las sillas en su camino y algunas veces con los mozos. Es Verónica.

Vero cursó un par de años en la Facultad conmigo. Una vez me senté a su lado en una clase dónde el profesor hablaba sobre la conceptualización de los colores. El tipo tenía una corbata de moñito y un saco a cuadros y comentaba las diferentes estrategias perceptivas y decía que los esquimales no tienen sólo un blanco sino por ejemplo un blanco atardecer, un blanco tormenta, un blanco montaña, un blanco piel de foca. Pero Vero insistía en que el blanco siempre era blanco, que el blanco era para los colores lo que el cero era para los números, una singularidad. Después, Vero dejó la Facultad y se fue a España. Allá le presentaron al director de una miniserie y se enrolló con él. Dejó la teoría y se dedicó a ser actriz, incluso llegó a aparecer en los últimos capítulos de la miniserie: hacía de chica que iba en el ascensor cuando entraban los protagonistas y decía algo así como: "¿A qué piso van?". La cuestión es que el director de la miniserie se cansó de ella demasiado pronto y ahí terminó su vida de estrella. Entró en una profunda depresión y empezó a tomar cuanta pastilla aparecía frente a sus ojos. La madre tuvo que ir hasta Madrid a buscarla y la encontró totalmente borracha jugando con un elefantito de plástico en la bañera de un hotel barato.

Vero por fin consigue llegar hasta la puerta del baño y se pierde en su interior mientras yo dejo unos billetes junto al pocillo vacío y practico un escapismo improvisado hacia la lluvia.

VAMOS EN EL RENAULT 4L derecho por Libertador hasta que se hace angosta a la altura de San Isidro y después seguimos y seguimos por Libertador angosta hasta la plaza de la Catedral donde hay cada vez menos negocios y las casas se vuelven más feas y más viejas.

Karina y Jo están tiradas en el asiento de atrás hojeando unas revistas que compramos en un kiosco de Florida. Por el espejo retrovisor puedo ver el plástico translúcido pegado con Chonflex que reemplaza al vidrio de la ventanilla de Jo y que hace un ruido terrible cuando el viento lo agita. Hace tanto tiempo que se salió el vidrio que ya no recuerdo cuánto. Lo que sí recuerdo es que alguien se quedó una noche con él en la mano cuando quiso abrir la ventanilla y desde entonces quedó el agujero. En realidad, por mí lo hubiera dejado así nomás —quién va a robar algo de un 4L—. de no ser porque Jo no paraba de quejarse de que el viento la despeinaba.

Jo lee un artículo acerca de un diseñador inglés-israelí que fabrica cosas como máquinas trituradoras de libros y lámparas con brazos motorizados, activados a control remoto.

—Dice que es un reciclador postatómico al estilo de *Mad Max*, *Blade Runner* o *Brazil* y que inauguró la estética futuro-ruinista en el dis...

Las palabras de Jo quedan colgadas en algún lugar en el espacio porque sobre ellas explota el ¡Ah! de Karina que no está oyendo ni una palabra de lo que cuenta Jo porque hojea entusiasmada la última *Art Forum*.

—¿Vieron los *Umbrellas* de Christo? —pregunta.

Miro de reojo y veo una foto de los paraguítas amarillos de Christo plantados a lo largo de la costa californiana y otra foto con los paraguítas celestes al norte de Tokyo.

—Christo dice que eligió el amarillo dorado para California porque a finales de agosto la hierba está quemada por el sol y es de color tostado, y que para Japón eligió el azul porque en verano llueve continuamente sobre los bosques de abetos color verde agua profundo.

Miro al costado de la calle, que a esta altura ya es de tierra, y me entero por un cartel verde de que acabamos de pasar San Fernando.

—¿Podes parar un segundo? Me estoy meando encima —anuncia Jo.

Nos detenemos frente a un bar con una enorme chapa de Coca-Cola desteñida por el tiempo en la puerta y al entrar me llama la atención la cortinita de metal que hace de puerta y que es una especie de guardaganado pero para moscas. Karina se acerca a una mujer sin dientes que seca algunos platos con un trapo gris lleno de agujeros y le pide un paquete de Marlboro mientras Jo y yo entramos al baño: una puertita de madera pintada de blanco al fondo, atravesando un patio lleno de cajones de gaseosas. Quiero retocarme el rimmel pero en el baño no hay espejo, sólo una inscripción en marcador indeleble estampada por alguien en la loza sobre la pileta, que dice: ACÁ HABÍA ESPEJO PERO SE LO ROBARON. La canilla no deja de gotear y forma una gruesa línea de óxido sobre el enlozado amarillo. Jo tiene que hacer pis medio parada porque la zona que circunda al inodoro está hecha una mugre: un mazacote completamente húmedo de papel higiénico verdoso pisoteado. Caminamos en puntas de pie y tratamos de no tocar náica, como si estuviéramos cruzando un campo cubierto con material radioactivo. Salimos rápido y nos reunimos con Karina, que fuma un Marlboro acodada contra el mostrador.

De vuelta en el Renault 4, acelero por una calle de tierra por las que creo no haber pasado antes y de pronto me acuerdo de que tengo caramelos de fruta en la mochila.

—¿Quieren caramelos? —digo, y empiezo a buscar a ciegas dentro de mi mochila con una mano mientras con la otra mantengo el rumbo pero no puedo encontrarlas, así que suelto el volante por unos segundos y busco con las dos manos mientras miro en el interior del bolsillo delantero.

—¡El poste! —me grita Karina justo a tiempo para que logre enderezar el coche.

Al final llegamos al taller de Antonio en el Bajo San Isidro. Cuando entramos vemos que ya hay bastante gente dentro del loft con parées de ladrillo a la vista y techo de vidrio a través del cual pueden verse las estrellas titilando en el cielo negro. Hay un enorme cuadro que ocupa casi por completo una de las paredes: una silueta humana pintada en amarillo y bastante deformada, como si se estuviera derritiendo, contra un fondo de desprolijas pinceladas rojas y verdes esparcidas al azar, que no llegan a cubrir por completo la tela. Sobre la silueta hay unas palabras garabateadas: PUNTO DE FUSIÓN.

Levanto un catálogo que está tirado en el piso y leo:

"Antonio antes hacía puntos, pero ahora hace rayas, y esto se conecta, por supuesto, con la muerte de Dios."

Grandioso. En el medio de la sala hay una chica que sirve las bebidas detrás de una mesita sobre la cual veo apiladas varias decenas de copas de plástico. Su vestido es una especie de trapecio rojo bajo el cual parece haber una armazón de alambre o algo así, que lo mantiene abierto en forma de campana y se complementa con un bonete de payaso en la cabeza de la chica.

Karina descubre a unos amigos en un rincón y se acerca a saludarlos y Jo y yo nos acercamos a la mesa y le pedimos a la chica dos copas de champagne.

—Duelo que pueda sentarse con un vestido así —susurra Jo mientras le da un sorbo a su copa que está demasiado llena.

—Claro que no puedo sentarme —dice fastidiada la chica que parece haber escuchado aunque Jo hizo su comentario en voz realmente baja.

Una mujer con el pelo demasiado rubio, demasiado lacio, demasiado corto y con gruesos anteojos con armazón de carey se acerca a la mesa de las bebidas y pide una copa de champagne. Hay dos chicas a mi lado, que son muy parecidas y parecen hermanas.

—¿Te fijaste qué vieja que está Marcia? —dice una señalando con un gesto de cabeza a la mujer rubia.

Empieza a sonar algo de Laurie Anderson y veo que hacia uno de los costados, parado junto a una maceta y sin poder apartar los ojos del cuerpo de una chica que lleva un jean roto y tiene un impresionante look Guess, está Antonio. En un momento, sin embargo consigue desviar los ojos y nuestras miradas se chocan, lo saludo con la mano y me sonrío.

Jo parece sentirse algo mareada y decido acompañarla un rato afuera para que tome un poco de aire.

Caminamos hacia la salida abriéndonos paso entre la gente y en el camino me cruzo con un chico bastante pesado con el cual cursé una materia en la Facultad hace mil años. El chico parece recordarme vagamente.

—¿No te conozco de algún lado? —pregunta mientras me señala la cara con el dedo índice y me inspecciona con atención.

—No, no creo —respondo algo brusca y sigo mi camino y el chico se queda mirando confundido en la dirección que señala su índice, que queda apuntando hacia ninguna parte.

18. *El cumpleaños de Arturo*

—TODOS LOS DOMINGOS íbamos al cementerio a llevarle flores a mi hermano. Mi mamá, mi hermano menor y yo. El cementerio estaba a unos cinco kilómetros de distancia por un camino de tierra, bordeado por olivares —cuenta la mamá de Mariela mientras me alcanza un plato de masas cubiertas con azúcar impalpable o bañadas en chocolate o con un enorme círculo de gelatina escarlata en el centro. El chocolate forma miles de rayitas marrones, como patas de insectos, sobre el azúcar y los círculos de gelatina se prenden y se apagan como las balizas de algún auto estacionado y me quedo unos momentos paralizada con los ojos fijos en las masas y recuerdo que cuando éramos chicas mi hermana y yo solíamos atarle un hilito en la pata a una enorme araña de goma y después nos escondíamos en el balcón y bajábamos la araña hasta la altura de las cabezas de la gente que pasaba por la calle y nos divertíamos viendo sus caras de espanto cuando quedaban frente a frente con semejante bicho. La mamá de Mariela opta por apoyar nuevamente el plato de masas sobre la mesita de caoba, junto a una tetera y tres tazas de porcelana.

—Para llegar hasta el portón de entrada primero teníamos que pasar por los jardines de la Alhambra. Un día, mientras mamá rezaba frente a la tumba de mi hermano, mi hermano menor y yo nos alejamos jugando hasta que llegamos a un lugar adonde nunca antes habíamos estado, cercado con unos tablones. Nos metimos por una rendija y de pronto nos encontramos en un enorme baldío, con el pasto muy crecido al fondo del cual había una parecí... —sigue diciendo y hace un alto para tomar un sorbo de té.

—Jugamos una carrera y yo llegué primero y pude ver que sobre la pared había unas extrañas manchas color rojo muy oscuro, como rastros de manos, cinco surcos casi negros que resbalaban hasta el pasto. Después me enteré de que ése era el paredón contra el cual fusilaban a los rojos —cuenta la mamá de Mariela mientras sus enormes ojos negros se ensombrecen.

Hace tiempo que no veía a Mariela. La encuentro bastante flaca y me doy cuenta de que no la está pasando muy bien. En la época en que estudiábamos juntas se había ido a vivir con un tipo y después alguien me contó que había tenido un bebé pero parece que después el tipo se fue a Barcelona y los dejó a Mariela y al bebé plantados y ahora están viviendo con la mamá en un departamento por Congreso y el bebé, Santiago, ya tiene cinco años. Mariela mira cómo Santiago vacía un pomo de acrílico amarillo de cadmio sobre la alfombra, pero no hace nácia para impedirselo.

—Ya nada es lo mismo. De aquella Granada sólo quedan los recuerdos —dice la mamá de Mariela con un suspiro y sus largos dedos morenos se despliegan frente a mis ojos.

—La Alhambra es sólo para turistas y, después de veinticinco años aguantando a Franco, ahora parece que nunca hubiera existido —se lamenta y yo me distraigo viendo sus manos hacer figuras en el aire y veo aparecer, detrás de esos extraños signos a sus enormes ojos negros rasgados y pienso que sólo le falta un clavel rojo en el pelo para ser igual a una modelo de Romero de Torre.

Mariela juguetea con un payasito de plástico desarmable que sostiene entre sus dedos y yo mastico mi última masita cuando de pronto veo con horror que Santiago se dirige al equipo de audio con las manos absolutamente embadurnadas de amarillo de cadmio, y estoy a punto de gritarle para que se detenga pero al mirar a Mariela y a la mamá veo que las dos lo observan fascinadas así que sonrío de manera forzada y me despido.

Salgo del edificio que está sobre Riobamba y camino hacia Sarmiento sin apuro, y estoy pensando en los dedos marcados sobre el muro cuando de repente veo que por la misma vereda y en sentido contrario al mío avanzan Mariano y Nadia. Trato de

desaparecer en el primer negocio que encuentro, que resulta ser una casa de artículos de cotillón y ahí estoy yo frente a ese señor de anteojos que me pregunta amablemente qué deseo y yo no tengo la menor idea de lo que puedo querer en una casa de cotillón, así que pienso rápido y decido celebrarle un sorpresivo cumpleaños a Arturo.

Compro dos velitas, supongo que con dos está bien. El señor me pregunta: "¿Rosas o celestes?", y yo contesto con orgullo: "Celestes, por supuesto". También compro porta velitas, globos de colores, un gorrito en punta —aunque no creo que Arturo quiera ponérselo— y una tortuga ninja de yeso para poner en el centro de la torta.

19. Numa

UNA A UNA paso las hojas del libro entre mis manos, *Close to knives: a memoir of dissintegration* de Wojnarowicz, el mismo que pintó el cuadro que tengo en la cabecera de mi cama y que me regaló la mamá de Lucio, cuando suena el teléfono. Levanto el tubo y del otro lado se oye una voz que apenas sobresale entre el ruido del tránsito. Apenas la oigo pero alcanzo a entender algo así como:

—...no sé dónde carajo estoy —y después de unos segundos las palabras se oyen todavía más lejanas—: Señor, qué lugar es éste...

—Jo, ¿sos vos? —pregunto sorprendida.

—...que qué lugar es... —la voz consigue imponerse por sobre el ruido blanco—. Ah, gracias. Creo que estoy en la Puerta Alsina o algo parecido.

Confirmando que definitivamente es Jo y me resulta gracioso imaginármela en Puente Alsina; me pregunto cómo demonios habrá llegado hasta ahí.

—¿Puente Alsina? —digo tratando de contener la risa—. ¿Y qué haces ahí?

—No sé. Tomé un colectivo. Me dijeron que me llevaba para Recoleta. Y entonces...

Evidentemente no es momento para historias:

—Para, después me contás. Fíjate el nombre de alguna calle —digo asumiendo mi papel de torre de control.

Por unos momentos vuelvo a oír nada más que ese molesto ruido blanco que atraviesa los cables telefónicos como si un ejército de termitas hubiera de pronto atacado la central de Telefónica y después Jo dice:

—Berón o Perón, no alcanzo a ver. Aparentemente tiene un cartel cerca pero eso no aclara la situación para nada:

—Escúchame, la mitad de las calles de la provincia se llaman Perón, mejor fíjate la otra.

—No, no, la otra no se lee bien porque hay un papel pegado arriba, pero capaz te sirve si te digo que el bar donde estoy queda frente a un galpón muy gránele lleno de camiones con unas estrellas pintadas en los laterales...

Pienso unos segundos y por fin tomo una decisión:

—Está bien. Tomate un café en el bar que salgo para allá.

Me pongo la campera de cuero, los anteojos en punta, bajo en el ascensor jaula y miro pasar los pisos a través de las rejas doradas. En el tercero, un par de ojos transparentes me observan: los del siamés celeste de la astróloga que vive en el B; único atributo demoníaco que conserva ese cuerpo gordo y pesado, aplastado todo el día junto a la escalera. Pienso en las costillitas de Arturo asomando bajo su pelaje de mechones amarillentos y decido comprarle un corazón de vaca para que coma esta noche mientras me miro en el espejo del ascensor y me emparejo la sombra sobre mis párpados. Cuando estoy por salir del edificio me detiene el portero.

—Llegó una carta para usted. —Carlos es un mendocino grandote y bondadoso con algunos rasgos quechuas diluidos en sangre blanca.— Enseguida se la alcanzo —dice y entra en Portería. Lo sigo y por la puerta entreabierta puedo ver a su mujer revolviendo algo con una cuchara de madera dentro de una cacerola roja.

Carlos sale de la portería sacudiendo en la mano un sobre azul claro. Le doy las gracias y él retoma el pulido obsesivo de las molduras de bronce del ascensor. Me siento en los escalones de mármol del zaguán y abro el sobre en el cual veo garabateado mi nombre con la inconfundible letra de papá. Un papelito celeste sale volando de adentro y cae a mi lado pero veo que adentro todavía queda una foto de un mulatito de enormes ojos amarillos que juega con unos caracoles sobre la arena.

Papá me cuenta que en Río llueve bastante. Hace cinco años que vive allá con su mujer, una modelo mulata, en el barrio de Santa Teresa. El mulatito de ojos amarillos es Numa, mi medio hermano. Numa tiene mis mismos ojos.

De pronto recuerdo que Jo me está esperando en algún bar de Puente Alsina. Me la

imagino sentada como una muñeca de porcelana, con su falda perla iridiscente y sus medias negras de seda, revolviendo el café con una cucharita plateada que sostendrá así entre los dedos, como esas pinzas para hielo, mirando tímidamente para todos los costados con sus ojos de agua y, a su alrededor, una docena de ex convictos que la contemplan con miradas negras mientras sorben las últimas gotas del líquido azucarado en el fondo de sus vasos de vidrio grueso.

20. *El libro del destino*

DEJO A Jo en casa para que termine de reponerse de la excursión a Puente Alsina, más concretamente a un ridículo bar llamado "Los Ramones", adonde la encontré finalmente después de recorrer medio país en el Renault con un ojo en los carteles de las calles y otro en un mapa de la provincia bastante destruido que encontré en la guantera, y salgo a la rotisería a comprar algo para la cena.

Camino distraída y me viene a la mente la imagen del hombre sin piernas que, en el corte de un semáforo en el viaje de vuelta, nos tiró por la ventanilla una estampita de la Inmaculada de Sault, de Murillo. Cuando quisimos darle unas monedas a cambio, el semáforo estaba en verde y el hombre había desaparecido. De pronto me choco con alguien y tardo unos minutos en darme cuenta de que es Gaby, una compañera del secundario. La miro y la noto extraña, aunque no puedo especificar por qué. No sé muy bien de qué hablar y descubro que en realidad hace bastantes años que no nos vemos y que después de todo no sé si tengo ganas de estar hablando con ella. Recuerdo de pronto el colegio y cuando la bibliotecaria del colegio les clavaba a las plantitas cartelitos con poesías de Gustavo Adolfo Becquer para que no se murieran y lo digo y me río y cuando la miro a Gaby veo que se tapa la cara con las manos y llora y yo no sé que hacer y me quedo mirándola sin hacer nada hasta que decido seguir mi camino y la dejo llorando en medio de la calle.

Jo y yo cenamos y nos acostamos, pero yo no puedo dormirme y me quedo pensando en Gaby en la oscuridad, fumando un cigarrillo mientras veo pasar por el techo unas enormes sombras como de gatos, o quizá de ratas, con tamaño de leopardos, agazapadas, furtivas, y no entiendo cómo es que si son sombras mantienen esos ojos luminosos y amarillos. Prendo mi segundo cigarrillo y me acuerdo de cuando iba a dormir a casa de Gaby y nos quedábamos en vela mirando películas viejas que sacábamos del video de la Galería del Este y que todavía no estaban traducidas. Por la mañana temprano nos gustaba ir a pasear por los cementerios, íbamos armando gruesos ramos con calas que robábamos de las tumbas y nos sacábamos fotos junto a las estatuas de los panteones, representaciones de la Vanitas, Carpe Diem, clepsidras, palmas, o esqueletos escribiendo con su pluma de piedra en el Libro del Destino.

Apoyo la cabeza sobre mis rodillas y me siento deprimida pero también aburrida y sobre todo bastante insomne.

— Jo — digo, y enseguida me arrepiento y pienso que quizás esté dormida.

Pero Jo no está dormida. Se da vuelta en la cama y se incorpora sobre un brazo.

— ¿Mmmm?

— Nada — digo y me siento bastante tonta — ; ¿querés un café?

Sin esperar respuesta me levanto y pongo la pava sobre el fuego y vuelvo para sentarme a su lado.

— ¿No te podés dormir? — pregunta bostezando.

La miro y logro distinguir en la penumbra sus pupilas enormes, que no son negras sino azules, como el cielo a la noche, y pienso que Jo es para mí como una especie de espejo y que cuando se vaya, pasado mañana, no voy a poder volver a reflejarme en ningún lado.

La pava silba. Traigo el café y unas galletas de centeno, que son algo así como cilindros de aserrín prensado. El café todavía está hirviendo; dejo las tazas a un costado. Jo mira las galletas.

— Me hacen acordar a la historia de los pueblos que se envenenaban con el hongo del centeno y empezaban a tener alucinaciones y creían que estaban poseídos por el demonio.

Observo las pequeñas tortas marrones, tan insípidas en el centro del plato, y dudo si tirarlas a la basura o comérmelas todas.

— Eso es como la historia de los pintores que se intoxicaban con amarillo de cadmio — digo, y recuerdo la calavera con dos huesitos de CAUTION en las etiquetas de los Liquitex amarillos.

Las luces de la calle entran por las ranuras de las persianas y forman extrañas flores sobre la alfombra y no sé por qué de repente me acuerdo de las flores de luz que se formaban en la parecí de la habitación en la casa de mis abuelos cuando mi hermana y yo nos quedábamos a dormir con ellos. En el cuarto había una pintura de un paisaje con montañas y, en medio, la torre de un castillo rodeada de árboles. No sabíamos muy bien dónde le podía quedar, o si existía o no, pero mi hermana y yo juramos que algún día íbamos a ir a ese castillo. Nunca fuimos.

Por un momento me siento realmente deprimida. Jo agarra su café y sopla despacio y el líquido forma pequeñas olitas negras dentro de la taza.

— ¿Por qué no nos vamos de viaje? — propongo de golpe y me doy cuenta de que nacía me retiene, absolutamente nacía, de que no hay ni una sola cosa por la cual valga la pena quedarse.

Jo me mira sorprendida y después sonrío como diciendo "no jodas". Prueba su café y yo pruebo el mío. y ninguna de las dos vuelve a hablar por el resto de la noche.

LLEGO A CASA tarde y tengo que atravesar la escalera del sexto al séptimo piso que está llena de gente que habla a los gritos, tratando de oírse por sobre la música ensordecedora que hace vibrar los cimientos del viejo edificio de la calle Reconquista: "...la inmensa pena de tu extravío y siento el dolor profundo de tu partida...", y me pregunto qué demonios está haciendo la astróloga del 3° B sentada junto a ese muchacho pálido de camisa roja a lunares pero por fin consigo entrar en mi departamento y me sorprende encontrar a Jo y a Karina sentadas en el sofá, charlando muy animadas. La luz está apagada pero hay un montón de velas apoyadas en platos, vasos y botellas a lo largo y ancho de la habitación.

Cuando me oyen entrar ambas me miran sonrientes como si esperaran de mí algún tipo de reacción y recién entonces me doy cuenta de que junto a mi heladera hay una enorme virgen de plata rodeada de campanitas.

—¿Te gusta? —pregunta Jo con la cara iluminada por las llamas de las velas.

—La traje para que la vieras antes de que la embarquen.

Me agacho fascinada junto a la virgen y apenas me animo a tocarla, como si fuera una aparición, un sueño, pero mis manos se acercan a ella atraídas por un extraño imán y sin quererlo hago sonar levemente a las campanitas de plata. Mi habitación se llena por un momento de reflejos helados, cientos de llamas amarillas se inclinan humeantes y proyectan enormes sombras nerviosas sobre las paredes ciruela oscuro.

Jo se va mañana pero nadie quiere mencionarlo, así que nos quedamos sentadas, charlando sobre la ropa que Jo acaba de comprarse o sobre peinados. Después salimos a caminar un rato. Al entornar la puerta del departamento veo a la enorme virgen brillar todavía en la oscuridad de mi cuarto.

Estamos en el primer piso del Florida Garden y nos atiende un mozo con saco verde y una servilleta colgada del brazo.

—¿Qué se van a servir?

—Un café. No, no, mejor un café vienes —digo.

—Sí, yo también —dice Jo.

—Tres cafés vieneses —concluye Karina.

El mozo se retira escaleras abajo.

Observo la decoración tan años cincuenta, las paréees con aplicaciones de cobre, los espejos ahumados. Desde mi asiento puedo ver la calle Paraguay casi desierta, La Perricholi, Interieur Forma.

—Tendría que haberle pedido una porción de torta de chocolate —se lamenta Karina.

—Demasiadas calorías, pensá en tu dieta —le digo mientras prendo un cigarrillo y apoyo el encendedor sobre la cajita de Marlboro.

El mozo vuelve a nuestra mesa transportando una pesada bandeja sobre la que hacen equilibrio tres largos vasos llenos de un líquido oscuro cubierto por espuma.

—¿Y? ¿Los trajiste? —digo soplando el humo lentamente.

Karina revuelve en su mochila y extrae un pequeño paquetito envuelto en papel de seda que pone junto al café vienes de Jo.

—Dale, abrílo —decimos a dúo.

Derrito el helado aplastándolo con la larga cuchara de aluminio y observo cómo Jo descubre una pequeña cajita de cartón dentro de la cual hay un par de aritos mexicanos: dos pececitos articulados con ojos de rubí. Toma uno de ellos entre sus dedos y lo sostiene a la altura de su mirada. El pescadito se retuerce de un lado al otro y puedo ver un par de lágrimas que asoman por los ojos verdes de Jo, que ahora deja al pescadito nuevamente en la caja y nos abraza.

—Jo...

—¿Qué? —pregunta secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Nada —digo y vuelvo a abrazarla.

A medianoche me despierto. Todo está oscuro y en silencio y sólo las lucecitas celestes y rosas intermitentes de algún cartel luminoso perforan la persiana americana dibujando sombras de colores sobre las siluetas grises de mi habitación. Me incorporo sobre un brazo y miro a Jo que duerme de cara a la pared. Me levanto y camino hasta la pileta para servirme un vaso de agua y estoy a punto de tropezarme con las valijas de Jo, que ya están preparadas para el viaje, junto a la enorme virgen colonial todavía sin embalar. Lleno el vaso, directo del chorro de la canilla, y por un momento queda repleto de burbujas transparentes que lo desbordan en la semipenumbra. El agua está congelada y siento como si miles de alfileres pasaran por mi garganta todavía dormida. Dejo el vaso sobre la heladera y me acerco a la virgen. Las hojas de la ventana de la cocina están abiertas y de a ratos alguna ráfaga entra en el cuarto y consigue inquietar levemente a las campanitas, que vibran casi imperceptibles, como un susurro helado. La Inmaculada clava en el techo de mi habitación sus ojos llenos de lágrimas. Su manto flamea inmóvil y cada uno de los pliegues plateados se vuelve sucesivamente rosa o celeste al reflejar las lejanas luces del cartel, allá afuera, en la calle desierta.

22. *Hijos pródigos*

EL HOMBRE DE LA CASETA de la playa de estacionamiento está leyendo de derecha a izquierda un diario escrito en caracteres arábigos que deja caer rápidamente junto al portalápices, una lata de Budweiser con la parte superior completamente abierta, en cuanto me ve traspasar la puerta. Parece iraní, con esos bigotitos prolijamente afeitados y los ojos de águila, una especie de mullah con cabello oscuro y encrespado que habla como el genio de *El ladrón de Bagdad* y que cuando se levanta puedo ver que mide por lo menos dos metros. Cruza la pequeña habitación de un solo paso, me entrega las llaves del Renault y me despide con una amable, casi imperceptible inclinación de cabeza.

Es domingo y hace una semana que llueve y llueve. Entro al Renault pero no veo absolutamente nada más que densos chorros transparentes que resbalan por los vidrios y cuando intento activar el limpiaparabrisas compruebo que no funciona, así que bajo la ventanilla, asomo la cabeza y salgo como puedo a Reconquista con la lluvia escurriéndose a través de mi pelo y mi cara.

Al llegar a Paseo Colón piso el acelerador y los neumáticos resbalan sobre el pavimento empapado. Cruzo Córdoba en rojo, entre bocinazos y puteadas y siento una necesidad irresistible de acelerar con todas mis fuerzas y dejar que el vértigo corte mi respiración, ¡junto con la lluvia helada que entra por la ventana.

El Renault se convierte en un objeto con vida propia que me lleva prisionera en su interior y sobre el cual yo apenas mantengo el control. Me desplazo como un halo de luz incandescente por Libertador y veo las veredas desdibujadas y grises quedar atrás, pasar una a una, pero ya no reconozco dónde termina una y empieza la otra porque son como una sola recta disparada por un arquero zen inefable. De pronto, sin que pueda evitarlo, la interminable vereda empieza a dar vueltas a mi alrededor y la recta se convierte en infinitos círculos y mi estómago comienza a flotar en el aire como si fuera un enorme globo lleno de helio. El Renault zigzaguea como el eléctrico árbol de un relámpago que se desintegra en el cielo y se introduce tambaleando entre dos hileras de coches aterrados y por fin CRRRAASHHHH se incrusta fatalmente en el acoplado metálico de un camión plateado, cargado de vacas, pero no de esas vacas que miran con ojos vacunos, lastimeros, mascando chicles de fruta, indiferentes, camino del matadero; sino de vacas hechas pedazos, trozadas y prensadas al vacío, rosas, asépticas, plastificadas, sin ojos ni boca para llorar o pedir clemencia. El camión ampara maternalmente en su seno al violento hijo pródigo rojo y tuerto de un faro. El escandaloso abrazo resuena como un trueno a lo largo de la avenida y una catarata de vidrios cae como una ola de espuma helada, como millones de diamantes arrojados sobre el asfalto mojado que pisan los taciturnos transeúntes de domingo lluvioso que ya se acercan a mí con sus miradas curiosas. Todavía conservo mis brazos y mis piernas y creo que también mi cabeza, y sospecho que mis tripas todavía permanecen dentro de mi cuerpo. Sólo una gota de sangre resbala por mi mejilla cortada y moja mis labios.

LUCIO TIENE EL PELO rubio atado con una pequeña colita y los ojos de un azul tan pálido que parecen transparentes. Estamos tirados sobre la alfombra gris de su cuarto y yo me incorporo y le muerdo el cuello tan fuerte que lo hago gritar.

El cuarto de Lucio es bastante grande y está pintado del mismo color ciruela que mi casa. Sobre el equipo de audio, que es tan grande que ocupa una de las paredes de lado a lado, hay una serigrafía de Andy Warhol igual que la mía: una flor impresa en varios colores. Sobre la mesa de noche está la lámpara Lalique que compramos juntos cuando yo todavía vivía en su casa.

Lucio me aparta de un empujón y yo le arañó el brazo hasta hacerlo sangrar. Me acuerdo de cuando Lucio me sacó de ahí a la rastra y me encerró en el palien yo tenía puesta solamente una bombacha y golpeé y pateé la puerta, y le grité que me abriera hasta quedarme afónica de bronca, pero él había puesto el equipo de audio al máximo para no oírme. El que sí me oyó fue el vecino de arriba, un chico con los pelos en punta y una argolla en la oreja, que forzó con su llave la puerta del ascensor y me llevó a pasar la noche a su departamento. Cuando volví a la mañana siguiente, la puerta de Lucio estaba abierta y lo encontré sentado en el piso de la cocina, desnudo. A su alrededor estaba toda la vajilla hecha pedazos. Pero el día en que realmente decidí irme de su casa fue el de la fiesta: el living estaba lleno de gente, a la mayoría de la cual yo no había visto nunca, y la música estaba muy fuerte y todos hablaban y bebían y fumaban. Recuerdo que un grupo de personas trataba de sostener a un chico muy borracho de cabeza completamente afeitada y camisa gris de franela tipo campo de concentración, que se había subido a la baranda del balcón y amenazaba a los gritos con tirarse. Yo me fui a la cocina a buscar un poco de paz, pero estaba tan llena de gente como el living, así que me abrí paso hasta el dormitorio. Adentro estaba oscuro, pero vi luz en el baño y oí correr el agua de la ducha. Me acerqué y, al empujar la puerta, vi a Lucio duchándose con Imelda, una japonesa con grandes tetas budistas.

Lo de Imelda no tuvo mayor trascendencia; de hecho, apenas me fui de su casa, Lucio empezó a salir con Graciela, una vieja de pelo anaranjado, escultora y cocainómana, pero igual Lucio y yo volvemos a vernos de vez en cuando.

Lucio absorbe con una carilina las dos rayas de sangre que cruzan su antebrazo pero no dice nada y parece que se acuerda de alguna cosa porque sale de la pieza corriendo y vuelve a los dos segundos con una gran caja de cartón que apoya delante de mí, sobre la alfombra:

—Mira lo que conseguí ayer —dice y me hace señas para que abra la caja.

Levanto las dos tapas de cartón y veo que el interior está lleno de bollos arrugados de papel tisú. Aparto los bollos y quedan ante mis ojos un par de jarrones de porcelana Satsuma del siglo XIX: su fondo es color crema y están cubiertos por dragones de escamas doradas y geishas tipo Madame Butterfly y sobre las tapas hay dos dragoncitos dorados con cara de pekineses iguales pero el doble de graneles de los que hacen las veces de manijas.

—Son un poco... rebuscados, ¿no? —digo y pienso en qué lugar de una casa se podría poner algo así.

—Son absolutamente barrocos, barroco oriental kitsch —afirma Lucio.

De repente pregunta:

—¿Y Josefina?

—Hace como un mes que se fue —contesto. Dejo de mirar los jarrones y lo miro fijamente.

—Vamos a hacer un viaje juntas, ¿sabías?

—Ah —dice pero no me presta demasiada atención porque acaba de sacar una de las tapas y juguetea con ella en el aire.

Me termino de vestir. Lucio sigue admirando sus jarrones y ni se da cuenta de que salgo de la habitación. Al pasar junto a la repisa de vidrio de la entrada veo un nuevo libro de Ives Klein que en la tapa tiene una fotografía del *Relief* de Arman, el torso azul pintado con IKB (International Klein Blue) y montado sobre una base de oro batido. Me aseguro de que Lucio sigue en el cuarto y lo meto disimuladamente dentro de mi mochila.

24. *Microcirugía*

SUENA EL TELÉFONO. Levanto el auricular y es Karina, pero no escucho nada de lo que dice así que aprieto el botón de MUTE en el control remoto del televisor y el sonido desaparece.

— ¿Qué, qué decís?

— Que llovió todo el tiempo — vuelve a explicar Karina que acaba de llegar del Tigre. Su voz suena metálica a través del auricular.

— ¡Qué mal! ¿Y mientras qué hacías? — pregunto mientras juego a la calculadora con los números del control.

— Qué sé yo. Me quedaba tomando mate, miraba por la ventana... ¡Si estaba todo lleno de sapos y de víboras! — protesta.

— Y bueno, Karo, el Tigre es así. Si no te gustaba te hubieras ido a tomar el té al Patio Bullrich — digo.

En la pantalla hay un tipo con traje gris que tiene un tic nervioso en el ojo izquierdo y el pelo tan pegado a la cabeza que parece pintado. Gesticula de frente a la cámara y cada tanto se refriega las manos como si se las estuviera lavando.

—¡No me jodas! —suplica Karina—. Desde la ventana veía pasar por el río cualquier cosa: bolsas de basura, perros muertos, qué se yo. ¡Ni siquiera la lancha colectiva se animaba a pasar!

Automáticamente me imagino a la lancha colectiva encallada sobre el techo de chapa de alguna casa, como si fuera el arca de Noé.

—Para colmo en el entretecho había un enorme nido lleno de murciélagos, que se ponían nerviosos con la lluvia y aleteaban y chillaban —lloriquea Karina.

Ahora en la pantalla una mano de mujer persigue a un escurridizo frasco de mayonesa que flota en el interior de una heladera. Karina sigue contando:

—...recién terminé de lavar todo. Tuve que lavar hasta el último pañuelo porque cuando traté de alcanzar a la única lancha colectiva que pase» por el muelle el lunes, me resbalé con un sapo y el bolso se me llenó de barro. Tengo toda la bañadera cruzada con cuerdas y cuerditas llenas de ropa tendida y no sé cómo hacer para ducharme.

—Me parece que tendrías que haberte duchado primero —considero.

—Sí, tenes razón... —se lamenta Karina—. ¿Nos vemos el miércoles?

—Te paso a buscar por Puán —y corto rápido porque veo que el hombre con el tic en el ojo blande un bisturí en la mano y sobre la mesa aparece un gran globo ocular de plástico. Aprieto nuevamente el botón de MUTE y tardo varios minutos en darme cuenta de que se trata de un cirujano que practica operaciones para corregir miopías, y no de un maniático.

25. *Cera negra*

PUEDO VERME de cuerpo entero en el espejo. Mis piernas están cubiertas de un espeso baño chocolatado de cera de depilar y hasta ahora todo va bien, salvo las millones de gotas solidificadas como estalagmitas sobre las baldosas del baño y la cortina de la bañera. El asunto, claro, va a ser cuando intente sacarme todo este pegamento a los tirones. Karina no entiende cómo no voy a que me depilen en algún lado, pero es que odio esos lugares laberínticos, llenos de compartimientos, detrás de cuyas cortinitas aparecen miradas de resignado terror de todo tipo de mujeres reducidas a una pasiva manada de maniqués, en ropa interior o sin ella, con las nalgas, axilas y rostros completamente pegajosos y chamuscados.

Estoy observando mi pierna izquierda, que comienza a quedar inmovilizada dentro de su molde verdoso y empiezo a aburrirme de haber empezado con toda esta historia de la cera, pero de pronto siento algo caliente en mi pie que no es la cera sino algo más bien.... ¡¡¡LIQUIDO!!! Miro a mi alrededor y compruebo que el baño está completamente inundado y recuerdo que hace como tres horas abrí la canilla de la bañera y que, como siempre, me olvidé de cerrarla. Desde el borde de loza hasta el piso cae una curiosa cascada transparente y veo mi ropa interior de encaje pasar flotando a mi lado y la situación parecería hasta divertida de no ser por los moldes de cera de mis piernas y porque me parece haber oído sonar el ¡¡¡TIMBRE!!!

No sé cómo me las arreglo para salir del baño. Me envuelvo en la toalla más grande que encuentro y me desplazo caminando como el hombre de madera hasta la puerta. Pego mi ojo a la mirilla y veo la cara de mi vecino, enorme y totalmente deformada. Abro la puerta y la cara de mi vecino vuelve a ser normal, es decir lo más normal posible teniendo en cuenta que está terriblemente enojado. Grita algo acerca de goteras y riesgo de electrificación.

26. *Salsa de amorcelias*

DESDE MI MESA con mantel blanco hasta el piso puedo ver, a través de los grandes ventanales del restaurante, los parques de Palermo. Estoy sentada en una silla de madera color caoba junto a mi mamá y a Ingrid, una amiga de mi mamá. Las paredes del restaurante son de ladrillo a la vista, frente a mí hay una gran escalera de madera del mismo color caoba que las sillas y que el piso y por todos lados veo helechos y enredaderas. Mamá le pide al mozo, que es muy simpático, un arrollado de pollo al estragón y papas a la suiza; Ingrid, que es vegetariana, pide budín de zanahorias con ensalada de lechuga sin aliñar: yo todavía no me decido y sigo mirando el menú sin lograr concentrarme hasta que finalmente pido un lomo con salsa de amorcelias, aunque no tengo idea de lo que podrán ser las "amorcelias".

Ingrid sostiene una copa con agua mineral en la mano derecha y está contando algo sobre su profesora de tai-chi-chuan mientras mamá trata de parecer muy atenta con su sonrisa congelada y lleva ya más de media hora escuchando cuáles son los movimientos que hace la serpiente antes de atacar a su presa. De todas formas ésa es una de las virtudes de mi mamá: hacer como que escucha cuando en realidad siempre que uno le habla está pensando en cualquier otra cosa.

Me traen mi lomo con amorcelias y apenas puedo creer que llamen amorcelias a estos miserables honguitos que crecen debajo de los cipreses y que fue lo único que Karina y yo comimos durante semanas con arroz cuando nos fuimos al sur de campamento.

No sé cómo, Ingrid pasó del tai-chi-chuan al viaje a las Islas Marquesas que hizo en el verano y está describiendo los volcanes junto a la playa de arena blanca como azúcar y la vegetación parecida a grandes hojas de acelga y enormes apios y también cuenta algo acerca de un nativo que tocaba e ukelele.

Miro el plato de mamá y me doy cuenta de que apenas probó su comida. Prende un cigarrillo superlargo con su encendedor dorado y se recuesta contra el respaldo de la silla y veo el cigarrillo consumirse entre sus dedos de uñas tan rojas, tan largas. Me mira y expele el humo en una sola línea delgada, recta, precisa, y aprovecha un compás de silencio de Ingrid para preguntarme:

—¿Sabes algo de tu hermana?

—Lo último que supe es que finalmente habían conseguido casa en Berlín —digo.

Mi hermana vive hace cuatro años en Alemania con Rudolph, un teutón de anteojitos de alambre que conoció un día en una fiesta en casa de Lucio y tienen un bebito de meses, Mijail, y aunque están los dos sin trabajo, con la plata del seguro de desempleo no lo pasan del todo mal.

—Parece que tenían ganas de irse un tiempo a... —Me detengo. Mamá todavía me mira pero dudo que me esté escuchando.— ...a cazar morsas en Alaska —arriesgo para ver su reacción, pero ella continúa sonriendo y asiente con la cabeza mientras mira los árboles a través de la ventana.

Tempestades magnéticas

ESTOY BUSCANDO el número de algún plomero en las páginas amarillas, PLANTAS-PLASTICOS-PLATOS, porque por más que deje o no deje abierta la canilla hay unos horribles hongos verdes que son como pelos creciendo por entre los azulejos. Llamo al primero de la lista: PLOMERO como en los clasificados, y la verdad es que no sé cómo voy a pagarle pero entonces recuerdo que todavía tengo en mi mochila el cheque de una seña de un cliente de la galería. Así que cuando me atiende una voz profunda como una cloaca le empiezo a explicar que tengo unos horribles hongos verdes como pelos que salen por entre los azulejos y pienso que debo haber sido bastante convincente porque a la media hora suena un terrible timbrado y cuando me acerco a la mirilla veo la cara enorme y deformada de alguien que lleva en sus pequeños bracitos de bebé una de esas valijas de lata de la cual sobresalen varios mangos de herramientas.

—Un segundo —grito y corro a vestirme porque todavía estoy en pijama.

Me pongo las calzas negras y la polera gris de canelones y me empiezo a pintar los ojos con el rimmel de pincelito, pero nunca me sale perfecto: siempre hay una raya que sale para otro lado y tengo que retirar la pintura con uno de esos algodones de colores llenos de crema, y la crema termina metiéndose siempre en mi ojo y me arde y entonces suena otro terrible timbrado y me acuerdo del plomero esperando allá afuera, así que le abro con un ojo maquillado y otro no, como uno de esos perritos de las historietas.

El hombre está examinando mi baño y parece no terminar de entender algo y yo veo desde la puerta algunas de mis prendas de ropa interior de encaje tiradas por ahí y me da algo de vergüenza, pero la verdad es que, más que avergonzada, estoy bastante enojada porque mi ropa va a impregnarse con el olor a pasto quemado de sus cigarrillos negros.

—¿No sabe dónde está la rejilla? —dice por fin.

Recién entonces me doy cuenta de que en mi baño no hay rejilla. Me vuelvo al cuarto y me tiro en el sillón a mirar revistas, pero sólo hago que las miro, y después me levanto y pongo agua para hacer café pero cambio de idea y apago el fuego. La verdad es que nunca sé qué hacer cuando hay un plomero en casa. Finalmente opto por irme al departamento de abajo mientras el hombre termina el arreglo.

Me abre la puerta un chico que no se parece en nada al señor que subió a casa a gritarme. Tiene una cuchara de madera en una mano y un repasador a cuadros en la otra y me invita a pasar. Nunca había estado en el departamento de abajo. Es exactamente igual al mío y, salvo por un televisor blanco y negro de baquelita blanca y un colchón, está totalmente vacío, lo que me hace sentir extraña.

La televisión está prendida.

—Les quería avisar que está el plomero arreglando el baño —digo.

—Qué suerte. Lástima que ya se nos puso todo el techo negro... —dice mientras revuelve con la cuchara dentro de una cacerola donde hay un especie de salsa blanca o algo así. Se lleva la cuchara a la boca, la sopla y prueba la salsa con los ojos cerrados. Después echa en la cacerola un sinfín de tiritas que parecen ser champignones descuartizados sobre una tabla de madera.

—¿Y tu amiga? —pregunta— Hace bastante que no la veo.

—¿Jo? Se volvió a Estados Unidos. Pero pronto vamos a hacer un viaje juntas —digo mientras mis ojos se quedan pegados a la pantalla del televisor.

—¿Adonde? —pregunta el chico sin demasiado interés y sigue revolviendo la salsa que vira al color beige.

Escucho su pregunta vagamente porque el noticioso acapara por el momento toda mi atención: un locutor comenta que alguien se suicidó tirándose al Riachuelo desde el Puente Avellaneda y en la pantalla aparecen imágenes de un par de policías que miran desde el puente hacia el agua, espesa y grasosa como un calcio, y se nota que no saben

muy bien qué hacer, y seguro que sólo están esperando que el cadáver salga a la superficie para no tener que dragar esa mugre, o quizá ni siquiera pensaron en dragarla.

Ahora volvimos a estudios y una locutora sonríe y comenta que el rey Olaf de Noruega acaba de celebrar con una caminata por los fiordos su cumpleaños número noventa. De pronto me acuerdo de mi profesora de geografía de primer año, una insípida morena con cara de Gioconda que nos explicaba cómo millones de partículas eléctricas quedaban atrapadas durante las tormentas solares en la atmósfera terrestre y podían ser percibidas en el cielo hiperbóreo, que se cubría de extraños colores. Automáticamente imagino al rey Olaf caminando contra un fondo psicodélico de cielo tipo *Lucy en el Cielo con Diamantes*.

—A Noruega, para ver la aurora boreal —invento.

Evidencias circunstanciales

MIENTRAS ESPERO con infinita paciencia que llegue el ascensor, que desciende tan lenta y torpemente como si alguien lo propulsara a mano desde el cielo, con ese ruido rechinante de cadenas oxidadas, su vieja carcaza chocando contra los rieles de fierro, miro cómo Adela limpia los escalones de mármol de la entrada. Todos los domingos, Adela se desmayaba en misa, quizá porque iba en ayunas. Se paraba junto a una de las columnas del fondo y, más o menos a la altura de la Consagración, su vista empezaba a llenarse de lucecitas de colores y después no se acordaba de nada más hasta que el rostro de su hermana se materializaba de una nube y una mano caliente le cacheteaba las mejillas. Al principio, las personas se amontonaban para ver qué le pasaba, pero poco a poco se fueron acostumbrando y ya ni siquiera se daban vuelta, así que la hermana debía reanimarla y cargarla sola hasta algún banco desocupado.

Adela y la hermana eran huérfanas, o quizá las habían abandonado de chicas, nunca lo supieron con certeza. Sus primeros recuerdos, en realidad todos sus recuerdos de infancia, transcurrían en un triste orfanato atendido por un grupo de monjas. Durante la mayor parte de su adolescencia, Adela soñó con convenirse en Sor Adela, pero sus sueños se desvanecieron cuando el médico le confirmó su primer embarazo. Tuvo cuatro hijos más. todos varones. La hermana de Adela no se casó nunca. Pero no es monja; es enfermera.

Durante el interminable viaje en ascensor jaula hasta el sexto piso trato de recordar, para matar el tiempo, el texto de un artículo que leí los otros días acerca de Piero Manzoni que hablaba de la rivalidad entre él y Klein. Cuando Klein presentó sus Monocromos azules, Manzoni acababa de presentar sus Monocromos blancos, y bueno, dos series de monocromos ya eran demasiado. Manzoni, enojado, terminó llamando a sus obras Acromos en lugar de Monocromos. La nota traía buenas reproducciones fotográficas y creo que estaba en la última *Flash Art*. Cuando llego a casa, lo primero que hago es buscar la revista pero la cuestión es que no puedo encontrarla por ningún lado. Ya recorrí uno por uno los estantes de mi biblioteca y supongo que tendría que ordenar un poco esto porque encuentro cualquier cosa menos la *Flash Art* que busco. Voy hasta el escritorio, me dejo caer en la silla de espaldas a la habitación y saco un cigarrillo. Sacudo el fósforo con fuerza mientras aspiro el filtro profundamente y estoy por arrojarlo dentro del cenicero de mármol cuando de pronto me acuerdo de que a la mañana puse una pila de libros debajo del proyector de diapositivas.

Corro hasta el proyector, que se tambalea sobre la pila y ahí está la *Flash Art*, pero mis ojos se detienen en el carrito cargado con unas veinte diapositivas que saqué de la mochila de Jo sin que se diera cuenta mientras ella colocaba meticulosamente sus cosas dentro de la valija, poco antes de que saliera su avión. Al volver del aeropuerto corrí ansiosa a buscarlas debajo de la cama, dónele las había escondido. Tanteé con mi brazo en las tinieblas: primero saqué una zapatilla rosa flúo, después una pulsera de plata de cuya existencia me había olvidado por completo, y seguí pescando objetos hasta que la parte de abajo de mi cama terminó por adquirir las mismas características que el interior de mi cerebro. Por fin, mi mano dio con la cajita. Busqué el proyector en el ropero. Puse las diapositivas dentro del carrito. Mis manos temblaban. Lo apoyé como pude sobre el colchón y esa primera vez las proyecté torcidas y a toda velocidad. Desde entonces las vi una y otra vez hasta hartarme.

Ahora apago la luz, me arrodillo sobre la alfombra junto al proyector y empiezo a pasar de nuevo las fotos, lentamente: Karina y yo junto al cocinero Wang que blande su cucharón en el aire; Karina sentada como un indio sobre mi escritorio, con mis anteojos negros puestos; un galpón enorme cerca de Puente Alsina con una pintada en el frente que dice FUERA YANKIS DE NICARAGUA; las tres juntas en un banco de la Plaza San Martín, el día que Jo le pidió a un mormón que nos sacara la foto; yo completamente dormida con el pobre Arturo de almohada; Jo acostada sobre un colchón junto a un chico con un

mechón de pelo rojo que tapa su ojo derecho por completo: los dos están desnudos y la foto está tomada por la misma Jo a través de un espejo en la pared, mientras el chico sonríe con un poco de vergüenza y se tapa parcialmente con una sábana. Trato de acordarme de lo que Jo me había contado aquel día de lluvia que no vino a dormir a casa: un bar con la música demasiado fuerte, una lámpara de caireles, el taller lleno de esculturas adonde creo que dijo que vivía Juan Mechón Rojo. Detrás de sus cuerpos recostados puedo ver unas enormes figuras de alambre.

HACE FRIO y tengo las mejillas congeladas y siento como si me clavaran miles de alfileritos transparentes en las manos, por eso me resulta agradable entrar en ese estudio de San Telmo, todo pintado de blanco, con pisos de madera y desniveles, reflectores dicróicos y ese aire cálido con olor a pintura acrílica y cera para pisos.

Las barandas de las escaleras son de hierro y también están pintadas de blanco. Bajo los primeros escalones y ya estoy en una sala de cuyas paredes cuelgan unos rectángulos alargados, como de un vidrio granulado color verdoso-azulado-iridiscente como brillo de luna reflejado en el agua, y también unos enormes papeles verde pastel dentro de los cuales aparece, invariablemente perdida en algún rincón, una pequeña miniatura con motivos vietnamitas o coreanos o japoneses o hindúes o tibetanos.

Me acerco a uno de los papeles y observo la minúscula figura de unos músicos celestes y cuando retrocedo me choco con Inés, que lleva un jean desteñado y una campera de cuero negra y sus aires de princesa rusa, y al saludarme acerca con frialdad su mejilla a la mía pero ninguna de las dos da el beso.

—Te pusiste mal el rimmel —me dice y se aleja rumbo a un grupo de personas que conversa en el rincón.

En seguida saco mi espejito de la mochila y me miro los ojos, y también las mejillas y el pelo y descubro que no hay nada en mi cara fuera de lugar y pienso que Inés es una puta.

—Hola —dice alguien a mi lado y cuando levanto la mirada veo a Martín, que acaba de entrar y tiene puesto un sobretodo negro muy largo.

—¿No viste a Fredy? —pregunta y los reflectores dicróicos brillan dentro de sus ojos azules.

—No, pero recién llegué —digo y guardo el espejito en el bolsillo de la mochila. Nos quedamos unos minutos mirando los cuadros sin verlos y el silencio se vuelve incómodo.

Dentro de la sala hay alrededor de treinta personas que conversan distribuidas en grupos y vacían las bandejas de los mozos que pasan cada tanto. Uno de ellos se acerca a nosotros y Martín agarra uno de los vasos lleno de un líquido amarillento.

—¿Sabes algo de la vida de Pepe? —pregunto por decir algo.

Parece hacer memoria durante algunos segundos y después contesta:

—La última vez que lo vi estaba trabajando en Palladium, pero ahora no tengo idea.

Saluda con un gesto de cabeza a una chica con vestido violeta que lo mira desde el otro lado del salón y sacude su mano enfundada en un guante amarillo.

Ahora veo entrar a Flavia y a Diego. Forman un dúo realmente gracioso, ella con ese peinado de concripto y él con sus patillas tipo Elvis y las orejas en asa. Se acercan a Martín y a mí e intercambiamos besos.

—Venimos de ver unos vídeos en el ICI —dice Diego acentuando la í de videos.

—¿Y qué tal? —pregunta Martín sin demostrar el menor interés.

Por toda respuesta Diego se encoge de hombros.

El mozo vuelve a pasar cerca de nosotros y Martín deja sobre su bandeja el vaso vacío. Flavia y Diego se estiran a su vez para alcanzar los dos últimos vasos de Fanta o algo así. Flavia toma un trago y dice con cara de asco:

—¡Esto tiene alcohol!

Los tres la miramos. Tiene puesta una blusa de voile negro y debajo un top también negro, pero no tiene nada de tetas y además, sus piernas son completamente deformes.

Alguien me toma del brazo y cuando me doy vuelta lo veo a Alberto.

—Tengo que decirte algo —dice mientras me arrastra hasta un rincón—. Decíle a Lucio que me llame porque si no le voy a romper la cara. —Me apunta con su dedo índice muy rígido, directo frente a mis ojos, y desaparece escaleras arriba y yo me quedo mirando la escalera un rato, sin entender.

Doy un par de vueltas y me cruzo con un crítico de arte que evidentemente está borracho.

—Linda corbata —le digo y noto que mi comentado lo halaga.

—¿Te parece? —pregunta algo engreído.

—Seguro —digo y mis ojos se quedan fijos en su corbata de seda con el dibujo de un ouróboros (uno de esos bichos que se comen a sí mismos mordiéndose la cola) y pienso que hacía tiempo que no veía algo tan ridículo.

Sigo girando y veo acercarse a Flavia que tiene las piernas tan cortas y da pasos tan cortitos como una japonesa con kimono.

—¿No viste a Diego? —pregunta mientras recorre la habitación con los ojos.

—Recién estaba ahí —digo y señalo al azar hacia algún sitio cerca de la escalera.

Junto a una columna diviso a Juliana y a Batía. Juliana tiene un vestido negro muy corto con cuello polera y se parece mucho a Virginia Madsen, la rubia de *The Hot Spot*, y Batía tiene un saco de cuero color mostaza y lleva puestos unos anteojos oscuros. Me acerco a saludarlas y Juliana alaba mi vestido de terciopelo rojo.

—¿En qué andas? —pregunta y esboza una sonrisa que se parece más a una extraña mueca.

—Estoy trabajando con la mamá de Lu... —empiezo a decir pero ella me interrumpe.

—¿Te enteraste de que a Batía le premiaron un video y se va para Madrid a fin de mes? —Apoya su brazo sobre los hombros de Batía y la sacude amistosamente.

—Y yo viajo el mes que viene a presentar mis diseños de ropa. —Entonces vuelve a preguntarme:

—¿Y vos, en qué andas?

—Te contaba que estoy trab...

—¡Mira, Batía, ahí está Fredy! —dice y señala hacia un grupo de personas. Nuevamente veo pasar al mozo, ahora con Coca-Colas y esta vez soy yo la que agarra uno de los vasos. Lo llevo a mi boca pero alguien me empuja de atrás y vuelco medio vaso de Coca al piso.

—Perdón —me dice un chico con la cabeza afeitada y pone su mano solícita sobre mi hombro.

—No... no es nacía —digo todavía un poco confundida.

—Te voy a buscar otra —dice él y hace ademán de ir tras el mozo.

—No. En serio, no importa... Igual ya me iba.

Subo la escalera hacia la salida y a mi lado pasa Dany, un chico que se fue a vivir a Nueva York hace un par de años para trabajar en videos. Lo encuentro bastante flaco y noto que tiene una mano vendada.

—¡Dany! —lo llamo, sorprendida. Se detiene y me mira durante unos segundos hasta que al final me reconoce.

—¿Qué haces acá? —pregunto.

—¿Que qué hago acá? Nada, sólo vine para arreglar mi funeral —dice, baja la escalera y se pierde entre la gente.

Salgo a Cochabamba y otra vez me atacan los alfileritos. Camino con dificultad por el empedrado en bajada hasta Paseo Colón y una vez en la avenida extendo el brazo para detener un taxi. El taxista es un viejo mal afeitado que escucha tangos cantados a los gritos.

—Reconquista y Paraguay —digo y me desplomo contra el asiento.

El viejo arranca el coche. Al rato siento que me observa désele el espejo:

—¿Usted no trabaja en la televisión? —pregunta.

SON CERCA DE LAS ONCE. Suena el teléfono al otro lado de la habitación, justo cuando empezaba a dormirme, y no termino de decidir entre ir a atender o abandonarme al sueño y, mientras eludo, el teléfono sigue sonando eternamente. Me duele la cabeza hace ya más de diez días. Hoy a la tarde fui al médico y estuve más de dos horas sentada en un sillón verde de cuero mientras a mi lado, algunas personas hojeaban revistas viejas. Nunca puedo leer cuando voy al médico. Sólo me quedo sentada, inmóvil, hasta que mi cuerpo empieza a acalambrarse. Por fin llegó mi turno y me atendió un hombre muy simpático y sin delantal. Apoyó su oreja contra mi espalda, golpeó con los nudillos mientras yo trataba de explicarle lo que sentía pero tuve la sensación de que él no me llevaba para nada el apunte, así que opté por callarme. Al final se sentó en el escritorio y garabateó algo sobre una receta.

—Toma estas pastillas cada ocho horas —dijo.

Salí del consultorio algo confundida y caminé con la mirada fija en esas curiosas patas de araña garabateadas sobre el papel con membrete y todavía las seguía mirando al llegar a la farmacia. Le entregué el papel al farmacéutico que desapareció unos segundos detrás de los estantes y reapareció con un gran frasco color caramelo. Después caminé hasta casa con la mirada fija en el frasco y al pasar por un volquete, arrojé el frasco adentro.

El teléfono está a punto de enloquecerme y estoy llegando a la conclusión de que la única forma de poder dormir es atender o desenchufar el aparato, y como para desenchufarlo igual tengo que cruzar la habitación, me levanto y de paso atiendo. Es Lucio. Si hubiera sabido que era él directamente habría desenchufado.

—Tardaste muchísimo en atender. Pensé que habías salido —dice.

—No —digo yo tratando de mostrar desinterés.

—Bueno, de todas formas menos mal que te encuentro. ¿Sabes? Esta tarde llegó Edgardo y estuvimos hablando con Graciela acerca de... —Graciela es su nueva novia, la vieja de pelo anaranjado.

Agarro el portaminas junto al teléfono y voy trazando un dibujo por el margen de la contratapa de la última *Art Forum*, pero tengo que hacer mucha presión porque es papel ilustración y el grafito patina. Aprieto y marco profundas rayas sobre la cartulina satinada. Es un portaminas Pilot con mina 0.5, pero presiono tan fuerte que la mina se me quiebra varias veces.

—¿...te parece bien? —pregunta Lucio y recién entonces me doy cuenta de que no escuché nada de lo que me estuvo diciendo.

—Sí, sí —contesto tratando de abreviar la conversación.

—Bueno. Entonces en media hora te paso a buscar —dice y corta la comunicación.

Me quedo sorprendida, con el portaminas clavado en el papel. La cabeza me estalla pero ahora no puedo hacer otra cosa que cambiarme y esperar. Miro la contratapa de la *Art Forum* y veo que garabateé sobre ella algo así como un perfil de ciudad. En uno de los costados hay una enorme nave espacial y de ella descienden millones de arañas con las patas llenas de pelos, que se introducen por las ventanas de las casas.

Voy hasta el ropero, descarto uno a uno mis vestidos y finalmente me decido por una blusa rojo sangre muy escotada y una minifalda negra de cuero. Prendo un cigarrillo y me siento a esperar.

Trucha con almendras

BAJAMOS EN EL ASCENSOR Lucio y yo, y él me anuncia que Graciela y Edgardo están en el coche. Edgardo es un primo de Lucio que acaba de llegar de Londres. Lucio tararea algo mientras sus dedos tamborilean sobre la chapa de bronce con los botones de los pisos.

—Estás linda —me dice y con su mano derecha sujeta firmemente mi cara mientras me besa en la boca.

En la puerta está estacionado el Peugeot 505. Lucio sube al volante. Subo atrás, al lado de Edgardo; porque Graciela ocupa el asiento del acompañante. El pelo de Graciela se parece más que nunca a una ensalada de zanahoria rallada.

Cuando subo, ella se da vuelta y me dedica una sonrisa helada que yo no devuelvo.

—Asia querida, estás un poco pálida, ¿te sentís bien? —dice mientras me clava sus ojos de serpiente.

Yo no le contesto: miro por la ventanilla las bolsas de basura apiladas contra el poste de luz sobre la vereda mientras en el pasacassettes suena INXS y Lucio sigue el ritmo con pequeños golpes de su palma sobre el volante. Sus ojos brillan y está realmente hermoso. Edgardo trata de empezar una conversación pero yo no se la hago fácil, le contesto con monosílabos mirando para otro lado. Tiene anteojos con bastante aumento y marco de carey y lleva una camisa sin cuello. Intenta por todos los medios ser simpático pero para mí siempre fue nació más que un tarado y no creo que esta noche en especial vaya a cambiar mi opinión respecto a él.

De a poco consigo enterarme de que estamos yendo a una cena en casa de unos amigos de Graciela.

—¿Fumas? —me pregunta Edgardo y me extiende un paquete de Pall Mall recién abierto.

—No, no fumo —miento.

—Me contó Lucio que estás trabajando con Ina...

No contesto, saco uno de mis Marlboro y lo prendo.

—Llegué esta tarde a las cinco —dice él y hace el ademán de apartar el cabello que cae sobre mi cara pero yo me aparto y lo miro fijamente mientras exhalo el humo del cigarrillo en sus ojos. Por fin, Edgardo opta por permanecer callado el resto del viaje.

Lucio se detiene en un estacionamiento subterráneo. Bajamos del coche y nos dirigimos a una torre de cristal con olor a pegamento de alfombras que está hacia la derecha. Subimos en un ascensor automático y por un momento creo estar flotando a unos centímetros del piso. Entramos en un gran living blanco donde casi no hay muebles, pero sí bastantes luces de diseño italiano y nos sentamos a comer alrededor de una mesa de vidrio. En total, incluyéndonos a nosotros, seremos unas diez personas. La cena —trucha salmonada con salsa de almendras, que casi no toco— transcurre entre sonrisas de forma y conversaciones convencionales, todo muy frío pero lo suficientemente correcto. En la cabecera de la mesa está sentada una rubia muy alta de boca muy grande que sonrío y gesticula todo el tiempo, como si se dirigiera a un público imaginario y creo que se comportaría de la misma manera aunque no hubiera nadie sentado a la mesa. La rubia parece ser la pareja de aquel hombre pequeño y miope, de pelo rojizo e incipiente pelada que después del postre se levanta tímidamente y se acerca a la cigarrera de plata colonial que hay sobre la repisa, pero veo que en lugar de tomar un cigarrillo saca de ella un espejo sobre el cual dibuja varias líneas blancas que aspira a través de una pajita de vidrio. Desde la pared de blindex veo las luces de la ciudad como si estuviera dentro de un avión que está por aterrizar.

Cuando salimos, son más de las tres de la mañana y todos parecen estar bastante borrachos pero igual Lucio propone ir a tomar algo. Damos unas vueltas por San Telmo y caemos en un pequeño bar cerca del Bajo.

—¿La estás pasando bien? —me susurra Lucio al oído cuando pasa a mi lado y lo

miro con cara de nada.

Entramos en un lugar mucho más chico que el living en donde acabamos de cenar. Veo cerca a una pareja con un bebé de días, la mujer tiene la cabeza llena de pequeñas trencitas y ningún cliente, salvo las paletas de adelante. La música está demasiado fuerte: *Victorialand*, de Cocteau Twins. Miro a mi alrededor, las paredes descascaradas llenas de espejos, la enorme araña de caireles dorados. Instintivamente busco con la mirada y reconozco a un amigo de Batía acodado sobre la barra. Tiene un vaso de vodka en la mano y un cigarrillo entre los labios y está hablando con otro chico que creo reconocer de algún lado pero no puedo recordar de dónde. De pronto mi corazón empieza a latir rápidamente: ese mechón de pelo rojo sobre el ojo derecho. Es el chico que estaba con Jo en la diapositiva. Lucio y Graciela están demasiado ocupados chupeteándose en el rincón y Edgardo parece haberse quedado dormido parado, así que me acerco a la barra para pedir una Pepsi.

—¿Asia? —me saluda el amigo de Batía.

—Hola —contesto y miro al chico pelirrojo y al amigo de Batía no le queda más remedio que presentarnos.

Los tres charlamos un rato pero la verdad es que por más que gritamos no escuchamos nada de lo que decimos porque la música está demasiado fuerte.

De pronto siento que alguien me rodea el cuello con su brazo. Es Lucio, que parece haber perdido a Graciela por algún lado. Apoya la punta de su índice sobre mi nariz y me pregunta al oído:

—Decíme, ¿vos no habrás visto por algún lado mi nuevo libro de Ivés Klein?

La jaula dorada

KARINA ESTA SENTADA en el sofá amarillo, lloriqueando. No hay forma de hacerla parar. Sus uñas están más cortas que nunca, yo diría que ya no tiene uñas. Una de las mellizas irlandesas que se hospedan en su casa encontró al canario de Karina en la jaula de cañas junto al balcón, congelado, con las patas para arriba. Karina pedía a gritos poder verlo, pero la melliza se lo impidió y lo tiró por el inodoro antes de que tuviera tiempo para detenerla. Karo llora y llora y hay una montaña de carilinas a su alrededor, manchadas con rimmel. Parece que ya hacía unos días que Sol estaba decaído e inapetente y ella se siente terriblemente culpable por no haberle prestado más atención. Dice que antes de venir a casa pasó por la veterinaria, pero que se sentía bastante idiota porque ni siquiera tenía el cadáver. El veterinario le dijo que podía haber sido alguna bacteria en el agua. Karina apoya su mano izquierda sobre un libro con tapas de cuero negras que hay tirado junto al almohadón, levanta la mano derecha y jura solemnemente que nunca más va a tener ningún otro canario. Ignora que acaba de jurar sobre *Platos sencillos a base de aves, pescados y mariscos*, un libro que me acaba de prestar la astróloga del tercero.

Para animarla un poco propongo salir a ciar una vuelta y terminamos en una casa de videojuegos de la avenida Corrientes. Voy a la caja, pago con veinte pesos y la cajera me entrega un montón de fichitas que trato de agarrar con las dos manos pero inevitablemente algunas caen al piso y desaparecen misteriosamente junto con las risitas de esos nenos descalzos y sucios que se deslizan como fantasmas entre las máquinas.

Karina ya está ubicada frente al Party Zone, nuestro flipper preferido, se prepara para realizar "el maravilloso viaje junto al conductor y DJ Captain B. Zarr y dirigirse a un universo paralelo más allá de Wisconsin". Las pelotitas plateadas se desplazan por entre las luces titilantes y la cabeza del capitán B. Zarr da vueltas y vueltas mientras mueve su enorme mandíbula: "*Play it again, dude!*", mientras se introducen por esos extraños laberintos espaciales y son perseguidas por robots danzarines con ojos dicróicos. El capitán B. Zarr canta sus ridículas melodías y Karina acaba de duplicar su puntaje, tironea de los resortes a los costados y los carteles del tablero se iluminan una y otra vez.

Debemos haber perdido la noción del tiempo, porque cuando reaccionamos ya casi no hay gente en el local y un chico con overol está pasando un secador con un trapo mugriento por el piso de baldosas negras, lleno de vasitos de plástico vacíos y papeles rotos. Notamos que, salvo nuestra máquina, todas las demás están apagadas, al igual que la mayoría de las luces del salón, que es mucho más pequeño y feo de lo que aparentaba.

Acompaño a Karina hasta la puerta de su casa y vuelvo a la mía cuando son casi las dos de la mañana. Abro la pesada puerta de entrada con la Trabex que cuelga de mi llavero de acrílico dentro del cual hay un líquido donde flotan miles de estrellitas de colores. Entro. Me veo reflejada en los enormes espejos a los costados del hall de entrada: dos Asias vestidas con jean rojo y campera negra de cuero, una me mira a los ojos y la otra asoma tras mi espalda. Las tres permanecemos así unos instantes y después yo sigo mi camino hasta el ascensor y las otras dos desaparecen. Aprieto sexto y comienzo a subir a cinco centímetros por hora y supongo que más o menos en un par de días llegaré a mi casa pero me equivoco porque un brusco sacudón me detiene entre el cuarto y el quinto piso. Aprieto nuevamente con resignación el botón del sexto, pero el ascensor no se mueve. Aprieto planta baja, pero sigue sin moverse. De pronto tomo conciencia de que soy prisionera dentro de una jaula dorada, lo que no está tan mal quizá. Espero unos segundos y como justamente hoy parecen estar todos durmiendo, empiezo a gritar mientras le doy patadas a las molduras de bronce y grito y grito y ya me estoy poniendo de veras nerviosa cuando veo un haz de luz que avanza por las escaleras y se hace cada vez más grande. Por un momento me paraliza el pánico y creo

estar dentro de una película de terror pero cuando la luz se acerca lo suficiente reconozco a Carlos, el portero, que avanza medio dormido por las escaleras. Cuando llega junto a mí descubro que sus ojos están muy abiertos pero que todavía parece estar soñando; tiene puesto un pijama celeste a rayas de lo más ridículo y, con rigurosa calma onírica, sube un piso, abre la tapa del techo del ascensor, me ayuda a deslizarme entre los barrotes y por fin quedo liberada.

POR FIN LLEGAMOS a Pompeya, después de un viaje como de más o menos seis horas a bordo de un colectivo color diarrea (el Renault sigue en el taller, en terapia intensiva) y nos descolgamos frente a la verja de la iglesia, en la Avenida Sáenz. Nos trasladamos hasta los confines de la Capital porque a Mariela se le ocurrió comprar un pececito para Santiago y parece que por acá hay una especie de feria donde venden animales.

Caminamos unas cuadras pero no encontramos nada y decidimos preguntarle a una boliviana que está sentada en la vereda frente a un cajón lleno de bolsitas de ají molido y a una pila de limones. La boliviana nos clava su mirada oblicua y acharolada y finalmente dice, remarcando las *essesss* como en un susurro, que la feria está del otro lado de la vía, mientras una bolivianita a sus pies toquetea las bolsitas color ladrillo y se lleva una a la boca.

Cruzamos la vía y nos metemos por una especie de cortada llena de puestos de lata de los cuales cuelgan peceras de distintos tamaños, aireadores y filtros biológicos de plástico verde.

Recorremos la feria: dentro de algunas peceras hay peces rojos de largas colas, o negros aterciopelados con enormes ojos cilíndricos a sus costados: en otras peceras más pequeñas hay pececitos plateados, minúsculos, parecidos a insectos, que se arrastran con la panza pegada al fondo de vidrio. Me pregunto por qué algunas personas pueden matar sin remordimientos a una mosca o a una cucaracha y son capaces en cambio de dedicar tanto tiempo a alimentar y cuidar a estos bichos.

En uno de los puestos tienen esos axolotls con crestas de dinosaurio y diminutas manos humanas de color negro, que se agitan y pelean todos juntos dentro de una enorme caja transparente, y mientras el señor que los vende nos explica que comen gusanos vivos, puedo ver con horror que a algunos les falta una mano o algún otro pedazo del cuerpo. Santiago finalmente se decide por un telescópico negro.

Apenas puedo creer que la vicia adopte formas tan extrañas. Al final, ¿qué podemos tener en común estos bichos y yo? ¿Sentirán dolor como las personas? ¿O de alguna otra manera más intensa, o menos? Los humanos vivimos en una especie de globo cósmico muy grande donde también hay otros globos, más o menos distantes. En ese mismo globo también están las lechugas, las manzanas, todas esas cosas que los humanos necesitamos para vivir —aunque quizás las lechugas y manzanas estén por otra razón o quizás estén porque sí, sin razón alguna. A este hecho por sí mismo curioso, se le suma que en cualquier momento uno puede desaparecer, o puede desaparecer la gente alrededor, o también el globo entero puede desvanecerse. Pero que, además de personas, haya también cosas tan raras como los calamares, rinocerontes, abejas o mantis religiosas es para mí profundamente desconcertante.

Santiago lleva, dentro de su puño fuertemente apretado, el extremo de la bolsa plástica llena de agua dentro de la cual flota el telescópico desorientado por completo, cuando volvemos a atravesar la vía y caminamos hacia el sur buscando la parada del colectivo de vuelta.

— Voy a buscar departamento para Santiago y para mí — anuncia Mariela.

Mira hacia los costados y descubre una plaza bastante abandonada con algunos subibajas rotos y chicos de caras sucias colgados de las cadenas donde antes seguramente había hamacas, y de pronto recuerda:

— Una vez estuve acá cerca. ¿No queda por acá el Cotolengo?

La miro con cara aterrorizada y ella se ríe.

— Pero no vi gente deforme. Es sólo un lugar a donde vas a comprar cosas viejas y sin mucho valor y con la plata que pagas, ellos hacen obras de caridad.

— ¿Quiénes? ¿Los monstruos?

— Los curas, boluda.

Me acuerdo de un artículo que leí una vez acerca de personas que nacían pegadas. Uno de los casos era el de dos chicas que nacieron unidas por la columna vertebral. Aunque tenían el ano en común, parece que tenían dos vaginas y dos úteros, así que sus menstruaciones se producían en diferentes momentos del mes, aunque al baño tenían que ir juntas. El texto contaba que la cosa se había puesto interesante porque, cuando crecieron, una de ellas quedó embarazada y durante la lactancia la leche salía por las cuatro tetas. Había también otro caso, el de un chico que nació con una segunda cabeza pegada en la nuca. Al nacer, ambas cabezas tenían más o menos la misma vitalidad, o sea que la cabeza de la nuca abría los ojos y succionaba el pecho de la madre igual que la del chico. Pero luego, a medida que pasaba el tiempo, la cabeza trasera dejó de crecer, se fue atrofiando. Quedó con los ojos semiabiertos, mirando opacamente hacia el vacío; la boca sólo capaz de producir débiles movimientos pavlovianos de succión a la hora del almuerzo.

Desde adentro de la bolsita de plástico, el telescópico me devuelve la mirada con ojos estrábicos.

34. Fotocromos

EL COLECTIVO SALTA al ritmo de Guns'n Roses y el chofer sube y baja sobre los resortes de un asiento que rechina. Hay cintitas de colores, fileteados nacarados, luces que se prenden cada vez que aprieta el pedal del freno y un montón de horribles muñecos peludos y mugrientos que cuelgan del espejo y se sacuden para todos lados y todo lo que rodea a este colectivero parece pertenecer a alguna clase de santuario: de los flequitos del espejo podrían colgar igualmente cabezas de mono momificadas o camaleones secos o dientitos de perro. El colectivo frena y yo me estrello contra uno de los asientos de fórmica cubierto con una pintada de marcador: PARA DIEGO NO FUE UN VIAJE DE IDA.

Me bajo una parada antes de Juramento y camino por Echeverría hasta la plaza, paso junto a la iglesia redonda, sigo por Obligado una cuadra más y llego a un edificio pequeño, de ladrillo a la vista, frente al Museo Larreta. Voy a buscar unos fotocromos y el curriculum para el catálogo de uno de los artistas que inaugura en la galería dentro de un par de semanas. Cuando toco el timbre del departamento "D" me abre la puerta un tipo de, como mucho, un metro y medio de estatura que sólo lleva puesta una sábana alrededor del cuerpo y sostiene una copa de champagne en la mano, como si fuera la antorcha de la estatua de la Libertad.

—A-adel-lante, adelante —dice con una voz que me recuerda a la de Elmer y me hace pasar dibujando señas en el aire con la mano libre.

Puedo ver una reproducción enmarcada del Baco de Caravaggio sobre uno de los sillones de chintz color damasco y también varios shungas —pequeños grabados eróticos japoneses— colocados en distintas paredes. El hombre camina solemnemente hasta un escritorio de caoba sin dejar de sostener la copa en alto, y saca con la otra mano un sobre papel madera de uno de los cajones.

—Por favor, tr-trátenlos con sssu-sumo cuidado —remarca mientras me extiende el sobre, como si dentro hubiera un tesoro de valor incalculable, pero cuando reviso el interior sólo puedo ver un par de fotocromos comunes y corrientes.

—No se preocupe —lo tranquilizo— pero acá faltaría su curriculum.

—¡Ah!, qué o-olvido imppper-dd-donable —dice mientras estrella con un chasquido la palma de su mano libre sobre su frente, y desaparece en la habitación contigua.

Puedo oír a través de la puerta entreabierta que hay más personas en la otra habitación, escucho murmullos y risas apagadas y por un momento siento que soy espía por varios pares de ojos pero puede que sólo sea mi imaginación. De todas formas me acerco a la biblioteca y comienzo a repasar los lomos de los libros con la mirada: *Sobre la vida contemplativa*. Filón de Alejandría: *De Ira y de tranquilidad*, Séneca; las *Églogas* de Virgilio; *El Príncipe*, Maquiavelo; *Sobre el arte de gobernar*, Luis XIV... Retiro las *Églogas* del estante y hojeo: "El pastor Condón ardía en vehemente amor por el hermoso mancebo Alexis, delicias de su dueño y ni aun esperanzas conseguía...", pero de pronto alguien me arrebató el libro de las manos.

—Di-disculpe, pppero creo que e-esto es mío —dice el hombre mientras agita históricamente unos pliegos de papel frente a mis ojos. Algo confundida agarro los papeles, los introduzco dentro del sobre junto a los fotocromos y salgo de la casa. Camino por Juramento hasta Cabildo y empiezo a buscar la parada del 152, recorro los postes azules y por fin la encuentro y espero junto a otras personas que miran a la naicia con esa inconfundible cara de culo porteña. Finalmente vemos asomar nuestro colectivo y nos zambullimos dentro. Quedo prisionera en medio de varios tapados rellenos de palpitante masa humana pero consigo abrirme paso a los empujones hasta la segunda fila de asientos de a dos, justo cuando se levanta una chica, y rápidamente me desplomo sobre el tapizado de plástico sin importarme para nada la demás gente a mi alrededor. Saco de mi mochila el *Finne-gans Wake* y me enfrasco en la lectura, cuando de pronto siento que algo extraño le sucede al tipo que va a mi lado, porque se agarra el estómago

y hace un ruido como ¡uahhhhhhhhh! ¡uahhhh hhhhhh! y miro su cara y veo que está completamente amarilla y ¡¡¡UAAAHHHHHHHHÜÜ, un vómito espeso sale de su boca y comienza a chorrearle por la camisa a cuadros y su pecho pronto queda inmerso en un baño de sustancia color indefinido y un terrible olor inunda el colectivo. Me levanto espantada y trato de huir, pero me choco contra la pared humana que no me deja resquicios así que empiezo a pedir permiso a los gritos hasta que consigo llegar a la puerta trasera y me descuelgo como puedo a la altura de Callao, con la ropa completamente saturada de olor, el *Finnegans* salpicado de vómito y el sobre con los fotocromos... ¿y el sobre con los fotocromos? Puta madre. Puta puta puta madre.

35.
*Parada en el borde
del mundo*

LA PUNTA de un sobre amarillo aparece tímidamente por debajo de mi puerta. Lo levanto. En un costado hay dos pequeños monigotes dibujados a mano que saludan y sacan la lengua. Es una carta de Jo. Dice que en Nueva York hace más de noventa grados y que me extraña. También me cuenta que fue a ver un espectáculo de danza hindú y yo recuerdo que una vez alguien me dijo que en Calcuta, por las noches, se representa el Katakali, mitología hindú danzada y actuada, y que los actores se pintan con los colores de las divinidades y se enrojecen los ojos colocándose semillas debajo de los párpados.

Termino la carta y vuelvo a mi tarea: abrir una lata de tomates, de ésas que tienen un ganchito como las latas de Pepsi. Por más que tiro y tiro, lo único que consigo es doblarme la uña así que arrojo con bronca la lata adentro de la pileta de acero de la cocina y suena como un bombardeo en medio de Bagdad. Enseguida me acuerdo de que estoy con Santiago y me arrepiento de haber tirado la lata tan fuerte, pero lo miro y sospecho que ni siquiera me debe haber oído porque está demasiado ocupado encaramándose al respaldo del sillón amarillo y desde ahí mira con desconfianza hacia la alfombra. Desde la alfombra, los ojos inalterables de Arturo lo observan.

—Es Arturo, no tengas miedo —le digo a Santiago, pero conocerle el nombre no parece terminar de tranquilizarlo.

—¿Querés que me lo lleve? —pregunto.

Santiago asiente con un exagerado movimiento de cabeza y se lleva a la boca y mordisquea el autito verde de plástico que tiene en la mano derecha.

Me acerco disimuladamente a Arturo y con un rápido movimiento lo alzo por el pellejo del cuello. Sus ojos se estiran y su rostro adquiere un curioso rictus oriental mientras lo traslado por el aire y lo deposito en el baño. Vuelvo a la cocina e intento probar con alguna receta del libro de comida china:

HOJAS DE BAMBU EN SALSA CELESTE, no. SOPA DE ALETAS DE TIBURÓN, menos. SOPA PICANTE DE PEKÍN, podría ser, pero hoy no. SOPA DE NIDOS DE GOLONDRINA, ¿qué? Me detengo en esa página ¿Y por qué no? Suena bastante hogareña:

SOPA DE NIDOS DE GOLONDRINA

Preparación: 30 minutos

Cocción: 10 minutos

Ingredientes: 1 1/2 litro de caldo, 3 nidos de golondrina de mar, 6 huevos de paloma.

Huevos de paloma no tengo, pero tengo tres huevos de gallina.

Nidos de golondrina, primer problema. Miro las cajas de los estantes sobre la heladera pero no logro encontrar nada parecido, aunque veo que quedan algunos hongos disecados. Pongo el agua a calentar sobre el fuego del anafe y cuando hierve tiro adentro los hongos y también los huevos de gallina y revuelvo todo con una cuchara de madera.

—Santiago, ¿te gusta la comida china? —pregunto pero no escucho ninguna respuesta.

Me doy vuelta y veo que Santiago ya no está más sobre el sillón amarillo. Recorro la habitación con la mirada y finalmente lo encuentro con el ojo pegado a la cerradura de la puerta del baño. Tiene todavía su autito verde en la mano.

Una hora más tarde, Santiago está en el rincón tratando de enseñarle a Arturo a jugar con el autito verde. Tiene puesto un jardinero de jean muy mono y está boca abajo sobre la alfombra y hace rociar al autito que entra justo por entre las patas delanteras de Arturo. Arturo lo ve desaparecer dentro de su panza con los ojos más graneles que nunca. Después se echa a un costado, lo huele y le toca el techo verde suavemente con

la pata mientras Santiago le explica lo que es un auto a fricción.

Mariela y yo los observamos desde el sofá amarillo y ella me cuenta que Santiago se despierta siempre a las cuatro de la mañana con terribles broncoespasmos.

—Ayer fui a ver de nuevo el departamento. Está bastante bien, salvo que me quedé con la puerta del botiquín en la mano —me cuenta y de repente me acuerdo de cuando yo me mudé a mi casa.

Recién me separaba de Lucio y me sentía bastante confundida. No es que Lucio fuera el hombre de mi vida, quiero decir, no me imaginaba siendo viejitos juntos, escuchando *Friday, I'm in love* y suspirando "Escucha, están tocando nuestra canción", ni ninguna de esas taradeces, pero por lo menos, si me despertaba en medio de la madrugada muerta de miedo, tenía alguien a mi a quien poder abrazarme. Después de mudarme, me despertaba y estaba sola y nunca terminé de acostumbrarme a eso. O sea, realmente, vivir es como estar continuamente en un frente de guerra, ¿o no?

36. *Inmortalidad*

SUBO EN JADEANTE peregrinaje por la interminable escalera porque, qué sorpresa, de nuevo hay corte de luz. Al pasar por el tercer piso, pateo sin querer algo blando y peludo en la semipenumbra. Es el gato siamés de la astróloga, que tiene dieciséis años y se pasa el día tirado en los lugares más insólitos. Está realmente viejo y enfermo y el veterinario le recetó antibióticos para que la astróloga se los mezcle en el hígado que come, pero ella prefiere darle gotitas de Crab Apple. El gato no parece haberse enterado de que acabo de patearlo porque permanece muy quieto bajo un afiche de "L'homme astrologique" que la dueña pegó apenas acababa de mudarse al edificio, en el pasillo del tercer piso; una figura andrógina desnuda recortada contra un cielo de nubes doradas, rodeada por los doce signos del zodiaco. Cada signo rige una parte de su cuerpo y se une a ella a través de una línea de puntos dorada, el carnero en la cabeza, el cangrejo en el pecho y una pequeña balanza también dorada en la pelvis. Escucho que de la garganta del animal sale un extraño ruido como de cañerías y veo que sus ojos me miran como dos luciérnagas muertas, desde la oscuridad.

Continúo mi ascensión sin poder sacar de mi cabeza por un largo rato a esos dos débiles puntos fosforescentes junto a mis borceguíes. Llego a casa, me tiro sobre el sofá de cuero amarillo y prendo la televisión con el control remoto. En la pantalla veo un hombre herido, semidesmayado en el piso, que está en una especie de desierto donde se ven extraños vehiculos, mitad camiones y mitad tanques de guerra. Todo lo que aparece es muy antiguo, oxidado y roto, aunque la película transcurre en el futuro. Ahora hay otro hombre en la pantalla, que se inclina al lado del primero:

—¿Dónde está mi brazo? —le grita el primero bastante ofuscado—. ¡Sólo encuentra mi brazo y ponlo en su lugar!

El segundo retira una plancha de acero sobre su estómago y con un destornillador ajusta algunos cables.

—¿Te dolió eso? —pregunta.

—No —protesta el primero—, ¡no me duele nada porque nada me funciona! —evidentemente de pésimo humor.

El otro vuelve a colocarle la tapa en el estómago, la cierra con una pinza y le da al hombre unas palmaditas en la espalda, mientras sonrío tratando de animarlo.

—Le diremos al mecánico el número de modelo y mañana tendrás un brazo nuevo —dice.

A través del cierre entreabierto de mi mochila, que está tirada sobre el sillón, a mi lado, veo algo brillante que distrae mi atención y tardo unos instantes en recordar que se trata de la caja de bombones que me trajo hoy una denta de la galería, antes de irse para Salta.

—Preciosa, te traje esta pavada —dijo y colocó la caja sobre mi escritorio.

También mencionó algo acerca de un convento de clausura donde hay un libro que, si uno anota en él su nombre, se asegura de que las monjitas recen por su alma día tras día hasta el juicio final, y me asegura que no va a olvidarse de anotar mi nombre bien grande. Pero en lugar de sentir alivio recuerdo que me quedé inmóvil mirando el rectángulo dorado junto al teclado de mi computadora, invadida por un profundo terror metafísico.

Abro del todo el cierre de mi mochila y extraigo de su interior la caja de bombones recubierta con pape! de oro granulado y un enorme moño verde de raso. Retiro el papel dorado y quedan frente a mí un montón de cucarachitas marrones todas apiladas, con enormes almendras blancas en sus lomos, y automáticamente siento un penetrante olor a chocolate, y cuando me llevo una a la boca mis papilas se ahogan con un jugo de sabor extraño que me hace arder la lengua terriblemente. Después agarro otro y después otro, y cuando termino de tragar mi noveno bombón observo los pirotines de celofán vacíos

esparcidos desordenadamente junto a la caja dorada y me pregunto si voy a morir envenenada, mientras el hombre de la pantalla, que acaba de recuperar su brazo charla amigablemente con una mujer de delantal blanco.

—¿Por qué las chicas te llaman El Monstruo Verde? —pregunta ella y suspira ilusionada.

ESTOY SENTADA en mi escritorio tratando de escribir algún texto sobre minimalismo pero no puedo concentrarme. Hace bastante frío y tengo encendidas las dos hornallas del anafe y llevo puestos varios pulóveres y unas gruesas calzas de lana y mi mente vuelve una y otra vez a aquella tarde tan fría de mayo en la que Jo y yo paseábamos bajo el sol helado de San Telmo, enfundadas en nuestras camperas de cuero y con largas bufandas enroscadas alrededor "del cuello. Recorrimos durante horas los alrededores de la Plaza Dorrego mirando anticuarios. De cuando en cuando decidíamos entrar en alguno y revolvíamos sin el más mínimo decoro los objetos que encontrábamos apilados sobre las mesas.

Jo no dejaba de restregarse las manos dentro de sus guantes.

—¿Sabes? En realidad creo que me gustaría trabajar en un anticuario —dice Jo, y después de un rato agregó—: ¿Y vos? ¿Qué vas a hacer cuando vuelva la mamá de Lucio?

Hubiera preferido que no me hiciera la pregunta. Es decir, simplemente no era el día indicado para resolver mi vida.

—No tengo la menor idea, supongo que buscarme otro trabajo —respondí, por un momento, realmente deprimida.

Sabía perfectamente que Ina iba a volver algún día y que ese día se acercaba cada vez más. También sabía que Ina se iba a enterar enseguida de la plata que yo había estado sacando de la galería. Pero la verdad, muy en el fondo, me importaba tres carajos lo que Ina decidiera hacer conmigo. Y de todas maneras, esa tarde en San Telmo definitivamente no tenía ganas de pensar en eso.

Dábamos vueltas a las manzanas sin rumbo en especial y muchas veces terminábamos en el mismo lugar en que habíamos empezado. Me acuerdo especialmente de uno de los locales: tenía una figura *art nouveau* pintada en la vidriera —una mujer con flores en el pelo tipo de tapa de *Mucha*—, y cuando entramos al local el piso de madera crujió bajo nuestros pies. Nos dirigimos hacia uno de los rincones y examinamos atentamente unas planchas de madera con monedas de los tamaños y formas más extrañas. Mis ojos se detuvieron en una muy brillante en forma de estrella y, cuando alcé los ojos. Jo ya no estaba a mi lado. En cambio, vi que se acercaba a una de las estanterías de roble y tomaba de uno de los estantes superiores un frasco de cristal de roca tallado en forma de corazón.

—¿Cuánto pensás que pueda salir este frasco? —me preguntó ella mientras esperaba que la vendedora, una mujer con peinado 13-52 y vestido a lunares, terminara de atender a unas japonesas para preguntarle el precio. Pero las japonesas seguían comprando y comprando cosas—. Me gustaría comprárselo a mi tía, porque a ella le encantan estas cosas de cristal, ¿sabes?

Finalmente Jo optó por depositar momentáneamente el frasco sobre unos mantones y siguió recorriendo la habitación. Me acuerdo también de haberla visto alzar un jarrón-flor de vidrio coloreado, que puso al trasluz y enseguida su cara se llenó de reflejos color ámbar.

—Parece un Tiffany —murmuró confundida, hablando consigo misma.

Todavía conservo la imagen de Jo avanzando como una princesa entre los montones de cosas tan variadas, tan extrañas, con sus mejillas rosadas y su sonrisa a veces tan ingenua. Se había abierto la campera y llevaba los anteojos de sol como una vincha sobre los mechones dorados de su pelo. Jo se fue con su familia de la Argentina cuando tenía doce años. Me pregunto qué habría sido de su vicia si se hubiera quedado.

—Recuerdo que en el interior del anticuario había un penetrante olor a lustramuebles y que no estaba bien iluminado, más bien nos movíamos en penumbras, lo que hacía más dificultoso no chocarse con algún objeto. Caminé con cuidado entre las enormes palanganas de loza apiladas a los costados del pasillo. El negocio estaba realmente ates-

tado de objetos, y al ciarme vuelta me tropecé sin querer con un baúl de piel de tiburón teñida de verde, con aplicaciones de plata y cornalinas. Estaba abierto y comprobé que el interior se hallaba completamente forrado con brocato color durazno. Al inclinarme alcancé a ver la estela que dejaban dos pequeñas arañitas blancas que huían aterradas por mi presencia. Volví la mirada hacia el estante y ahí estaba el frasquito en forma de corazón, irradiando luces de todos colores.

Al final salimos del negocio cargadas de paquetes y caminamos hasta el Renault, que yo había dejado estacionado por Humberto I, y al entrar al coche Jo me extendió el paquetito envuelto en celofán rosado, dentro del cual yo sabía que estaba el frasco de perfume.

—¡Para vos! —dijo y nos largamos a reír.

38. *Ectopía*

CAMINO POR LA CALLE Junín, desde Las Heras hasta Libertador, con los walkman puestos, tratando de encontrar mi reflejo en las vidrieras. Llevo un short de cuero verde y zapatos con plataformas plateadas y me abro paso entre las mesas con sombrillas, los macetones y las chicas que toman Pepsi Diet al lado de sus afganos, dálmatas y pomeranias. Algunos hombres con chalequitos de colores y pantalón negro se asoman a las puertas de los restaurantes y parecen esos muñecos que salen de los termómetros sólo cuando hace sol o cuando llueve.

Al llegar a la Avenida Alvear, un par de bocinazos me hacen volver la mirada. Proviene de un BMW plateado como mis zapatos y supongo que se trata de alguna especie de levante así que sigo caminando con indiferencia, pero ahora cuatro insistentes bocinazos vuelven a detenerme. Miro nuevamente y veo que al volante del BMW está Ariel. Me acerco a saludarlo y él aprieta un botón y la ventanilla se baja automáticamente. Apoyo los codos en el marco de la ventana del coche y mis nalgas, dentro del short verde de cuero, quedan expuestas a las sucias miradas de los transeúntes.

—Espera que estaciono —me dice Ariel pero yo opto por subirme a su lado y acompañarlo hasta el estacionamiento subterráneo debajo de la Recoleta.

Ariel tiene el pelo rubio rojizo bastante largo y rizado, como el cantante de Simply Red. Subimos por una estrecha escalera que sale justo al medio de la plaza y caminamos juntos hasta La Biela, nos sentamos a una mesa adentro, junto a la ventana, él pide un agua mineral sin gas y yo un cortado.

Ariel parece preocupado, tiene los ojos hinchados y levemente enrojecidos y parece haberse afeitado en la oscuridad.

—No sé cómo tratarla —dice refiriéndose obviamente a su mujer—. Está completamente loca...

El mozo trae el pedido pero, por más que revuelvo con la cucharita, no encuentro ni rastros de leche en mi cortado.

—¿Está seguro de que es cortado? —le pregunto tímidamente.

—Sí —dice y desaparece detrás del mostrador. Ariel sigue lamentándose y creo que ni siquiera le importa si lo estoy escuchando.

—...hace como seis meses pensamos que estaba embarazada, incluso se había hecho los análisis y le dieron positivo, pero un día le empezó a doler la panza y le dolía cada vez más fuerte, y el médico le hizo hacer una cerografía y descubrieron que en la panza no tenía ningún bebé. Cris se puso totalmente fuera de sí...

—¿Pero cómo? ¿Y los análisis? —pregunto y la conversación comienza a no gustarme nacía.

—Descubrieron que estaba embarazada, pero que su embarazo era ectópico y la tuvieron que operar. Estuvo bastante jodida... La cuestión es que désele entonces no quiere ni que la toque. ¿Entendés?

Para esta altura ya estoy bastante impresionada y empiezo a sentir unas extrañas puntadas en el apéndice, y de pronto no quiero estar más en el bar y necesito salir a la calle. Consigo articular algunas torpes palabras de consuelo y dejo a Ariel con los ojos fijos en la botella de agua mineral que ni siquiera llegó a probar.

Sigo mi camino, cruzo la placita con el enorme ombú en medio y entro en el Palais de Glace, donde se inaugura la muestra, en la planta baja.

En el centro de la sala hay un enorme círculo de piedras negras, con montañitas de polen y flores de papel celofán dispuestas alternativamente sobre él en espiral. Apenas entro veo a Tomás, a Julia, a Manuel y parece que Helena todavía no llegó pero la que sí acaba de llegar es la hermana de Manuel, que está muy linda con un vestido negro y un blazer rojo y tiene unos enormes ojos azules. Manuel tiene ojos negros y creo que no se

parece para nada a su hermana. Doy una vuelta por la muestra y veo a Charly y a Pedro y les pido fuego con un cigarrillo ya en la mano. Pedro saca un fósforo de una cajita de Fragata y lo va a prender, pero resulta que el fósforo está usado. Charly está contando que estuvo en Miami. pero que antes fue a Nueva York.

Desde atrás, alguien me tapa los ojos con su mano.

—¿Adivina quién es? —escucho que me dice una voz de mujer.

—¿Karina? —arriesgo.

—No.

—¿Mariela?

—Hmmmmm...

—¿Verónica? —El juego ya está empezando a cansarme. Retiro la mano sobre mis ojos, me doy vuelta y veo frente a mí a una mujer completamente desconocida.

La mujer me observa unos segundos confundida.

—Perdón, pensé que eras Julia —dice y se retira algo avergonzada.

La verdad es que no me explico en qué me puedo parecer a Julia.

¿Qué demonios estoy haciendo acá? Millones de personas me empujan y me arrastran de acá para allá sin que yo pueda hacer nada para impedirlo y para colmo llevo puesta esta blusa de satén sin espalda y pienso que en cualquier momento me voy a quedar desnuda si me siguen arrastrando. Por fin veo que llega Helena y voy a saludarla. El círculo de piedras negras con el polen y las flores de celofán es una instalación de Helena, y la verdad es que la veo súper parecida a otra instalación que vi el mes pasado en una revista española, pero no me atrevo a mencionar el tema porque ella está realmente contenta con su obra.

—¿Te enteraste lo que le pasó a Andrea? —me pregunta y mira para todos lados como si estuviera a punto de revelarme alguna fórmula de la NASA.

—¿Qué le pasó? —pregunto aunque ni siquiera sé quién es Andrea.

—Tuvo un embarazo ectópico y le extirparon una trompa —me susurra Helena al oído.

Camino algunos pasos aturdida y veo a una chica que se abre paso entre la gente como si tratara de llegar hasta donde yo estoy, y me parece conocida y es o no es pero sí, tiene que ser Andy, una amiga que hace mil años que no veo, desde aquella vez que estuvo tan rayada que se pasó más de seis meses caminando en cuatro patas porque tenía miedo de caerse para arriba, y de golpe me empiezo a deprimir cada vez más y definitivamente no me quiero encontrar con Andy. La gente me sigue aplastando, así que opto por buscar refugio en el baño.

Apoyo las palmas de mis manos sobre el mármol y siento que el baño da vueltas en torno mío y me muero de calor a pesar de que sólo tengo puestos la blusa de satén sin espalda y los shorts de cuero, aunque en realidad me puedo dar cuenta de que también estoy temblando.

Hay una mujer secando sus manos bajo el tubo de aire caliente que me mira como si yo fuera extraterrestre y me hace sentir realmente incómoda, así que apoyo mis palmas, frías del mármol, sobre mis mejillas que arden y trato de olvidarme del calor y de que el baño da vueltas y vuelvo al planeta Tierra por un rato.

—Podrían invertir algo de plata en ventiladores —digo, como para que se dé cuenta de que no soy extraterrestre, o al menos de que soy una extraterrestre sociable.

—Mejor harían en invertir en buena pintura —dice la mujer de muy mal humor y sale del baño cuando un portazo y me deja con mi mejor sonrisa pegada en la cara como una idiota.

Ahora estoy sola en el baño. Abro la canilla y meto debajo la cabeza y mientras estoy ahí con el mundo dándome vueltas alrededor tomo una importante decisión: no voy a hablar nunca más con las mujeres que se secan las manos con ese asqueroso aire caliente. Levanto la cabeza y me miro en el espejo con el pelo chorreando gotitas congeladas sobre mi blusa de satén y me doy cuenta de que tengo que salir del Palais cuanto antes.

Afuera está a punto de nevar y yo a punto de convertirme en un muñeco de nieve. Me meto en el bar de la esquina y pido un té.

—¿No tiene frío con el pelo mojado? —me pregunta el mozo mientras deja sobre la

mesa una taza dentro de la cual hay un saquito de té Taragú y una teterita de lata llena de agua hirviendo. Lo miro con cara de nada hasta que se va. Después descarto el saquito de té Taragú y encuentro en mi mochila un sobrecito de Earl Grey, lo sumerjo en el agua hirviendo y me quedo pensando: ¿cómo carajo iba Andy a caerse para arriba?

¡MIERDA!, digo al quemarme la lengua con el té que me acaba de servir en una taza celeste de cerámica una de las mellizas irlandesas que para en la casa de Karina. Estoy sentada en un sofá tapizado con florcitas y las mellizas me flanquean y me observan como si yo fuera un extraño microbio. Son idénticas, muy altas y muy gordas y tan pelirrojas como Karina. Tomo mi té pero hay tanto silencio en la habitación que puedo oírlo pasar a través de mi garganta, y cuando muerdo uno de los baybiscuits que hay en el plato junto a la tetera, lo siento sonar como un terremoto. Estoy tan incómoda que casi me atraganto con las miguitas y empiezo a toser sin parar y enseguida las dos hermanas corren a alcanzarme un vaso de agua. Me repongo y trato de entablar una conversación. Me parece un buen comienzo apelar a mis conocimientos acerca de Irlanda.

—¿Sabían que a Beckett una vez lo apuñaló un mendigo en medio de la calle? —comento, y como principio no me parece nada mal, pero no haber mayor entusiasmo.

Una de ellas aparta su baybiscuit y comenta:

—Ya lo sabíamos.

Observo la densa nube de humo que se levanta desde la taza entre mis manos.

—Mi abuelo viajó mucho por Europa —insisto—. En uno de sus viajes a Zurich conoció a Joyce. —Y, aunque por supuesto es mentira, supongo que tiene que producir algún efecto. Observo sus rostros esperando alguna reacción pero siguen tomando el té imperturbables. No me doy por vencida.

—El otro día leí que Sinead O'Connor piensa que la cultura norteamericana no existe —digo, convencida de que con esto tienen que reaccionar. Por suerte no tengo tiempo de comprobarlo porque se oye un ruido de llaves en la cerradura y entra Karina cargada de libros. Respiro aliviada.

Karina se deja caer sobre uno de los sillones de mimbre y tira los dos tomos de *La leyenda dorada* sobre la alfombra. Una de las mellizas trae otra taza y vuelca en su interior un chorro de Earl Grey, aunque para estas alturas ya debe estar bastante frío. Un minuto después ambas mellizas desaparecen rumbo a la cocina.

—No hablan mucho, ¿no? —le pregunto a Karina cuando nos quedamos solas y ella sonríe despatarrada sobre el sillón, inmóvil en la misma postura que hace rato. Después prende un cigarrillo y se queda mirando el humo formar arabescos frente a sus ojos, mientras recuerda:

—¿Sabías que a Santa Ágata le cortaron las tetas? —dice y aplasta el cigarrillo contra un cenicero de hierro, pero el cigarrillo queda mal apagado y continúa despidiendo humo.

—¿Qué? —pregunto espantada.

—Quintiliano, el cónsul de Sicilia, se quería casar con ella pero, como Ágata no quería, primero la encerró en un burdel para que le enseñaran...

—se detiene algo incómoda— ...pero ella se mantenía virgen y Quintiliano al final perdió la paciencia y mandó que se las cortaran.

Me quedo unos segundos en silencio, muy impresionada a pesar de la cantidad de tiempo que pasó desde lo de Ágata.

—¿Sabes? —dice Karina—. Creo que me voy a ir a Irlanda con las mellizas.

La miro para ver si me está tomando el pelo.

—¿Me estás cargando? —pregunto algo inquieta.

—No, en serio. Mí viejo me dijo que si me decidía me daba la plata para el pasaje.

—¿Pero para qué te vas a ir a Irlanda?

—Qué sé yo, a hacer algún master en la Universidad de Dublin. Igual, acá mucho que

hacer no tengo —dice, resignada.

—¿Y por qué va a ser mejor en Irlanda?

Nos quedamos unos minutos calladas, con la mirada fija en el humo del cigarrillo mal apagado que se eleva desde el cenicero.

—Y... ¿cuando te irías?

—A fin de mes. —De pronto parece recordar algo:— ¿No te conté? Cuando Sol se murió, las mellizas rae regalaron un axolotl. Te lo voy a dejar cuando me vaya —dice y señala una pequeña pecera ubicada entre las plantas del balcón. Adentro, un minúsculo dinosaurio lucha por liberarse del cautiverio. Miro a mi futuro huésped con una extraña mezcla de resignación y horror.

40.

*Christy Turlington piensa
que Linda Evangelista
es supervulgar*

SON LAS ONCE de una mañana de sol insoportable y estoy parada contra un poste, medio dormida, con los anteojos oscuros puestos, y tengo miedo de desintegrarme en cualquier momento, como Nosferatu después de mordisquear el cuello de Isabelle Adjani. Estoy en la esquina de Juramento y Cabildo, esperando a Batia hace más de media hora, porque perdí las llaves del taller donde Ina guarda cuadros cuando la trastienda de la galería está repleta. Batía tiene un juego de llaves porque suele usarlo de vez en cuando. A las once y media tengo cita con una denta en la puerta del taller y Batía no aparece.

A mi lado hay un kiosco de revistas y leo minuciosamente cáela una de las tapas. Me entero de que ocho de cada diez mujeres norteamericanas abandonarían a sus maridos por Quayle, de que Christy Turlington no soporta a Linda Evangelista, de que Mick Jagger fue abuelo otra vez y de que hubo otro motín en la cárcel de Caseros y estoy empezando a ponerme nerviosa. Al lado del kiosco descubro la burbuja azul de un teléfono público. Revuelvo los bolsillos de mi campera y ¡BINGO: descubro dos doradas y relucientes fichas. Delante de mí hay dos mujeres, pero supongo que da igual esperar en la fila que parada junto al kiosco.

La mujer que está hablando tiene el pelo igual a una peluca Luis XIV y se ríe como un caballo.

—¿Recibiste mi carta, negra? —grita. La deben estar oyendo desde Plaza Italia pero eso no parece importarles.

—¡Que si recibiste la carta! —repite todavía más fuerte—. ¡La carta! ¿Me entendés? ¡Hola! —dice y agita el tubo con odio y después lo mira como si pudiera ver por qué no ancla. Finalmente opta por colgar el auricular y lo hace tan fuerte que por un momento pienso que el teléfono se va a venir abajo con burbuja azul y todo.

La segunda mujer marca un número y cuelga y vuelve a marcar y vuelve a colgar y se la pasa marcando y colgando los siguientes cinco minutos.

Por fin me toca el turno, pero en lo de Batía está conectado el contestador.

—HOLA, ESTAS HABLANDO CON LA CASA DE BATY, YA SABES QUE; HACER.
¡¡¡BIIIIUIIIIP!!!

—Batia, ¿dónde carajo estás? ¡Hace una hora que te espero! —dejo dicho y vuelvo furiosa a mi puesto de vigilante.

Sigo leyendo las tapas de las revistas para calmarme un poco. El nieto de Mick Jagger se llama Sean y pesa cuatro kilos doscientos cincuenta gramos y Mick Jagger está muy contento. Christy Turlington piensa que Linda Evangelista es muy vulgar y en Caseros hay quinientos guardiacárceles heridos, pero los presos enfermos de Sida se ofrecen a cuidarlos. En un rincón mis ojos descubren una *House and Garden* y de pronto recuerdo que, antes de irse, hace tres meses, Ina me dejó encargado que le regara las plantas, pero me había olvidado por completo. Me pregunto si quedará alguna viva y me alegro de que no tenga ningún pez. ¿O tenía alguno?

Me pongo nuevamente en la fila del teléfono. Ahora está hablando un chico que abraza y acaricia al teléfono como si fuera una persona. Cuando termina de hablar, levanto el tubo y lo limpio con la manga de mi pulóver porque está todo babeado. Después marco otra vez y vuelve a contestarme la máquina.

—HOLA, ESTAS HABLANDO CON LA CASA DF. BATY. YA SABES QUE HACER.
¡¡¡BIIIIIIIIIIIP'!!!

—Claro que sé qué hacer: matarte —dejo dicho y vuelvo junto al poste. El hombre que atiende el kiosco me mira con una sonrisa idiota. Seguro que está pensando que un tipo me dejó clavada.

Espero quince minutos más y Batia no aparece, aunque creo reconocer su cara varias veces entre las personas que cruzan Cabildo. Por fin decido volver a casa a dormir un rato. Estiro mi brazo y me dejo caer en el asiento del primer taxi que pasa. Apenas arranca, veo que Batía avanza con pasos gigantes a través de la vereda de Juramento. Sonrío y le pido al taxista que me despierte cuando lleguemos a la esquina de Reconquista y Paraguay.

41. *Un sueño color cereza*

RECORRO LAS PERFUMERÍAS buscando un lápiz de labios color cereza. A primera vista todos los lápices de labios parecen ser color cereza, pero si una mira bien se da cuenta de que en realidad no hay uno solo que lo sea. La empleada me muestra como dos millones de lápices violetas, naranjas, nacarados, rosados o blancuzcos y trata de convencerme de que son color cereza pero yo no me dejo engañar: la obligo a desparramar todos los muestrarios y me los pruebo uno por uno en el dorso de la mano hasta que descubro que tengo la piel absolutamente surcada de rayas pastosas, ninguna completamente cereza. Desisto y en cambio decido comprar un perfume, algo floral. La empleada me ofrece Anais-Anais o Fleurs pero finalmente opto por comprarme un Kenzo con atomizador porque el mío ya se está terminando.

Salgo de la perfumería que está justo enfrente de donde estaba antes Jacques Martínez y vuelvo a casa por Paraguay, y antes de llegar a Reconquista entro al supermercado Lin dispuesta a aprovisionarme por un par de días. Recorro las góndolas empujando un carrito que insiste en desviarse hacia la derecha y tomo de las estanterías algunas cajas de cereales, yogures diet y tres paquetes de hamburguesas, aunque alguien me elijo hace poco que a las hamburguesas les ponen óxido de hierro para que estén más rojas y parezcan más frescas.

Lin está sentado en una silla, al fondo del supermercado y observa todo lo que ocurre con sus ojos oblicuos y perspicaces. En la caja está la mujer de Lin, Gloria. Cuando le pago ella me dice que le gusta la canasta peruana que llevo colgada del brazo. Salgo a la calle y observo que el Laverap y la casa de accesorios de computación a los costados del supermercado Lin también se llaman Lin.

Cargo con mi canasta llena de hamburguesas y perfumes y por fin llego a casa, más tarde de lo que pensaba, tiro la canasta sobre la alfombra, corro todas las cosas que están sobre la cama y me desplomo sobre el colchón. Me acuesto mirando al techo y se ve que me quedo dormida porque de pronto Jo está a mi lado en la cama y también el chico de la diapositiva, y hacen el amor sin importarle que yo esté junto a ellos, ignorándome por completo. Jo tiene puesto un body como de goma o de cuerina negro muy brillante, con grandes agujeros que dejan al descubierto su sexo y sus tetas, y está muy maquillada: unas profundas rayas de rimmel continúan la terminación de sus ojos como en una pintura egipcia y sus labios son color sangre, casi negros. El chico también tiene los ojos pintados y está tirado boca abajo, inmóvil. Jo se recuesta sobre él y se desliza contra su espalda y le pasa su lengua violeta a través de la columna vertebral y después lo da vuelta como a un muñeco y el sexo de él se vuelve enorme y brillante y parece que irradiara luz. Jo mueve sus caderas hacia adelante y hacia atrás y yo me siento terriblemente incómoda. De pronto, ella parece darse cuenta de mi presencia y, todavía con el sexo de él adentro, me clava sus largas uñas pintadas de negro y yo siento cuatro profundos surcos color cereza sobre mi mejilla.

LUCIO JUEGA al 1942 en la computadora y los músculos de su cara están totalmente congelados. Tiene las pupilas dilatadas y sus ojos reflejan las luces de la pantalla y las multiplican por dos. Sus manos se aterran al joystick como garras y creo que sus dientes están más largos, y más afilados que de costumbre. De tanto en tanto exclama:

—¡Me cago en tu madre!

Yo estoy tirada en un sillón de cuero y hojeo tranquilamente una revista y de pronto me llama la atención una foto, una especie de ecografía cósmica que aparece reproducida a toda página. El texto indica que a trescientos millones de años luz de la Tierra hay una extraña galaxia llamada NGC 6240, en la cual parece haber un agujero negro que es cien mil millones de veces más grande que el sol. La galaxia fue descubierta hace unos años pero recién ahora hacen el anuncio oficial de que ahí arriba hay un terrible agujero dentro del cual se va a caer cualquiera de estos días el universo. El texto dice también que la NGC 6240 quizás no sea una galaxia sino dos galaxias en proceso de colisión y una ráfaga helada comienza a subir por mi espalda. De pronto no sé por qué me acuerdo de una obra de Tony Cragg que me fascina que se llama *Luna india* y que siempre me pareció tan trágica: es una luna en cuarto creciente formada por fragmentos de objetos de plástico como juguetes, elementos de cocina, tapas, cepillos de dientes, cotillón, todos amarillos y Cragg muestra cómo en algún momento todas esas cosas dejan de ser sólo cosas y pasan a ser parte de su luna amarilla, pero ahora la luna no es sólo una luna sino una luna formada por todas las historias de todos esos fragmentos de plástico descartables y rotos, una luna que se llena de recuerdos amarillos.

—Lucio, ¿dónde vamos a estar cuando nos muramos? —pregunto angustiada.

Lucio continúa con los ojos pegados en la pantalla y veo que un avión enemigo acaba de alcanzar con su artillería a su avión.

—¡Mierda, hijo de puta! —grita fuera de sí.

Lo miro con odio, dejo la revista sobre una mesa de vidrio y me voy a la cocina a hacer café.

La cocina es toda de mármol gris claro y hay una especie de mostrador en el centro con unos banquitos negros. Lleno la pava con agua. Es negra y octogonal. La ventana de la cocina cía sobre la plaza Las Heras que se ve allá abajo, como un pañuelito verde con algunos manchones verde más oscuro. Me imagino yendo a los juegos con un pequeño Lucio rechoncho y rosadito. Lo dejo en el arenero y me pongo a charlar con las otras madres de la plaza acerca de videntes, astrólogos o gimnasios y de pronto Lucio le tira del pelo a una nenita con rizos dorados y la nenita le planta el balde lleno de arena en la cabeza, el pequeño Lucio se pone a berrear y yo corro a rescatarlo justo a tiempo, antes de que termine de desaparecer bajo las arenas movedizas. La pava empieza a silbar y veo que Lucio entra en la cocina, evidentemente vencedor.

—¡46.800 puntos! —exclama alegremente—. ¿Qué tal?

—¿Querés un té? —pregunto sin interesarme para nada en su victoria.

—¿Té? Bueno... —responde algo confundido.

Creo que sus ojos siguen reflejando las explosiones de la pantalla. Vuelco el agua dentro de las tazas, que ya tengo preparadas sobre la mesada, una con dos cucharadas de café instantáneo y la otra con una cucharada de té de jazmín y escucho un ruido extraño que tardo unos segundos en identificar, es el teléfono inalámbrico que está junto al microondas, pero suena como si fuera una cucaracha tratando de salir de un frasco.

Lucio levanta el aparato.

Graciela, ¿qué haces? Claro. A las ocho en la guardería —dice, y no se refiere a ningún nene sino al velero, así que deduzco que van a salir a navegar.

Mientras habla por teléfono. Lucio rodea mi cintura con su brazo libre. Tengo puesto

un pulóver de hilo negro bastante amplio sin nada abajo y Lucio mete su mano izquierda bajo el pulóver y empieza a acariciarme.

—No, no, estoy solo. Estaba jugando con la computadora...

Mi pulóver cae al piso y ahora estoy acostada sobre el mármol gris claro de la mesada y Lucio comienza a desabrochar mi jean mostaza pero le cuesta hacerlo sólo con una mano y como yo no pienso ayudarlo, decide soltar el teléfono. Lo apoya distraído junto a unos frascos de vidrio llenos de especias, pero el teléfono tambalea y cae al piso. Lucio tapa mi boca con sus labios y siento el borde de mármol frío clavarse en mi espalda bajo la presión de su cuerpo.

43.
¿POR QUÉ YO?
¿POR QUÉ NO?

ENTRO A CASA con un improvisado efecto huracán, llena de bolsas del Drugstore y cargada con una enorme caja de cartón con la foto de una juguera rodeada de manzanas, tomates y naranjas. En ese preciso instante suena el teléfono y atino a atender con dificultad con mis brazos todavía cargados. Es Juliana, la chica que se parece a Virginia Madsen que, la verdad, no podía haber sido más inoportuna.

—Hola. ¿Asia? Te llamaba porque necesito que me prestes la galería... Sólo por una noche —dice y habla tan rápido que apenas le entiendo, pero escucho algo acerca de una fiesta o un desfile.

—¿El domingo? ¿Por qué no? Pasa a buscar la llave cuando quieras —respondo con excesiva amabilidad mientras me regocijo pensando en lo terriblemente histérica que se pondría Ina si se enterara.

Tiro las bolsas sobre la cama y dedico toda mi atención a abrir la caja. Saco a los arañosos los telgopores de protección, las bolsas de nylon, los catálogos de instrucciones, los papeles de garantía. Los desparramo sobre la cama y por fin consigo rescatar la juguera en el fondo de la caja. La miro, se parece a la nave espacial de *Encuentros Cercanos*, la acabo de comprar en una casa de artículos del hogar en Corrientes y Esmeralda y es por lo menos cuatro veces más chica que la juguera de la foto de la caja. Dejo la juguera a un lado y recorro el catálogo a toda velocidad. Estoy ansiosa por correr a la cocina y hacerme un jugo de naranja pero parece haber algún tipo de confusión y no consigo comprender cuál es. Termino de hojear el catálogo y vuelvo a leerlo ahora más despacio, desde el principio. El corazón comienza a latirme violentamente y siento una mezcla de frustración y enojo. Aquí parece decir que con esta juguera no se pueden hacer jugos de naranja. Dice que si yo quiero un jugo de naranja tengo que comprarme el modelo XZ 22, que no es una "juguera" sino una "exprimidora" y que si intento hacer un jugo de naranja con esta juguera me va a salir con pulpa, semillas y capaz que también con cascara. Arrojo el catálogo violentamente contra la pared y me pregunto para qué carajo pusieron las naranjas en la foto. Vuelvo a mirar ese pequeño plato volador de plástico tirado a mis pies. Definitivamente, lo único que puedo hacer es ir a cambiarlo.

Llego a casa más tarde de lo que pensaba con una nueva caja todavía más grande, en la cual hay una foto de una ex-pri-mi-do-ra. y busco mis llaves en el interior de la mochila pero me es bastante trabajoso encontrarlas. Por fin consigo abrir la puerta del departamento a los tumbos y me sumerjo en la oscuridad. Tanteo hasta ciar con el interruptor y al prender la luz me causa mucha sorpresa encontrarme con un telegrama tirado en la alfombra. Me inclino para recogerlo haciendo equilibrio pero es demasiado complicado para mí llegar hasta el piso con esta caja inmensa, así que tiro mi mochila junto a la heladera y también tiro la caja sobre la alfombra y me derrumbo sobre el sofá amarillo con el papel en la mano, entusiasmada con la idea de que el telegrama sea de Jo. Pero lo abro y descubro que es de Ina. Me pide que la vaya a buscar a Ezeiza el lunes a las siete de la mañana. Por un momento pienso en Lucio navegando a la caída del sol, cerca de las costas de Papeete. maniobrando el timón con su jopo rubio al viento, los ojos fijos en el horizonte y un collar de orquídeas colgado al cuello, mientras yo me despierto a las cinco de la mañana para ir a buscar a Ina vía Ciudad Evita. Definitivamente, la única buena noticia del día es que por fin me devolvieron el Renault. Al menos, no voy a tener que ir a Ezeiza en colectivo.

Heridas abiertas

ME PREGUNTO si la campera de cuero roja quedará bien con las calzas de acetato. Porque también, claro, siempre puedo usar la minifalda de cuero. Definitivamente me inclino por las calzas de acetato y cuando consigo introducir con cierta dificultad mi pierna derecha en ellas, suena el timbre, lo que no deja de ser curioso a estas horas de la noche. Me acerco a la puerta dando saltos y por fin logro terminar de ponerme la calza al mismo tiempo que abro. Es el vecino de abajo, enfundado en una bata de satén: la gotera parece haber vuelto a abrirse, como una profunda herida que no termina nunca de cicatrizar.

Justo ahora que estoy a punto de salir. Me dedico con resignación a buscar a algún otro PLOMERO VENTICUATRO HORAS de las Páginas Amarillas y me olvido de Mariano, esperándome plantado en alguna esquina de Buenos Aires. Pero primero tengo que encontrar las Páginas Amarillas. No están debajo del teléfono, ni tampoco en la biblioteca. Finalmente las encuentro debajo del proyector y mis ojos se detienen nuevamente sobre el carrete.

Me olvido del plomero por completo. Me siento sobre la alfombra lila, con la espalda contra la puerta del ropero, y apago la luz. Aprieto una y otra vez los botones del control del proyector de diapositivas, y las luces coloreadas se alternan con la oscuridad más absoluta. Las imágenes se repiten una y otra .vez. de adelante para atrás y de atrás para adelante: Karina y yo cuando fuimos a comprar chopsuey con Josefina; Karina sentada sobre mi escritorio, congelada en el momento en que está a punto de tirar a la mierda el teclado de la computadora con sus enormes y torpes piernas; el galpón en Puente Alsina; Karina. Jo y yo en la plaza San Martín, el día que aquella gitana nos quería leer las manos; Arturo afilándose las uñas en el apoyabrazos de mi sofá de cuero amarillo; Jo y Juan en la cama, él con su brazo sobre los hombros desnudos de ella.

Me incorporo de un salto y abro la puerta del ropero a la luz anaranjada de la diapositiva, tanteo los bolsillos de mis abrigos. Encuentro las cosas más diversas, desde fichas de videogames hasta bombones derretidos, y por supuesto un montón de papeles y papelitos. pero ninguno es el que busco. Por fin. en uno de los bolsillos de mi campera color mostaza encuentro una servilletita blanca doblada en cuatro. La abro cuidadosamente. En ella Juan anotó su teléfono la noche que me lo encontré en el bar.

Corro hasta el teléfono y marco el número casi sin pensar que son más de las tres de la mañana. Después de sonar quince veces, alguien contesta.

— ¿Mmmmmm?

— ¿Está Juan? — pregunto con la voz más amable y desentendida que logro articular.

— Soy Juan, ¿quién habla?

— Soy Asia. Nos presentó Patricio hace unos días en el bar. ¿Estabas durmiendo? — pregunto aunque es obvio.

— Ah, eh, no....

— Te llamaba porque quería invitarte a una fiesta el domingo a la noche.

45. *Inmersión*

ABRO LA CANILLA y dejo *que* se llene la bañera con patas de león enlozadas mientras me quedo mirando el chorro caer desde el orificio de bronce, sentada sobre el piso de mosaiquitos octogonales. Recuesto la cabeza sobre el duro y frío borde de loza de la bañera y aspiro el olor a cloro que llega hasta mi nariz, cada vez más penetrante. Es una larga y sofocante madrugada de domingo y sé perfectamente lo difícil que va a ser ir a buscar a Ina a las siete de la mañana de mañana, si el desfile de Juliana empieza hoy a la medianoche, pero ahora eso no importa.

Estoy petrificada con estos octógonos helados incrustándose en mis nalgas y el frío óseo de la loza entumeciéndome la mejilla, y siento mi sangre congelarse de a poco. Por un momento eludo que alguna vez pueda volver a moverme. El chorro parece estar realmente ca-lien-te y me imagino introduciéndome en la bañera con espasmódicos movimientos de robot y descongelándome de a poco como un cubito de hielo a punto de consumirse para siempre en esa masa transparente sin dejar el más mínimo rastro.

Detengo el chorro justo antes de que el agua rebalse. Introduzco primero mi pierna izquierda ¡АННННН!, después la derecha ¡АННННН! Me recuesto. Observo atentamente durante unos segundos y compruebo con alivio que no me estoy desintegrando, y cuando el agua llega a tocar los lóbulos de mis orejas, me empiezo a sentir definitivamente bien. Abro el frasco de espuma de baño, lo inclino muy despacio y dejo caer una cantidad considerable de espeso líquido tornasolado. La jalea choca contra el agua, perezosa y pesadamente. Pronto me veo envuelta dentro de un millar de burbujas rosadas enormes y minúsculas que flotan a la deriva. Entonces me decido: UNO..DOS..... ¡¡¡TRES!!!!, contengo la respiración y sumerjo la cabeza en la pradera de burbujas, y por unos segundos no siento otra cosa que los sonidos dentro de mi cuerpo y los ecos submarinos de las cañerías. entonces salgo a la superficie con el pelo lleno de bucles rosados y me acuerdo de aquella mañana en que Jo se lavaba la cabeza en el lavatorio —el agua debía estar bastante caliente porque una nube de vapor opacaba el espejo por completo—, con los ojos cerrados y la nuca enjabonada directo bajo el chorro.

Yo la observaba desde mi improvisado asiento, en el borde congelado de la bañera. Tenía el torso desnudo y su voz sonaba deformada por un extraño eco de loza.

—¿Sabés? Cuando era chica tenía el pelo larguísimo. No me lo habían cortado nunca, desde que nací.

Jo terminó de enjuagarse, empezó a buscar la toalla a los manotones y por fin tocó los flecos, pero la toalla se resbaló del toallero y cayó al piso. Me acerqué para levantarla y la coloqué sobre su mano abierta, que seguía manoteando en el aire.

—Cuando tenía catorce años agarré una tijera y me lo corté todo en mechones: quedaba *muy* gracioso —me confesó Jo y envolvió su cabello conviniendo la toalla en un extraño; turbante.

Después se paró frente al espejo, buscó infructuosamente su imagen en el vidrio cubierto por el vapor, se encogió de hombros y con el dedo índice dibujó un gran Smile sobre él.

46.
Adrenalina

SON LAS CUATRO de la mañana cuando llego a la galería. En la sala habrá, calculo, unas veinte personas y Nick Cave and the Badel Seeds sonando realmente fuerte en algún aparato cuya ubicación no puedo determinar. En un rincón, iluminado únicamente por un reflector de luz negra, un grupo de mujeres vestidas de Inmaculadas caminan en círculos, como una ronda de prisioneros. Llevan en sus manos unos enormes cirios cuyas llamitas parpadean a medida que se desplazan, pero nadie parece fijarse en ellas.

Juliana, que tiene puesto un trapecio de seda amarillo casi transparente y zapatillas verde flúo, me cierra el paso. Noto que se aparta continuamente el pelo que le cae sobre los ojos y habla tan rápido que cuesta trabajo entender lo que dice. No recuerdo si me contó que el desfile era de la ropa que ella diseña, o que ella iba a modelar la ropa que diseña otro, o que ni era modelo ni diseñaba pero conocía a alguien modelo o diseñadora.

—En la trastienda está Fernando con una chica de sombrero azul pero yo ni pienso saludarlo —dice mientras se abre paso entre la gente, pero parece recordar algo y me grita—: Vos no tendrás un sombrero azul, ¿no? —y sin esperar la respuesta se pierde entre las Inmaculadas.

A mi derecha veo a Mariano y a Nadia charlando con un tipo rubio medio pelado que no conozco. La verdad es que no conozco a más de la mitad de las personas que me rodean y que, por supuesto, también ignoran quién soy yo, lo cual me produce una sensación extraña, sobre todo teniendo en cuenta que trabajo acá todos los días. Recorro la sala y veo que el piso está lleno de vasos de plástico vacíos y colillas de cigarrillos y que la gente apoya sus espaldas descuidadamente sobre los cuadros que cuelgan de las paredes.

Me hundo en el enorme sillón reclinable en el escritorio de Ina dando la espalda a la puerta y me da risa pensar que en estos momentos, Lucio navega por la corriente cálida de Kuro Shio e Ina flota a millones de kilómetros de altura. Saco un cigarrillo del bolsillo de mi campera de cuero roja y lo prendo con un encendedor de mesa. Alguien se desploma a mi espalda:

—¿Por qué me dejaste? —escucho y cuando me doy vuelta veo a un tipo rubio con anteojos oscuros, parecido a James Spader, con los ojos fijos en los cubitos de hielo medio derretidos en el fondo de su vaso vacío. Como no veo a nadie más, presumo que debe haberse dirigido a mí. Doy una pitada a mi cigarrillo y lo miro con curiosidad.

—¡Por qué me dejaste! —repite realmente enojado y da un puñetazo sobre el escritorio; una pila de catálogos cae al piso con tanta mala suerte que algunos aterrizan justo en el charco de jugo de naranja de la jarra que alguien acaba de volcar. El tipo se tapa la cara con el brazo y creo que va a ponerse a llorar, así que me levanto y salgo en silencio de la oficina.

En el pasillo está Mariela que, en cuanto me ve, se me acerca y me agarra del brazo:

— No se qué hacer: Gabriela se encerró en el baño hace más de una hora, a lo mejor se desmayó... Creo que vamos a tener que echar la puerta abajo — me dice bastante preocupada.

Nos acercamos a la puerta del baño y estamos preguntándonos cómo canijo hacer para abrirla cuando oímos unas terribles carcajadas desde el interior. Mariela y yo nos miramos, ella se encoge de hombros, me da un beso en la mejilla y desaparece entre la gente.

Entro en la trastienda y veo que Batía está preparando la pantalla que usamos para la última instalación en la galería y que su video, que salió premiado en no sé dónde, aparece proyectado en la tela que ocupa toda la pared. Observo las imágenes de una chica sola y aterrada en una habitación cuyas paredes se están sacudiendo peligrosamente y el techo también. La chica opta por esconderse debajo de la cama, pero

el techo ya está tan bajo que hace presión y rompe las patas de madera, y la chica apenas si tiene tiempo de salir de ahí abajo, y cuando ya parece demasiado tárele para que haga cualquier cosa, la chica por fin consigue abrir un agujero en el techo que desemboca en medio del pavimento de la calle. Se asoma con dificultad y respira aliviada, sin darse cuenta de que por la calle avanza a toda velocidad un camión de residuos que le aplasta la cabeza, juraría que vi eso antes en algún otro lado. Varios chicos reunidos frente a la pantalla hacen los comentarios de rigor con sus vasos en la mano.

De repente descubro entre la gente a Juan. Los latidos de mi corazón se aceleran y siento un tremenda descarga de adrenalina por mis venas y sin quererlo me encuentro de pronto a su lado.

—Qué muerte horrible, ¿no? —digo dirigiéndome a Juan pero con los ojos fijos todavía en la pantalla.

—¿Qué? —pregunta él y mira a su alrededor hasta que descubre que las palabras que acaba de oír salieron de mi boca.

—Digo, morir aplastada por un camión de residuos. Y a esta hora de la madrugada.

47. *Residuos*

ES LUNES y San Telmo está bastante vacío a las seis de la mañana y hay un no sé qué pegajoso que impregna las paredes del galpón todo pintado a la cal y con piso de cemento donde vive Juan. Por todos lados veo potes de acrílico mal tapados y pinceles cubiertos de pintura seca y en el centro de la habitación hay dos enormes esculturas de resina a medio terminar: dos gigantes con perfil griego y grandes bíceps; uno de ellos tiene el pelo de alambre enroscado, pintado con colores flúo, y el otro todavía no tiene pelo y su cabeza está hueca.

Juan y yo optamos por irnos de la fiesta después de que, a eso de las cinco, cayeron como veinte personas más, salidas quién sabe de dónde. Ahora estoy recostada sobre un colchón cubierto con una manta tibetana. En el piso, junto al colchón hay un enorme espejo apoyado en la pared y un cajón de madera sobre el cual veo una maquetita en yeso de los dos gigantes, que tendrá unos quince centímetros de alto. Me miro en el espejo y veo que mi cara está realmente destruida, aunque no podría especificar si esas terribles ojeras son de maquillaje corrido o efectos de la erosión natural.

Juan, al otro lado de la habitación, abre una heladera muy parecida a la mía y saca dos latas de Pepsi, después rodea las esculturas y se sienta a mi lado. Abrimos las latas, un chorro de espuma salpica la manta, nos reímos y cuando miro hacia el costado veo nuestras imágenes reflejadas en el espejo.

—¿Por que Asia? —pregunta Juan.

—Por Anastasia —miento y Juan se mata de risa.

Me llevo la lata a los labios y siento las burbujas recorrer mi garganta con un cosquilleo insípido y áspero. Veo que la mano de Juan se acerca a mi cara y siento una especie de temblor cuando empieza a desvestirme, jugando con mi cuerpo como si yo fuera una muñeca. Por un momento me erizo cuando abre mis muslos y me acaricia y levanta mis piernas y las apoya contra mi pecho y creo que debo haberme quedado dormida o algo así porque mi conciencia queda unos minutos suspendida.

Cuando reacciono estoy tirada de espaldas sobre el colchón. Me incorporo y siento que la cabeza me zumba y le contesta a una profunda sensación de náusea, y no entiendo cómo puedo estar hirviendo si mi cuerpo está completamente congelado.

Miro el reloj en mi muñeca, son las siete y media. Por un momento pienso en la cara de Ina, plantada en medio del Salón de Arribos en Ezeiza, con su carrito cargado de valijas y mi cajita en forma de pirámide en la mano, y me da un insano placer morboso. No consigo ver a Juan por ningún lado, y cuando miro el galpón me parece más chico y más sucio y empiezo a preguntarme qué carajo estoy haciendo en este lugar.

Me cubro los hombros con la campera de cuero y salgo a la calle vacía; un par de perros husmean unas bolsas negras apiladas junto a un árbol. Camino por el empedrado húmedo y siento que se me pone la piel de gallina debajo de la campera y escucho mis pasos retumbar en mis oídos, y cuando llego hasta mi auto, estacionado en Paseo Colón, me desplomo en el interior y estoy a punto de quedarme dormida sobre el volante pero el ruido de la alarma de un coche que suena en algún lado me hace volver en mí. Con los anteojos oscuros puestos, prendo el motor y subo a la autopista rumbo a Ezeiza. Recuerdo el día en que llegué Jo, cuando volvíamos del aeropuerto. Karina y yo sentadas adelante y Jo atrás, con su enorme bolso plateado y negro. Me acuerdo que la miré varias veces por el espejito retrovisor, para acostumbrarme a su cara, para descubrir sus gestos: sus cabellos estaban completamente hechos remolinos por las ráfagas de viento que entraban por el vidrio inexistente de la ventanilla trasera. En un momento Jo asomó inesperadamente su cabeza por la ventana del Renault y se sentó sobre la puerta, con medio cuerpo fuera del auto. Desde el espejito yo veía cómo el viento jugaba ahora con toda su violencia con los mechones rubios de su pelo y también veía la llanura pampeana, las casas de chapa y los enormes carteles de Assistcard que registraban sus

pupilas verdes. Ahora trato de recordar la forma exacta de su nariz, su sonrisa, pero descubro que ya no puedo reconstruir por completo sus rasgos, que mi memoria los fue borrando y me da pena.

Ya es completamente de día, pero igual puedo ver a través de la ventanilla cómo se esconde la luna detrás del contorno de las casas. El Renault se desplaza por el asfalto y yo siento que voy flotando adentro, sin gravedad. Abro un par de centímetros la ventanilla y el viento empieza a pegarme en la cara, mi pelo se eleva en remolinos y mi cabeza sigue zumbando y tengo esa extraña sensación de náusea ahora más fuerte que nunca.